

MARICONE 44

DEL ESPACIO

Tu ViDA dA un



Que tE CagAs

Nº 3

0 €

¡TU VIDA DA UN ASCO QUE TE CAGAS!

Primera edición: Junio 2015

Ejemplar gratuito sin numerar para su distribución digital.

Concepto original: R. Curtis, J.A. Everett, J. Gilbert.

Escrito y maquetado por: R. Curtis.

Diseño de la cubierta: J. Gilbert, R. Curtis.

Revisión y correcciones: R. Curtis.

Edita: Condiloma Ediciones

I.S.B.N – No tiene.

Depósito legal – Tampoco, eso es de maricones.

Impreso en España

Maricones del espacio y su logotipo son una marca registrada en España. Esta obra está bajo una licencia **Reconocimiento - No comercial Compartir bajo la misma licencia 3.0** España de **Creative Commons**.

Para ver una copia de esta licencia, visite:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

o envíe una carta a **Creative Commons**,

171 Second Street, Suite 300.

San Francisco, California 94105, USA.

*Dedicado a la memoria de mi amigo Raúl, que en paz descanse.
Seguro que le hubiese encantado leer un libro como este.*

EN LOS NÚMEROS ANTERIORES:

Tras escabullirse de una fraudulenta entrevista de trabajo donde los maricones del espacio trataban de capturarle por enésima vez, Polla Pesebre despertó turbado días después en la diáfana habitación de una institución mental.

Pete Poronga, un malhumorado argentino calvo, tuerto y que esgrime una auténtica espada samurái es también conocedor de la gran amenaza que se cierne sobre el mundo heterosexual y está completamente decidido a sacrificar su propia vida por tal de que Polla consiga escapar de allí. Por desgracia, su evasión se verá nuevamente frustrada y Polla Pesebre volverá a ser capturado.

A su vez, el inspector Onésimo Redondo y el comisario Eleuterio Chanfletas persiguen desentrañar una truculenta trama criminal relacionada con la homofobia donde, al parecer, Polla Pesebre podría verse implicado. El comisario Chanfletas no vacila ni por un segundo al inculparle; sin embargo, el taimado inspector Onésimo Redondo no las tiene todas consigo y decide llevar a cabo otro tipo de interrogatorio, aún más exhaustivo, por tal de evitar así que se acuse de forma injusta a una persona inocente.

A través de las entrevistas que mantiene con el inspector de policía, Polla Pesebre nos habla de sus vivencias durante una pubertad completamente nociva y nefasta; de cómo se sobrepuso a la insoportable situación de acoso, persecución y hostigamiento que vivió a diario instigada sus padres, sus profesores y sus compañeros de clase... los maricones del espacio.

Juanantonio el Chamán, el falso moro vidente, ya se lo había advertido: La siempre despreciable coalición gayerrestre que forman Hector Paellas, Víctor Barreñales, Ñordi Ponce, Miguel Pampero, Manolo Manuelas, Isaac Poyaso, Alberto Poyaso y el muy pernicioso y no menos malévolo José Vázquez Pérez estarán dispuestos a hacerle desistir en su empeño por desenmascarar los audaces y megalomaniacos planes de dominación mundial que pretenden llevar a cabo.

La misma semana en que Polla Pesebre recibió sus últimas calificaciones y, con ello, podría poner punto y final a su paso por el instituto los maricones del espacio le propinaron una terrible y demencial paliza por tal de amedrentarle.

Dicho incidente marcará para siempre su adolescencia y hará virar el rumbo de su vida por completo, convirtiendo su singular propósito de combatir tan tenebrosa invasión homosexual en una pérdida obsesión.

Entre tanto, la prensa lanza un comunicado de verdadera alarma social donde asevera que la población heterosexual de Rusia y China ha sido completamente exterminada... Y es que es difícil encontrar verdaderos motivos para seguir adelante cuando llegas a la aciaga conclusión de que:

¡TU VIDA DA UN ASCO QUE TE CAGAS!

Sin duda alguna, los príncipes se hacen grandes cuando superan las dificultades y los obstáculos que se les oponen. Por eso la fortuna –cuando quiere ensalzar a un príncipe nuevo, que tiene más necesidad de conquistar reputación que un príncipe hereditario– hace que le nazcan enemigos a quienes lleva a realizar empresas en contra suya con el fin de que él encuentre medios de superarlas y, por la escala que sus enemigos le han proporcionado, ascienda todavía más alto.

Por esa razón estiman muchos que un príncipe sabio debe, cuando tenga la oportunidad, fomentarse con astucia alguna oposición a fin de que, una vez vencida, brille a mayor altura su grandeza.

Nicolás Maquiavelo

Del libro ‘*El príncipe*’ (*No lo leáis, es una mierda*)

VOLUMEN VII

LA SINGULAR ADOLESCENCIA DE POLLA PESEBRE

* * *

REFLEXIONES DE UN HUMANO HETEROSEXUAL

* * *

BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL

—La próxima guerra —continuó— podría acabar en una gigantesca orgía [homosexual]. Dios santo. ¿Cuántos dirigentes militares del mundo pueden ser simplemente viejos sodomitas enloquecidos que desempeñan un falso papel imaginario? En realidad, esto podría ser muy beneficioso para el mundo. Podría significar poner fin a la guerra para siempre. Sería divino. Acabaríamos con las guerras y renovaríamos la fe y la esperanza de los pueblos.

—Puede que vosotros [los homosexuales] seáis la esperanza del futuro —dijo Ignatius, chocando teatralmente una manaza con otra—. No parece haber nada en perspectiva más prometedor, desde luego.

—También ayudaríamos a aliviar la explosión demográfica.

— ¡Oh, Dios santo! —los ojos azules y amarillos chispearon feroces—. Vuestro método probablemente sería más satisfactorio y aceptable que las tácticas de control de natalidad, un tanto rigurosas, que he propugnado yo siempre. Debo dedicar algún espacio a esto en mis escritos. Este tema merece la atención de un pensador profundo, con cierta perspectiva de la evolución cultural de la humanidad. Me alegro mucho, desde luego, de que me hayas proporcionado esta idea nueva tan valiosa.

Conversación entre Ignatius Reilly y Dorian Greene.

John Kennedy Toole (Llegó a la misma conclusión que nosotros)

Del libro ‘*La conjura de los necios*’

LO VERDADERAMENTE MALO DE LAS DROGAS

Antes de marcharme de allí le prometí a Follardo Cecina que no volvería... pero todo el mundo sabe que no tengo palabra así que, efectivamente, esto fue lo que sucedió: No había llegado aún hasta el final de la calle cuando desistí, me resigné y, sin detenerme a meditarlo ni por un momento, opté por regresar sobre mis pasos para apalancarme de nuevo en el banco junto a él. La verdad, no tenía nada mejor que hacer en aquella radiante mañana de finales de julio... así que finalmente el jevi marginal y yo terminamos, otra vez, en el parque del meconio mirando a las tías pasar y enchufándonos el trujo que los guardias civiles se habían dejado por fumar a medias.

FOLLARDO: ¿Sabes por qué la mierda pega una peste que te mueres?

POLLA: No, ¿por?

FOLLARDO: Pues... porque si no oliese tan mal probablemente nos la comeríamos, gilipollas.

POLLA: Mira, hablando de comerse una mierda... Melafo a la vista. Por ahí viene la Maite.

FOLLARDO: Ya ves. Vaya bufas se le han puesto.

POLLA: Maitetorras.

FOLLARDO: Pues su hermana está más buena.

POLLA: Eso es imposible.

FOLLARDO: Es mayor que ella. Una tarde la vino a recoger con el coche y me dieron ganas de meter la polla por la ventanilla.

POLLA: ¿Qué coche tiene?

FOLLARDO: Me la sopla.

POLLA: A su amiga la Eva también melafo. Además, me da mogollón de rollo que esté gorda.

FOLLARDO: Necesito droga y amor.

POLLA: Joder. Será verdad que somos unos putos tristes de mierda.

FOLLARDO: Bueno, pues será. La verdad es que somos la peste. Me doy cuenta ahora, después de darle un tiento a la chusta ésta que se estaba fumando la madera –Concluyó, exhalando una abundante bocanada de denso humo blanco–. ¿Has visto lo poco que raspa? Madre mía, nen... menuda mandanga. Cómo se nota que esto no es mierda de gato.

POLLA: Eso, y tú periquito al torno con la mierda de los porros –Protesté exasperado–. Los guripas, a pesar de ser unos auténticos cabrones, unos malnacidos bastardos e hijos de la gran puta, tienen toda la razón del mundo. Si es que debería caérsenos la cara de vergüenza. Hoy me siento como si hubiese tocado fondo por completo. Te aseguro que, en realidad, lo de la paliza es casi que lo de menos. Mi vida es tan miserable como la de cualquier puta de carretera.

FOLLARDO: Qué le vas a hacer... Al fin y al cabo tampoco se puede decir que toda la culpa sea nuestra.

POLLA: Yo que sé pavo, pero mirános... sómos tan patéticos que al final hemos terminado clavándonos el leño éste insalubre que la estupa ha tirado al suelo.

FOLLARDO: Manjar que no quiere el amo, comida para el marrano.

POLLA: Cada vez que me acerco el porro a los labios acabo escupiendo arena. Me chinan hasta los dientes.

FOLLARDO: Para insalubres las barbacoas que se monta mi viejo...

POLLA: ¿Ah sí?

FOLLARDO: Ya ves, el otro día fuimos al terreno de mi tío Juan y venía mi padre con la furgona llena a petar de neumáticos viejos...

POLLA: ¿Y para qué coño quería tu viejo los neumáticos?

FOLLARDO: Pues para hacer la barbacoa.

POLLA: No me jodas que os hacéis las barbacoas quemando neumáticos viejos... si es que sois peores que los gitanos.

FOLLARDO: Ya te digo... el colega hace la carne encima de una plancha de metal oxidada y en lugar de poner la parrilla sobre brasas, como es tan putamente vago, utiliza el mismo fuego de los neumáticos que, además, acostumbra a avivar con aerosoles para no tener que usar el fuelle.

POLLA: Bueno mira, por lo menos sabrás seguro de dónde te viene el cáncer...

FOLLARDO: Ya. Si es que desde que tengo lo de la asquerosis múltiple a mí no me quieren ni como donante para el banco de esperma.

POLLA: ¡Buf! Joder macho, qué mareo... El porro éste me está dejando crujidísimo.

FOLLARDO: Si es que te lo estas fumando con la agonía. ¿Ves? Se te está empezando a poner el careto más blanco que el culo de una monja.

POLLA: ¡Buu-uurf! Joder tío, estoy pillando un frío que te cagas y me encuentro cacho de mal. Me están entrando los sudores de la muerte.

FOLLARDO: Ya te digo, y además hace rato que no paras de bostezar. Anda pavo, échate un rato con los ojos cerrados y luego te piras a merendar a tu queo. Que seguro que te ha pillado el chungo de la vida porque te lo estás fumando con el estómago vacío.

POLLA: ¿A merendar? –Suspiré–. Será más bien para comer ¿no?

FOLLARDO: Hombre, si me dices que en tu casa coméis a las cuatro de la tarde...

POLLA: ¡¿Cómo que las cuatro de la tarde?! ¡No me jodas! ¡Qué coño van a ser las cuatro si he venido aquí que no eran aún ni las diez de la mañana! –Articulé a duras penas.

FOLLARDO: Mira nano –Follardo me mostró su reloj digital–, ya son casi las cuatro.

POLLA: Tío... ¡Qué bajonazo, joder! ¡Me cago en la puta!

FOLLARDO: Y a ti qué cojones te pasa ahora...

POLLA: Colega... ¡Buhfs! ¡Buh-urpffs! Pues que había quedado... con mi vieja... y le dije que estaría en casa para comer.

FOLLARDO: Anda va, pues lárgate ya... y a ver si cambias un poco de actitud, hostia. Que llevas todo el santo día en plan melodramático y me estás contagiando con tu desánimo y tus sinsabores.

POLLA: No te jode, con la tunda que nos han clavado los maderos me dirás tú si no es como para ponerse en plan melodramático.

FOLLARDO: Venga, ya nos vemos otro rato. Yo también me piro, que he quedado a menos cuarto con el Lora y el Guarnido para ver otra vez *Perros callejeros*.

POLLA: Me acercaré hasta la parada para pillar el bus. Venga nen.

FOLLARDO: Anda, vete antes de que te entre el aplatane.

Me levanté mareadísimo y tambaleándome, aunque con toda la dignidad que me pude permitir por tal de no dar la nota delante del Follardo; parecía que en lugar de piernas tuviese dos barras de plastilina. Me puse a andar turbado y vacilante. A duras penas llegué hasta la parada del autobús y, una vez allí, volví a desplomarme como un saco de arena sobre la banqueta. En otras circunstancias podría haber ido perfectamente a pata hasta mi casa... pero no me hizo falta valorar la situación una segunda vez para caer en la cuenta de que no me aguantaba ni los cuescos.

El autobús estaba tardando una eternidad en llegar. Todo me agobiaba de la hostia. Apoyado con los codos sobre mis rodillas, de brazos cruzados para poder sostener la cabeza metida entre las piernas, comencé a sentir un frío glacial terrible subiéndome por la espalda. Tenía la frente empapada en sudor y, desde que me lo había dicho Follardo, no podía dejar de bostezar. De mi ropa emanaba una asfixiante y repulsiva pestilencia, debida al humo del tabaco, que me inducía reiteradas veces a la náusea y me provocaba unas angustiosas arcadas que hacían presagiar cuán inminente podía acontecer la

trallada. Una débil corriente de aire me ayudó a tomar conciencia de lo muy aturdido y descompuesto que me encontraba; sería una leve brisa de verano, claro está, pero yo la sentía gélida y demoledora como el mismo azote de una ventisca en mitad del ártico. No paraba de resollar y jadear completamente sofocado, tenía la boca seca e incluso me costaba escupir; mis lapos terminaban convirtiéndose en el típico hilillo de babas que luego te lo tienes que volver a tragar sorbiendo porque no hay cojones a que se separe de ti sin que luego acabe colgando como una liana. Sentía perder el equilibrio por momentos, la cabeza me daba vueltas y el vello de los brazos se me erizaba como espinas de pescado. El estómago me devolvió una ardiente acidez que me quemó todo el esófago igual que si hubiese estado bebiendo de una antorcha y, con razón, comencé a temer que acabaría potando a la más mínima sacudida.

Cuando por fin se detuvo el autobús frente a mi parada reuní las fuerzas suficientes para levantarme de un vaivén y subí trepando por las barandillas que había a ambos lados de la puerta hasta llegar al primer asiento vacío que encontré. No me iba a costar demasiado dar con un sitio libre puesto que en el autobús apenas iban cuatro o cinco pasajeros más; de todas formas me derrumbé pesadamente en el primer asiento que estaba justo detrás de la cabina del conductor y éste me miró con gesto de completa desaprobación mientras iba preguntándome si me encontraba bien. Le dije que sí, pero no debió creerme pues se notaba a la legua que le mentía como un bellaco. Cuando el conductor cerró las puertas pude darme cuenta de que la había cagado total y absolutamente, pues el autobús se convertía en un espacio hermético que acrecentaba todavía más la turbadora sensación de mareo y de angustiada asfixia. Recosté la frente contra el cristal de la ventana; el contacto con el frío parecía aliviarme un poco. A todo esto recordé que no llevaba encima la tarjeta del bus y

que apenas debía tener unos cincuenta céntimos de yab en el bolsillo. La broma me iba a salir cara de cojones aunque eso, entonces, era lo que menos me preocupaba. No me venía de una paliza más y, desde luego, con mis viejos no podía quedar peor. A mi edad estaba hecho un completo adefesio y un auténtico desperdicio social.

CONDUCTOR: Oye chaval. Deberías decirme hacia dónde vas o me veo que te vas a quedar conmigo hasta el final del trayecto.

POLLA: ¿Mmmrfhs? –Murmuré. El conductor desistió con fastidio y no volvió a insistirme.

El estómago ya me andaba haciendo cosas raras; parecía que estuviesen estrujándome el intestino y, después de un sonoro retortijón que retumbó por todo el autobús, decidí escudarme en mi total desvergüenza para pegarme un petardeante y apestosísimo peaco que despertó las risotadas de los demás pasajeros. Entre todos aquellos lacerantes graznidos y rebuznos hubo una vieja que quiso dedicarme un comentario estúpido y desafortunado; no la llegué a comprender puesto que cacareaba como una gallina energúmena y analfabeta. Luego se me acercó un pavo que debía ir como de enrollado o algo y me atizó una cleca en el hombro al tiempo que articulaba con sorna: << ¡Así se hace, chaval! ¡Anda que no te habrás quedado agosto! >>. El conductor también se desternillaba con unas carcajadas que eran más propias de la semi subnormalidad. Yo estaba hecho polvísimo, así que me importaba tres cojones el que estuvieran riéndose de mí. Seguí tirándome cuescos fétidos sin cesar sólo que entonces, en lugar de petardear como material pirotécnico en Fallas, eran más bien como una silenciosa sinfonía de soplos hediondos... parecía que la mierda estuviese tratando de silbar a través de mi culo.

Lo peor vino después, cuando en un momento dado el vehículo embistió contra un resalto y pegó un tumbo demencial. Tal cual, mi cabeza se estrelló contra el panel de plástico que me separaba de la

cabina del conductor. Acto seguido comencé a soltar raba a presión por todo el suelo del autobús; casi todo era bilis ácida y sulfurosa. Entonces recordé cómo, de buena mañana, había vomitado ya sobre aquellos niñatos frikis que estaban sentados en la escalera de mi portal jugando con su mierda de cartas del *Magic*. Follardo tenía razón, la culpa era mía por haberme puesto a fumar con el estómago vacío. El pestazo avinagrado, dentro del vehículo, pronto se volvió completamente nauseabundo e insoportable. Pude escuchar cómo varios de los pasajeros se quejaban molestos y vociferando, pidiendo a gritos que me largasen de allí. El autobús se detuvo poco después y el conductor vino a por mí.

CONDUCTOR: ¡Fuera de aquí, yonqui de mierda! ¡Parásito social! ¡Que tú y tus putos colegas me tenéis ya hasta los mismísimos cojones!

Agarrándome por la camiseta con una violencia demencial e incontrolada el conductor me estampó de bruces contra las puertas de salida mientras éstas permanecían aún cerradas y, una vez se hubieron abierto, me largó un soberbio patadón en el culo que me hizo aterrizar de cara contra la acera.

CONDUCTOR: ¡Y da gracias que no te denuncio, desgraciado! ¡Anormal! ¡Mal nacido, hijo de la gran puta!

Justo cuando pensaba que me iba a quedar allí tirado, más tieso que una mierda seca, apareció alguien que frenó al conductor en su impulso por volver a endiñarme una patada en el trasero. Su voz me resultaba extrañamente familiar... pero me encontraba tan mal, estaba tan débil, abatido y comatoso que no tenía fuerzas para abrir los ojos ni por un segundo y quitarme así la curiosidad de saber de quién se trataba. El autobús volvió a arrancar mientras aquel misterioso desconocido me ayudaba a incorporarme. Luego tiró de mí como pudo hasta que ambos terminamos sentándonos sobre la banqueta que había en la parada donde me habían dejado.

– ¡Eh, Talentus! –Me dijo mientras me acariciaba amablemente el pelo—. ¿Te encuentras bien?

– ¡Bhuuuug-fuuugh-buuúrgfhs! Pues la verdad es que no mucho... –Le contesté casi susurrando.

–No te preocupes hombre, que ya me quedo contigo –Aclaró en un delicado tono fraternal mientras me abrazaba por encima de los hombros.

– ¿Quién eres? ¿Y qué quieres? –Le pregunté sofocado. Su voz me quería sonar... pero todavía era incapaz de adivinar de quién se trataba.

–Soy el Kóstal, hombre... Kóstal Eructos. Tu compañero de clase. No te preocupes por nada. Quédate un rato aquí sentado para recuperarte un poco y luego ya si eso nos vamos a mi casa.

Yo cuidaré de ti.

* * *

UN AMIGO ENTRE MIS PIERNAS

Un radiante fulgor solar estaba achicharrándome el rostro y tuve que darme media vuelta en la cama para que éste me dejase descansar en paz. Que me despertase en la cama y que me diese el sol de lleno venía a significar que anoche no bajé la persiana antes de acostarme, pero... ¿realmente me fui a dormir ayer por la noche?

Traté de incorporarme sin conseguirlo. Enterré la cara contra la almohada para ver si asfixiándome un poco conseguía espabilar. Tenía la boca muerta y la saliva amarga, como si hubiese estado bebiendo cazalla con moscatel durante toda la noche anterior. Noté una hebra de embutido encajada entre mis muelas; menuda putada, tendría que levantarme por cojones a pillar un hilo o un palillo de los dientes para poder librarme de aquella sensación tan molesta. ¿Qué hice ayer? Aún no lo recuerdo. Agarré el almohadón y de nuevo me cubrí la cabeza con él. Apestaba a tabaco. Además, después de haber dormido con la persiana levantada ya no quedaba ni un solo rincón de frescor en todo el cojín. Tenía el cuerpo jamagoso y las axilas encharcadas por el sudor; luego me percaté de que debía haberme metido en la cama vestido, pues llevaba algo en los bolsillos que se me estaba clavando en la pierna. Probablemente serían las llaves de casa. Mis párpados crujían, los tenía como pegados con cola de carpintero. Seguro que iba a dejarme los ojos sollados si trataba de restregármelos con aquellas pedazo de legañas. Joder, pero ¿qué coño habría hecho la noche anterior? Y ¿cómo podía ser que me hubiese metido en la cama con la ropa puesta? Aún no había abierto los ojos cuando caí en la cuenta de que las sábanas desprendían un aroma distinto al habitual; olían a un suavizante diferente. Entonces comencé a recordar: Debía de estar en casa de Kóstal Eruetos, uno de mis compañeros de clase que apenas conocía pero que me echó un cable cuando trataba de llegar a mi queo hecho unos zorros.

A decir verdad la cama era muy confortable. Volví la vista hacia donde, por lógica, debía estar la mesita de noche y me pareció intuir que allí habían puesto mis gafas. Tanteando las encontré y luego me las puse. En la mesita había un reloj despertador, marcaba las ocho y cuarto. Al principio pensé que debían ser las ocho y cuarto de la mañana, pero como la luz era más bien carmesí pude comprender que el sol en realidad estaba cayendo. Serían las ocho y cuarto de la tarde. Lo bueno y mejor del verano es precisamente eso, que el sol tarda más en esconderse por las noches y siempre te da la sensación de que aprovechas más el día. Para mí, que hubiese sol hasta prácticamente las nueve de la noche, era media vida. Aquel resplandor tan intenso no podía ser otro que el de los últimos rayos del atardecer; si en lugar de tarde hubiese sido pronto, serían los rayos del ‘aprontecer’. Llamadme imbécil si queréis, pero entonces me hizo gracia aquella gilipollez tan absurda. Por lo menos mi patético sentido del humor continuaba intacto.

Sabía que no quería recordar mucho más. Hematomas por todo el cuerpo hervían palpitantes pretendiendo que así lo hiciese y traté por todos los medios de no detenerme a reflexionar sobre lo sucedido. Bastante había tenido ya... y encima, después de toda la movida, todavía me quedaba enfrentarme con mis padres. Estaba acostado boca abajo en la cama cuando a Eduardo le dio también por despertarse; poco a poco fue hinchándose entre mis piernas como una masa de pan cuando la metes en el horno. Carraspeé un poco antes de ponerme a hablar con él y luego le dije:

POLLA: Joder macho... ¿Es que no puedes dejarme tranquilo ni cuando estoy de resaca? Deberías tenerme un poco más de respeto.

ED: Lo siento, pero esta vez sólo me pongo firme porque tienes ganas de mear...

Debía ser verdad. Las erecciones, cuando tienes ganas de mear, suelen ser agradables y molestas por igual, así que ahí estaba yo, con

el bulto prieto estrujándome los tejanos. La presión que ejercía Ed propició el que comenzase a sudar otra vez, obligándome con ello a levantarme de la cama. Además, se me estaba clavando el pincho contra el colchón; no tendría tanta fuerza como para perforarlo... aunque pensé que me quedaría en la gloria si así lo hiciera. Necesitaba ir a mear con urgencia... pero claro, por tal de aprovechar aquella erección tan sumamente placentera preferí dedicarme un buen pajote antes de levantarme para ir al baño. No escuchaba ningún ruido, debía encontrarme a solas en aquella habitación y además la puerta estaba cerrada. Me bajé los pantalones hasta los tobillos, me subí la camiseta hasta los sobacos –iba a poner ‘axilas’, pero mejor pongo ‘sobacos’ porque si no suena tope de gay– y lo dispuse todo para poder pegarme una manuela de órdago. Bajo las sabanas sudé lo que no está escrito, más que una embarcación de gordos a pleno sol remando por sus vidas. Levanté las rodillas para hacérmelo en plan tipi y me la estuve pelando hasta que llegó un punto en que me escocía tanto la piel de la chorra que finalmente terminé por correrme. Por lo menos estuve media hora de reloj zurriéndome el manubrio y, cuando por fin parecía que me estaba a punto de correr, caí en la cuenta de que no había dispuesto ningún pañuelo para limpiarme... con lo que tuve que soltar todo el chorrizo contra mi pecho y abdomen, que es una jodienda total porque la lefa se te pega y si no la limpias inmediatamente te acabas arrancando sin querer mechones crujientes de pelo apelmazado. La colcha estaba empapada por el sudor de mi culo y, cuando traté de llegar hasta la mesita para ver si encontraba allí algún pañuelo de papel con el que limpiarme, el edredón se me cayó encima llevándose consigo varios lamparones pringosos de engrudo lácteo masculino. El ascazo máximo, vamos.

POLLA: ¿Qué? Por lo menos te habrás quedado a gusto ¿no?

ED: Bueno, la verdad es que las he tenido mejores, pero no te estaba pidiendo paja, pavo... sino mear.

Ed tenía razón, en realidad me estaba meando a chorro; tanto, que parecía como si fuera a rezumarme por la nariz. Pegué un bote para saltar de la cama y salí de la habitación a hurtadillas, tal cual, brincando como un pingüino, con los pantalones colganderos, los calzoncillos por las rodillas y con la camiseta arremangada hasta los sobacos procurando dejarme las manos libres para así poder cubrir las tortalazas de lefa que me había echado por encima. Estaba de suerte, la siguiente habitación que había junto al dormitorio era un cuarto de baño... así que me metí directo en la ducha para refrescarme. Abrí el grifo del agua y poco después me di cuenta de que aún seguía sin mear. Lo hice allí mismo, dirigiendo con dificultad el chorro bífido contra el sumidero de la ducha; ya sabéis, lo típico después de machacártela, que te sale el chorro en plan ‘Te meo doble’. Eso sí... menudo alivio. El pis caliente se entremezclaba junto con la primera descarga de agua fría que salía por el teléfono –hay quien lo llama alcachofa– de la ducha y sentí la sensación tibia acariciándome los pies. Sé que suena a gorrinada total pero, pienso yo, ni los más mojigatos deberían despedirse de este mundo sin haber probado a mear en la ducha por lo menos una vez en la vida. Qué coño digo, seguro que en realidad todo el mundo lo hace.

Tras el meo y la corrida Ed no se atrevió a darme más la brasa, así que se quedó compungido y mustio en plan uva pasa de moscatel. Junto a los jabones había gel de ducha, champú y una esponja de baño que se antojaba suave. Una vez metido allí supuse que a mi anfitrión no debería importarle el que me tomase la libertad de darme una ducha. Eso fue lo que hice. Además, pude utilizar la etiqueta del champú, que era así como de plástico, para pasármela entre las muelas y quitarme de una vez por todas la molesta hebra de embutido que estaba porculeándome desde el momento en que me había despertado. Luego volví a colocar la etiqueta en el reverso del

bote y ésta se pegó sin problemas. Me alegré. Tuve la gratificante sensación de que poco a poco la cosa iba mejorando.

Mientras me enjabonaba estuve dándome un repaso a los cardenales. Tanto las piernas como los brazos los tenía hechos una verdadera lástima. Me acordé del Tacho, uno de los colegas del Pichamarilla que había sido yonqui en los ochenta y que le llamaban así porque, literalmente, estaba hecho polvo. Siempre me había hecho gracia lo del Tacho. Ciertamente es que en mi barrio tenían muy buen humor... pese a que fueran todos unos putos drogadictos de mierda.

Estaba comenzando a enjuagarme la cabeza cuando de pronto escuché cómo sonaba el teléfono; total, que me lo acerqué al oído para ver quién llamaba, respondí, y cuando el agua me soltó un bofetón en toda la peya pude percatarme de que era idiota y de que el teléfono que estaba sonando no era el de la ducha si no el del comedor. <<No es tu casa, so capullo... volverán a llamar si es importante>> pensé, y eso fue lo que hice. Volví a colocar el teléfono en el gancho, me enjaboné el pelo, cerré los ojos y luego comencé a aclarármelo mientras me evadía de la realidad pensando en por qué dicen que el agua es ‘insabora’ –y permitidme la incorrección– cuando a mí el agua de la ducha no me sabe igual que la de las botellas que compra mi madre.

Que el agua se considere insabora me lo creo. Es decir, al fin y al cabo el H₂O será insípido, pero claro, luego el agua tiene cierta cantidad de minerales cuya proporción debe ser la que haga variar la sensación que nos produce al beberla. Evidentemente, si la cantidad de sal es muy elevada será como beber agua del mar y estará asquerosa. Pero, ahora que lo pienso, de la misma manera que la sal llega al agua también llegarán otros minerales, que pueden ser tanto material de sedimento como partículas de mierda u orín de mono titi; fragmentos diminutos de metal de alguna industria petroquímica o polvo de los huesos de algún antepasado nuestro que vivió durante el

imperio romano; o incluso podrían ser protozoos mutantes de virus del sida, o qué sé yo, pero todas esas cosas son las que le dan sabor al agua, joder, y nosotros vamos por la vida en plan remilgados al comer cuando en realidad con cada vaso de agua que nos bebemos podríamos estar ingiriendo pura y auténtica mierda. Aunque, claro... cierto es que a lo mejor en cada vaso tan sólo se presenta un 0,0002% de partículas fecales; pero vamos, pensadlo bien, con la cantidad de vasos de agua que debemos habernos bebido durante toda nuestra vida decidme si eso no es como para haberse bebido una mierda entera ¿eh? ¡Ja ja ja! Cualquiera día se les escapa una partida de botellas con aguarrás dentro y más de uno se va a ir a tomar por el culo. Tanto rollo con lo de la salud, el deporte, las dietas macrobióticas y con lo de beber dos litros de agua al día porque hay que cuidarse y estar en forma, al final... ¿para qué? Si no hemos servido en nada a la humanidad; nuestro paso por este mundo ha sido tan irrisorio e insignificante como la labor de una hormiga obrera durante toda su puñetera existencia... ¿Qué coño más dará el puto sabor del agua?

Me desperté de mi introspección sobresaltado cuando alguien golpeó la puerta del baño; momentos después Kóstal se dirigía a mí, hablándome desde el pasillo.

– ¡Eh Talentus! ¿Qué tal estás? –Me preguntaba–. ¿Te encuentras mejor? ¿Has podido descansar?

–Sí tío –Le respondí apresurado–. Em... muchas gracias por todo. De verdad.

–Ja ja ja –Reía Kóstal satisfecho–. No hay por qué darlas. Tienes toallas secas encima del radiador para cuando salgas de la ducha.

–Gracias, en serio –Le insistía.

–Nada, nada... que me alegro de que estés mejor. Por cierto... he llamado a tu casa para decirles que no se preocupasen, que estás conmigo porque te encontrabas mal.

– ¿De veras? –Le pregunté con desconcierto.

–Sí, le he pedido tu número del fijo al Cecina y él me lo ha dado. He hablado con tu madre, me ha dicho que no pasaba nada, que ya volverás cuando te encuentres mejor.

–Bueno, vale... pues eso, que te agradezco mucho las molestias que te has tomado conmigo. De verdad.

–No hay de qué, hombre. Tú hubieses hecho lo mismo.

<< ¡Qué bien me conoces! >> pensé sarcásticamente. Lo cierto es que tanta amabilidad me desconcertó desde un principio pero, hostia, también me gustaría creer, ni que fuese por una sola vez en la vida, que no todo el mundo se va a comportar conmigo como un auténtico hijo de la gran puta.

Estaba tan sólo a un pequeño paso de descubrirlo.

* * *

HOMO-PARANOIDE

Había que estar rematadamente ciego para no darse cuenta de lo que sucedía en realidad. Tanta amabilidad comenzaba a escamarme, y con razón. Por eso traté de aprovechar el tiempo que estuve metido en la ducha para analizar tan desconcertante situación y fue entonces cuando comprendí de verdad qué era lo que estaba ocurriendo. Kóstal Eructos, mi caritativo y misericordioso compañero de clase, había sido siempre uno de esos muchachos reservados y circunspectos que no destacaban en absolutamente nada pero que aun así iba tirando en sus estudios sin que nadie se interesase lo más mínimo por saber quién era o cómo demonios lo hacía para aprobar. Desde luego que, a primera vista, uno podía percatarse de que aquel chaval no era precisamente una lumbrera, ni mucho menos un adonis o el alma de la fiesta. Kóstal solía mostrarse retraído, taciturno y esquivo con el resto de sus compañeros. Canijo, escuchimizado y cenceño; su piel era tan pálida que probablemente brillaría en la oscuridad como una luciérnaga, una pegatina luminiscente o un pez de esos de las profundidades abisales. Tenía el pelo de punta, tal como un cepillo de lustrar zapatos con las cerdas vueltas del revés, y un principio incipiente de mostacho que aún no debía haberse afeitado nunca puesto que más que un bigote parecía que le hubiese aterrizado una pelusa justo debajo de la nariz.

Tan sólo me faltó caer en el detalle de las pecas... sucedió mientras estaba secándome el pelo. Me acerqué la toalla a la cara y al percibir la extravagante fragancia pseudo-varonil que desprendía regresaron a mi mente las imágenes más lúgubres, turbadoras y funestas de mis encuentros con la homosexualidad. Hasta entonces no me había detenido a comparar, pero la particular fisonomía de Kóstal me

devolvió a la memoria el recuerdo de Celemín Pitiuses¹, aquel muchacho afeminado que desapareció dejando tras de sí un encubierto halo de confusión, misterio e incertidumbre cuando todavía éramos unos chavales y del que tan sólo teníamos la certeza de que se lo habían llevado a estudiar a un inusitado colegio de curas gays; la misma fisonomía también que la de Antonio, el cacorro insidioso, malintencionado y virulento que sedujo a mi amigo Marcos para acabar follándose por el culo en la luctuosa madrugada de un abominable domingo de aciaga perversión; la misma fisonomía también que la de Hector Paellas, la rata purulenta y heroinómana de mi barrio... No necesité escudriñar ni por un segundo más en mi subconsciente; a la vista quedaron las evidencias para cuando empezaba a vislumbrarse la sospecha sobre la conclusión a la que yo mismo había llegado. De todos modos no dejaba de recibir claros indicios que no hacían sino afianzar mis propias deducciones. Kóstal Eructos no tenía ninguna hermana... con lo cual resultaba obvio que, estando frente a su habitación, aquel debía ser el cuarto de baño que utilizaría a diario y éste estaba decorado como si fuese el aseo de una mujer vanidosa y coqueta. El estridente albornoz color rosa chicle que colgaba de la percha lucía unos terroríficos encajes de macramé tanto en los puños como en la solapa; extendido en el suelo había un felpudo blanco y pomposo que parecía como si lo hubiesen confeccionado despellejando a un gato de angora; la etiqueta del jabón de manos rezaba: ‘Aroma frutal’; el papel higiénico era grueso, de doble capa y con motivos florales; en una de las estanterías, junto al armario, se encontraban los botes de colonia perfectamente ordenados según el tamaño de cada envase, de mayor a menor; sobre la pica había un frasco con sales de baño... y aquella fue precisamente la prueba irrefutable que

¹ ¡*Maricones del espacio!* volumen 0

evidenciaba el que estuviese duchándome en el aseo de un maricón... puesto que en aquel servicio no había ninguna bañera ¡Sólo había ducha! ¡¿Para qué coño querrían entonces las sales de baño?!

Volvieron a sonar tres golpes secos tras la puerta.

– ¡Ya casi estoy! –Dije, tratando de emplear el tono más sereno que en aquel momento pude permitirme. Sin querer me había puesto muy nervioso, probablemente tendría que enfrentarme de nuevo y cara a cara con la homosexualidad; confrontar el ansia empotradora de Kóstal Eructos; desafiar a su temible tiburón blanco devora hombres. Odiaba verme en aquella tesitura tan comprometida. Ya sea por vergüenza, contrariedad o fastidio los maricones siempre consiguen hacerte sentir mal contigo mismo.

–No te preocupes, tómate el tiempo que necesites –Me respondió amablemente–. He recogido las sábanas y te he dejado ropa limpia sobre mi cama. Cuando salgas del baño puedes ir a mi habitación para cambiarte.

Dijo que me había dejado ropa limpia sobre la cama... ¿Qué clase de hombre varón te deja ropa limpia sobre la cama? Cuando entré en el baño tiré toda mi ropa por el suelo y ahora ya no estaba. Seguro que aquel péfido cabrón afeminado aprovechó un momento de descuido para recogerla y obligarme así a salir en bolas por su casa. Puse la oreja contra la puerta y esperé a escuchar cómo se alejaban sus pasos. Cuando presentí que ya no había moros en la costa corrí hasta la habitación y cerré de golpe.

En efecto, sobre la cama había ropa limpia... pero no una ropa limpia cualquiera. Mis peores presentimientos tomaron forma; me estremecí al encontrar unas suntuosas prendas de lencería erótica sobre la colcha de aquella cama en la que debía dormir Kóstal Eructos todas las noches. Contemplaba con incredulidad aquellas bragas rosas semi transparentes; aquel sujetador adornado con un pompón en

cada copa y aquellas medias, color carne, que colgaban cayendo del colchón cuando de pronto la puerta que tenía atrás de mí se abrió de sopetón arreándome un costalazo en toda la espalda. Reaccioné sobresaltado antes de que Kóstal Eructos consiguiese entrar, apoyándome con sendos brazos contra la robusta hoja de madera.

–Polla ¿Estás bien? –Me preguntaba él desde el pasillo.

– ¡Sí! –Me apresuré a contestar–. ¡He cerrado de golpe porque estoy en bolas! ¡¿Qué quieres?! ¡¿Dónde está mi ropa?!

–A tu ropa le quedan sólo quince minutos para salir de la lavadora. En cuanto esté lista te la pongo a secar y en un momento la tienes. ¿Me dejas entrar?

–Em... no. Es que estoy en bolas –Le dije.

–Ya, claro... por eso te he dejado ropita ahí, para que te vistas.

¡¿'Ropita'?! ¡Kóstal era un maricón baboso, pervertido y degenerado! Pretendía que me travistiese con lencería erótica barriobajera para que luego jugásemos juntas a tomar el té... o sabe Dios qué clase de indecentes y diabólicas intenciones albergaba en su mente. La verdad, estaba acojonado.

–Sí, bueno –bromeé tratando de quitarle hierro al asunto–. Ya la he visto... aunque dudo mucho que sea de mi talla.

–Ja ja ja... ¡Era broma, hombre! No tengo ropa de tu talla, así que si quieres puedes ponerte una toalla de las que hay en el armario mientras se seca la tuya.

–Bueno, está bien... –Por alguna razón le creí y comencé a sentirme aliviado. Sólo sería una broma, yo también las hago. Podría haberseme ocurrido a mí. La paranoia tiene un límite en que, una vez lo has rebasado, ya te empiezas a plantear si no serás tú quien está delirando–. Dame un minuto y en seguida salgo.

–Vale, te espero en el comedor.

Puede que no fuera más que eso. Podría ser que Kóstal Eructos hubiese dejado la lencería sobre la cama para gastarme una broma de mal gusto; eso es muy de tíos. Podría ser también que la mayor parte del tiempo viviera sólo y por eso se le veía tan apañado con las tareas del hogar. Podría ser incluso que aquel cuarto de baño no lo utilizara él exclusivamente, sino que lo estuviese compartiendo con su madre o con su abuela. Le eché un vistazo más exhaustivo a la habitación. Parecía bastante normal, un tanto diáfana y minimalista, sí... pero no tenía pinta de ser la habitación de un sodomita porculero. Incluso tenía un poster colgado de la pared en el que Jean Claude Van Damme posaba de forma agresiva. Tal vez todo aquello hubiesen sido sólo imaginaciones mías. Bien podría ser. Tal vez estaba demasiado escarmentado y paranoide. Tal vez Kóstal Eructos era una magnífica persona que sólo trataba de ayudar a los demás. Estaba viviendo un verdadero calvario de contrariedades.

Total, que abrí el armario buscando una toalla. De entre todas las que había allí elegí una grande, blanca y bien ancha; que pudiera darle un par de vueltas a mi cintura para no perderla. Luego respiré hondo y salí avanzando con sigilo; se había hecho de noche así que tuve que encender la luz del distribuidor. Al llegar junto a la puerta del comedor escuché unos gemidos... parecían provenir de la tele.

Apoltronado en un butacón de polipiel encontré a Kóstal, prácticamente a oscuras, viendo porno. Porno heterosexual, puntualizo. El tío iba sin camiseta, en plan cani. El butacón parecía cómodo, pero pensé que en cuanto comenzase a sudar se quedaría pegado a la tapicería.

– ¿Qué pasa Pesebre? Menuda taja que llevabais esta tarde el Follardo y tú ¿no? Madre mía, ¡ja ja ja! –Me dijo.

–Más que taja era un cebollo del quince.

–Es lo que tienen los porros... en realidad son una puta mierda.

–Lo que no entiendo es cómo pude estar todo el día sin comer, haber potado dos veces y seguir aún sin tener hambre.

– ¡Pero si te comiste un bocadillo de jamón nada más llegar por que venías canino! ¿Tan mal estabas que no te acuerdas?

–Te juro que no me acuerdo.

–Pues sí que estabas mal.

– ¿Y tú qué coño haces viendo porno? –Le pregunté.

– ¡Pues que pensaba cascármela... no te jode! Mis padres no están y quería aprovechar para pajearme.

El hecho de que estuviese viendo porno heterosexual me devolvió un poco más la calma. Kóstal Eructos sería un chaval raro, sí, pero por lo menos ahora podía pensar de él que le gustaban las tetas gordas y los buenos culos.

– ¿Y cómo se llama la peli? –Menuda gilipollez de pregunta. No pretendía interrogarle tanto, claro, pero como iba por su casa medio en bolas y con sólo una toalla atada a la cintura necesitaba sacarle cualquier tema de conversación pues me sentía extremadamente incómodo e inquieto.

–Se llama *Delito de seducción*. Es mi porno preferida. Mira que la tengo desde hace años, la he visto un puñado de veces y es de las pocas que no me la canso.

–Joder, pues sí que debe ser buena para no cansártela.

–Ya te digo... mira, esta es la parte que más me gusta.

A decir verdad, la peli tenía muy buena pinta. Debía de ser europea, ya sabéis, eso se nota... más que nada por el tipo de tías que salen y también por el tipo de cámara con que la habían grabado. La escena tenía lugar en un supuesto campo de golf. Un tío con gafas de sol y chaqueta de cuero negro, que con aquellas pintas probablemente pretendía aparentar ser algo así como un violador nocturno o un perverso sexual casposo, capturó a dos pavas que estaban tremen-

das lanzándoles una red de pescar por encima para luego comenzar a magrearlas a su antojo sobre el césped del campo de golf mientras llovía. En efecto, todo devenía como muy absurdo y surrealista; auténtico porno europeo, vamos. Total, que las jamelgas en cuestión eran ambas morenas, como a mí me gustan, y a su vez muy diferentes entre sí. Una de ellas, la más joven y delgada, lucía una piel bronceada y tersa; tenía las tetas pequeñas pero a la vez muy prietas y turgentes; lo mismo con el culo, pequeño pero respingón; melafó total. La otra, que parecía algo pureta por el peinado que llevaba, estaba cacho de buena; tenía unas bufas impresionantes, un culo gordísimo y un pepote moreno de auténtico infarto. Me ponía más la del culo gordo, la verdad sea dicha... aunque claro, qué podía importar eso cuando la prodigiosa magia del porno conseguía despejar dicho dilema evitando que tuvieses que escoger. Sospeché que el nota aquel terminaría follándose a las dos, y así lo hizo. La pornografía debe ser una de las pocas cosas en la vida que sabes que nunca te van a defraudar.

–Se supone que son madre e hija –Me comentó Kóstal al respecto–. Están cacho de buenas las dos ¿verdad?

–Joder, ya ves. A mí me mola más la pureta, aunque a la otra también le ponía la pica en flandes.

–La morena está tremenda.

–Le iba a rellenar to'l pavo.

–Ya te digo.

–Ojalá tuviese dos bocas para poder comerme dos coños morenos a la vez. Madre mía, menudo festival que se está dando el hijo puta ese de negro.

–Bueno, piensa que en realidad él tan sólo es un actor... y piensa también que eso es sólo una película.

Ya pavo... pero ahí se ve bien claro que aquel día, aunque hubiese peña grabándole el ojo del culo durante horas, él se las estaba pinchando a las dos a la vez. Y seguro que encima lo haría cobrando.

Me apalanqué en el sofá, tan digno como pude, con tan sólo una toalla atada a la cintura. Por lo pronto me encontraba ya algo más tranquilo; Kóstal Eructos parecía completamente inofensivo apoltronado en uno de aquellos butacones de polipiel. Estuvimos viendo la película sin dirigirnos ni una sola palabra durante un rato que a mí personalmente se me hizo más bien largo. Por lo general no solía entretenerme viendo porno, tan sólo lo utilizaba para el momento puntual de blandírmela y punto. Continuamos guardando silencio total entre nosotros mientras los altavoces del televisor colapsaban el sonido ambiente con jadeos desproporcionados, resuellos desmedidos y ahogados gritos de placer. La mayoría del tiempo acontecían escenas de tríos en las que un pavo se lo montaba con dos tías a la vez. Además de aquellas impostadas actrices que aparentaban ser madre e hija se sucedieron varias escenas en las que aparecían una pareja de mujeres policías; una de ellas era asiática y la otra rubia afrancesada que, al igual que las anteriores, también hacían lo propio. La madre y la hija –que en realidad ni parecía que lo fuesen– tuvieron un momentazo de lo más tórrido cuando, en una de las secuencias en que volvían a aparecer juntas, el tío de negro y un colega suyo que estaba como una puta regadera terminaban follándoselas a las dos en plan súper guarro. Mi polla estaba a punto de estallar bajo la toalla.

–Oye Polla –Me decía Kóstal sin apartar la vista de la pantalla–, la peli me está poniendo fatal. Me voy a ir un momento a la habitación si no te importa... ¿vale?

–Sí, claro, tú mismo. Es tu casa –Le contesté. Entendía perfectamente que tuviese ganas de terminarse el pajote a sus anchas. Yo

por mi parte pensé que podría aprovechar el tiempo que él estuviese encerrado en la habitación para pajearme viendo la película... pero al final me dio palo, más que nada por si me pillaba. Decidí que sería mejor pedirle a Kóstal que me dejase la cinta y ya le diría al Follardo que me hiciese una copia, que el muy perro tenía dos videos VHS y se las podía grabar. Así me la pelaría de tranquis en mi casa cuando mis padres no estuviesen.

Había pasado ya un buen rato desde que Kóstal tomó la determinación de encerrarse a deliverar. Yo por mi parte me estaba agobian-do un huevo, porque no quería pajearme... pero la película aquella me estaba poniendo morcillísimo. Kóstal no volvía, y a todo esto me pareció escuchar que la secadora se había detenido. Me levanté del sofá y fui en busca de mi ropa; estaba harto ya de andar medio en bolas por una casa que me era completamente ajena. Encontré la secadora en el lavadero, donde supuse que debía estar. Saqué la ropa del tambor y comencé a vestirme. Mientras lo hacía pensaba: <<Pajearse está bien, pero ponerse la ropa limpia y recién sacada de la secadora es un deleite mucho más placentero>>. Una vez vestido regresé al comedor, pillé el mando del video, le di al *stop* y paré la película. La imagen en el televisor se inundó entonces con el más oscuro de los silencios, con el único destello de un doble cero color verde en la esquina superior derecha. Cuando detuve la cinta me di cuenta de que no se escuchaba nada, ni siquiera escuchaba a Kóstal que aún debía permanecer en la habitación contigua. No quería molestarle, así que decidí esperar un rato más hasta que hubiese terminado. Seguía pasando el tiempo, muy despacio, y yo comenzaba a impacientarme. Todavía no eran las diez, y sería buena hora para regresar a casa, aun así pasé un cuarto de hora más esperando, sumido en un silencio absoluto que apenas se rompía con el hipnótico tic-tac del reloj de

carrillón. Kóstal Eructos no salía. <<Menuda manuela se debe de estar pegando>>, pensé.

El reloj del salón comenzó a dar las campanadas en cuanto llegaron las diez en punto. Aparentemente no existía ya ningún motivo por el cual tuviese que continuar permaneciendo allí postrado, tan sólo esperé por cortesía hacia mi anfitrión. Cuando vi claro que estaba haciendo el tolai, me aventuré hasta el cuarto de Kóstal, golpeé la puerta tres veces y luego le dije:

–Oye Kóstal, que he visto que son las diez... y si eso, nada, que me piro pa mi queo si no te importa ¿vale? –Pero nadie me contestó.

–Eh, Kóstal... –Volvía a insistir–. Que gracias por todo, ¿eh?... que te has portado como un colega y tal –Tampoco obtuve respuesta; la casa entera seguía sumida en un sobrecogedor silencio.

Ajeno al peligro que pudiese correr tomé la maneta, abrí la puerta de sopetón... y me encontré de narices con todo el pastel.

Fue la estampa más dantesca, sobrecogedora y escalofriante que pude haber presenciado en todos los días de mi vida.

* * *

**REFLEXIONES DE UN HUMANO
HETEROSEXUAL**

COSMOS PORNO

Somos la generación del culto al porno, la que más pornografía ha consumido de toda la historia de la humanidad. La de hostias que se hubiesen dado nuestros ancestros por poder disponer de todo el material del que nosotros disponemos hoy y, además, de forma completamente gratuita. Si te detienes a pensar, la pornografía es como una galaxia infinita por la que tenemos el privilegio de poder viajar; incluso a diario. Internet ha sido el artefacto que nos ha permitido levantar el vuelo, metafóricamente, para así poder dar rienda suelta a nuestras perversiones y, al igual que si fuese un telescopio, nos ha mostrado dicho universo en la totalidad de su inextinguible extensión. Hoy por hoy tengo la sensación de que hemos conseguido llegar hasta los confines del mismo. Tal como si viajásemos en una astronave interplanetaria, podemos permitirnos el lujo de recrearnos cuanto nos plazca e incluso visitar los lugares que más nos gustan tantas veces como lo deseemos.

Y digo yo... ¿Ha sido éste un viaje de turismo en vano hacia el exterior, o tal vez un provechoso periplo hacia el interior de nosotros mismos?

Tanta gente que un día trabajó por su propio interés y en su propio beneficio hoy podría decirse que trabajaron para todos nosotros, para toda la humanidad: infatigables actores y actrices fornicando durante horas; asistentes de cámara sosteniendo el equipo en interminables secuencias de doble penetración, lesbianismo, eyaculaciones faciales y sus etcéteras; directores tratando de pergeñar nuevas escenas con las que quebrantar la frontera del deseo individual, consiguiendo así que sus películas acaparasen nuestra atención. Tantas horas de grabación, tantos coitos que no conducían sino al placer de las personas más anónimas del planeta... Con un simple 'clic' podemos viajar hasta el lugar más recóndito de nuestras fantasías privadas, saboreando a las más voluptuosas mujeres que estarán todas a

nuestra entera disposición para dar rienda suelta a aquellos caprichos que en cualquier momento se nos antojen, las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año, sin límites, pero... ¿Hasta cuándo? ¿Habremos saciado por fin nuestra inaplacable sed de viajar a través del vasto universo de la pornografía? ¿Habremos conseguido mitigar nuestra curiosidad por completo? ¿Dónde estará el próximo límite? Quiero decir, ¿Hasta dónde se nos permitirá fantasear?

Hemos sido *voyeurs* ocasionales, el ojo que todo lo ve, en las situaciones más inusuales y descabelladas. ¿Qué nos faltará por ver cuando todo lo hayamos visto? ¿Qué habrá más allá de los confines de la curiosidad sexual? ¿Qué nos espera tras la última frontera? ¿El hastío, o tal vez algo peor... similar a la muerte?

Puede que, sencillamente, por fin podamos interesarnos por otras cosas que no sean el porno.

* * *

¡LOS HORRORES DE LA ANDROGINIA!

Me quedé estupefacto... completamente atónito y consternado. Presentía que aquella cosa debía de ser Kóstal Eructos, pero la impresión del momento me indujo a dudar. En su lóbrega y tenebrosa habitación predominaban la oscuridad y la sombra. Sobre la mesita de noche una pequeña lámpara iluminaba con su tenue luz anaranjada, otorgándole al espacio una inquietante calidez de duermevela, proyectando a su vez desproporcionadas y grotescas sombras que languidecían y se desfiguraban como espectros siniestros en la pared. Sobre la cama había un cuerpo tendido, era alguien que se estaba matando a pajas furiosamente. La misteriosa silueta que se ocultaba entre penumbras llevaba puesta una peluca rubia platino con flequillo tipo putón y vestía aquel ridículo atuendo de lencería erótica que horas antes había visto sobre la cama, es decir: las bragas rosas con transparencias, el sujetador con pompones y también las medias color carne. La extravagante figura se retorció como si estuviese poseída, brincando espasmódicamente encima del colchón; además, gí-moteaba profiriendo un ridículo *Gñeeee, gñeeee-eeergh* que recordaba a la cría de un aguilucho desnutrido graznando desde el nido a la espera de que su madre le trajese gusanos —o pollas— para comer.

No había lugar a dudas, aquella aparición fantasmagórica sólo podía ser Kóstal Eructos. En el culo tenía metido un gigantesco consolador color verde fosforescente, tan gordo como una garrafa de aceite de las de cinco litros. Su cuerpo, además de blanquecino y peco-so, estaba infestado por purulentos granos de acné y tenía pinta de haber estado sudando la de dios mientras estuvo encerrado allí dentro. Nuestras miradas se entrecruzaron cuando el travesti macabro intuyó que hube irrumpido en la habitación sin avisar.

–Hola, yo... Bueno, esto... que yo ya me iba –Le dije balbuceando y evitándole con la mirada–. Ya me he vestido. Sólo venía a por mis cosas y me voy.

Vi mis llaves brillar sobre la mesita de noche. Kóstal Eructos se dio cuenta de que las andaba observando y entonces agarró el llavero de improvisito.

– ¿Quieres tus llaves? –Me dijo con ojos de enajenado y socarrona lascivia libidinosa–. Pues ven a cogerlas, morenazo.

–Me cago en la puta... –Apostillé fatigado. No sabía qué hacer. No sabía cómo reaccionar. Necesitaba las llaves para volver a casa. No es que las necesitase para abrir la puerta, claro... pero si volvía a perderlas otra vez les estaría dando a mis viejos más motivos para echarme puyas durante días.

–Oh, Polla. Oh, Polla –Me decía casi susurrando. El muy guarro empezó a restregarse las llaves por la huevada y luego se las frotó también haciendo círculos contra la base del consolador verde que tenía metido por el culo. Todo su cuerpo chorreaba, brillando aceitosamente, empapado por la sudoración y la vaselina. Kóstal no dejaba de gemir; era de lo más repulsivo y estomagante–. ¡Cuánto tiempo he deseado que llegase éste momento!

–Joder, pavo... ¡Pero qué puto asco me das! ¡Devuélveme mis llaves, pedazo de maricón! –Sus sucias mariconadas conseguían sacar lo peor de mí. Debía haberme fiado de mi instinto y no confiar en un tipo como Kóstal. Lo sabía, y lo pensé... pero aun así no me hice ningún caso a mí mismo.

Kóstal se levantó de la cama con dificultad. Arqueaba la espalda hacia adelante, de una forma muy esperpéntica, procurando que aquel enorme consolador no resbalase y terminara saliéndosele de su asqueroso y repulsivo culo de maricón. Presencí la escena tal como si me hubiese encontrado frente a frente con un engendro aberrante.

Kóstal Eructos se dirigía hacia mí arrastrándose entre las sábanas, trémulo y convulso, estirando sus raquíticos brazos con afán de alcanzar mi cuerpo y abrazarme amorosamente. Parecía un muerto viviente pretendiendo alimentarse con mi rabo...

– ¡Buaaargh! –Grité–. ¡Ni se te ocurra tocarme con esas manos de maricón de mierda!

Kóstal se abalanzó sobre mí y tuve sus repugnantes labios a menos de un palmo de distancia de mi cara. Menudo repeluzno. No se me ocurrió otra forma de disuadirlo, así que le solté un sonoro bofetón y el moñigo cayó sobre la cama como un muñeco enclenque. Por un momento permaneció inmóvil, se quedó apagado igual que si le hubiesen sacado las pilas... pero luego se colocó mecánicamente a cuatro patas sobre la cama, con su abominable culo de caballo flaco apuntando directamente hacia mí. El descomunal vibrador verde continuaba asomando por su trasero cuando, acto seguido, Kóstal se dispuso a cascársela delante mío como un subnormal indómito y vicioso; parecía que estuviese tratando de reventar los tiempos en un concurso de ordeñar vacas. No pude sino esgrimir una mueca de auténtica repulsión. Para mi total asombro, el consolador comenzó a centellear emitiendo unos fulgurantes haces de intensa luz color escarlata que giraban en círculo según el ritmo y la intensidad alcanzada por Kóstal en su frenesí masturbatorio. Cuanta más caña se daba pajeándose, tanto más resplandecía su culo; parecía el mecanismo de una turbina. Todavía no daba crédito a lo que estaba presenciando, era un rollo en plan ‘Cocoon’ pero con cosas de maricones.

Mis llaves cayeron sobre la cama. Salté hacia ellas procurando esquivar el radio de acción del travesti pajillero pero en cuanto tuve el llavero en mis manos Kóstal me agarró por el brazo, me miró fijamente a los ojos con sus diminutas pupilas y aquella ridícula peluca

de putón verbenero para luego ponerse a chillar como un condenado en la silla eléctrica.

– ¡Buaaaaa-aaaargh! ¡Pooollaaaaaaas! ¡PoooooollaaaAAAS! ¡AAA-AAAAAAAARGH! –Gritaba con desmedido ardor a la vez que brincaba como el potro de un rodeo.

El aliento le olía a pura mierda; en lugar de boca debía tener la gruta de acceso hacia un pantano lóbrego y pestilente. Mientras convulsionaba enloquecido le agarré de la mano con la que me tenía aprisionado y conseguí soltarme sin que pudiese siquiera arañarme.

– ¡Suéltame ya, mariconazo! –Le ordené, para luego terminar soltándole un tremendo patadón en el culo; Kóstal se partió la crisma dándose de bruces contra el cabecero de la cama. Tras el descomunal testarazo parecía haberse quedado exhausto; de todas formas no pensé quedarme allí postrado, contemplando una vez más cómo el muy cabrón volvía a espabilarse, así que salí de la habitación cagando leches, cerré la puerta tras de mí y escapé por el pasillo hasta llegar a la salida. Desesperado como estaba por huir, con todo y con eso, tuve que detenerme por un instante; recapacité. Una voz en mi cabeza me ordenó dar media vuelta y, de forma inconsciente, regresé al comedor para sacar la cinta del reproductor VHS. Aquella porno era demasiado buena como para que terminase sus días en manos de un julandras. No recuperarla, por el bien de la humanidad heterosexual, hubiese supuesto un acto absolutamente sacrílego. Sin duda, era material que no debía perderse.

Mientras esperaba a que el video expulsase la cinta Kóstal volvió a hacer acto de presencia. Estaba saliendo de su cuarto a gatas y se arrastraba por el suelo como si fuese un maldito o un enfermo desquiciado y demente.

–Pesebreee –Me susurraba en tono apacible y falsamente conciliador–, ven aquí, amigo... que te quiero contar un chiste muy bueno...

–Una polla –Le espeté–, que tú lo que quieres es bailar conmigo la conga anal...

– ¡AaaaaaaAARGH! ¡PESEEEEBREEEEEEEE! ¡NoooOOOOOHRG!
¡AYÚDAMEEEE! ¡PESEEBREEEEE! ¡PELÚCAMEEEE, POR FAVOOR!
¡PELUUÚ-CAMEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE! –Bramaba cual maldito.

– ¡Que te jodan, mamonazo! ¡No te toco ni con un puntero láser! –
Le dije–. Por cierto, me llevo tu porno. Espero que no te importe.

– ¡MamuuUUUUUTH! ¡AieeeeEERGH! ¡Bro-mooo-OOOOORGH!! –
Kóstal se levantó del suelo tambaleándose y, tras incorporarse, el consolador y las mierdas se le cayeron del culo como si fuese un caballo.

Salí corriendo de aquella casa de putas sin dejar de pensar en todo lo que había visto. Me repugnaba la idea del sexo homosexual, sí... pero lo que más me revolvió el estomago era pensar que pudiesen haber tíos que se sintieran atraídos sentimentalmente por otros hombres; es decir, como en *Brokeback Mountain*. Esa peli la vi años después, cuando ya tenía parienta y prácticamente todos los estrenos que se llevaban a la cartelera de los cines estaban controlados por el gobierno gayerrestre. Recuerdo haber llegado a la conclusión de que, por lo menos para mí, sería menos violento ver porno gay antes que escenas de verdadero amor entre hombres, dándose besos apasionados, delicadas caricias y cosas de esas que si eres un auténtico macho heterosexual se te ponen los pelos como escarpías. Y bueno, de los tíos maricones disfrazados con lencería de mujer mejor ni hablamos. Probablemente, en toda la vida, jamás volvería a presenciar una visión tan traumática, degradante e inmundada como aquella...

O tal vez sí.

* * *

MI VIDA EN EL MARICOMIO

Llegué a mi casa sobre las once de la noche. Aquella debía ser la hora en que mis viejos, después de cenar, estarían viendo la tele apoltronados en el sofá... Tan sólo esperaba que me cayese la típica bronca de rigor para luego meterme en el sobre y echarme a dormir lo antes posible por tal de olvidar lo sucedido. En lugar de eso encontré un desconcertante y absoluto silencio que parecía haberse adueñado de todo el bloque. La repentina y tensa calma reinaba ya desde el pasillo; no había nadie en la cocina, no había nadie en el salón, las puertas de las habitaciones estaban todas cerradas y más allá del distribuidor sólo se distinguían oscuridad y penumbras. Tan insólito e inquietante era aquel repentino sosiego que incluso llegué a escuchar cómo el reloj del comedor, igual que en casa de Kóstal Eructos, doblaba fantasmagóricamente dando las once; hacía años que no prestaba atención a sus campanadas.

– ¡GRIAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAARGH!!

De repente, un ensordecedor y monstruoso aullido rompió el silencio. Me estremecí. Por un momento pensé que el estruendoso alarido provenía de la habitación de mis padres; observando la penumbra del distribuidor caí en la cuenta: había una única luz encendida y ésta emergía bajo la puerta de mi cuarto. Me sentí completamente desbordado. Llevaba un auténtico día de mierda, o mejor dicho una auténtica semana de mierda, y ya ni en mi propia casa me dejaban vivir tranquilo. La confusión y la paranoia me perseguían a todas horas, a todas partes. Me invadió un repentino sentimiento de angustia y desesperación. Estaba harto, pero harto de verdad. Estaba tan hasta los huevos de todo que en lugar de huir, como venía siendo la costumbre, afloró en mí una inusitada e impropia valentía, más cercana a la insensatez que a la temeridad. Fruncí el ceño, apreté los

dientes, levanté el puño en alto y entré de sopetón en la cocina, dispuesto a endiñarle un soberbio puñetazo en toda la cara al primero que se cruzase en mi camino, pero allí no encontré a nadie. Busqué un garrote, una barra de hierro, un tubo de metal o cualquier arma que pudiera asir para que me acompañase hasta la habitación ¿Para qué postergar más la agonía? De una vez por todas haría frente al abominable espanto que me esperaba allí dentro. Me acerqué hasta el cuchillero y empuñé el cuchillo más grande que encontré como un auténtico psicópata. Estaba dispuesto a matar a alguien si veía peligrar mi vida, recordé la temeridad irreflexiva de Bruce Willis en *Jungla de cristal* y también la implacable aniquilación de los estúpidos e insoportables adolescentes campistas a manos de Jason Voorhees en las películas de *Viernes trece*.

– ¡Échate a un lado, Tocinos! –Gritó la voz de José Vázquez en mi cabeza.

– ¡CÁLLATE CERDA! –Exclamé.

– ¿Sabéis QUÉ pasa cuando me tocan las pelotas? ¡¿Eh?! ¡¿No lo sabéis?! –Me increpó la voz de Matías, el guripa maniaco y penden-ciero.

– ¡CABRONES DE MIERDA! ¡DEJADME EN PAAAZ! –Les rebatía furioso.

– ¡Pero hablemos! ¡Di algo! –Me recriminaba la voz de mi madre– ¡No te quedes ahí tirado en el sofá como un muñeco!

– ¡Capullo, que nos has jodido las cartas! –Añadía la voz del niño-to empollón y con pinta de castor orondo sobre el que vomité atómicamente mientras jugaba a las cartas con su colega.

–Fueron dos veces... y hasta el final –Aclaraba grandilocuente y rimbombante Antonio el maricón, refiriéndose a las veces que se había follado a mi colega el Marquitos por el culo.

–Mí quiere qui tú saber di maricones –Me insistió Juanantonio el Chamán, dedicándome la más amplia de las sonrisas poco antes de ejecutar una de sus tan socorridas reverencias morunas.

– ¡CABRONES DE MIERDA! ¡DEJADME EN PAAAZ! –Les rebatía furioso a todos ellos.

–Chaval, te ríes porque aún no sabes la que te espera –Me advertía el trucho aquel que decía ser tan amigo de Sebo.

– ¡JA JA JA JA JÁ! ¡JA JA JA JA JÁ!

Avancé con paso firme y sigiloso a través del pasillo, empuñando el cuchillo tan fuerte que éste parecía una extensión de mi propio cuerpo. Al llegar frente a mi cuarto tomé aliento y, sumido en la sombra, contemplé por última vez el hilo de resplandor dorado que emergía bajo la puerta. Estaba angustiado, pero no tenía miedo. Tampoco tenía escapatoria, me daba igual lo que pudiese ocurrir, así que coloqué mi mano izquierda muy lentamente sobre el tirador, levanté el cuchillo... y abrí de un violento golpe estrellando la puerta contra algo, o contra alguien.

* * *

TU PADRE ES MARICÓN

– ¡QUE'STOY MU LOCO, TÍOOOOOOOOOOOOOOOO! –Prorrumpí con desmedida violencia al entrar en mi habitación, y no era para menos. El portazo se estampó contra las narices de Víctor Barreñales y este cayó al suelo de rodillas lamentándose por el dolor. Las pupilas de Miguel Pampero revelaban el terror que sintió al verme arrebatado y con la mirada trastornada por la pura enajenación mental; salió frenético a mi encuentro, gritando como una gitana enloquecida a la que le roban las bragas de su puesto en el mercadillo y, antes de que pudiese agarrarme por el cuello, le asesté una puñalada certera en todo el pescuezo.

– ¡QUE'STOY MU LOCOOOOOOOOOO! –Le grité en su puta cara y Miguel gritó también, pero como una puta adolescente a la que se follan por el culo por vez primera; yo le devolví un colérico alarido de pura furia mientras observaba su rostro, sumido en el horror y el espanto, derrumbándose a cámara lenta frente a mí; la sangre brotaba torrencialmente entre sus manos. Héctor Paellas y Ñordi Ponce hicieron también ademán por intentar agredirme, pero se detuvieron acobardados al verme recuperar el chorreante puñal impregnado con la sangre de su moribundo y pútrido colega. Agarré el cuchillo con sendas manos y, alzando los puños en dirección al techo, lancé un rugido ensordecedor que les debió helar la sangre. Debía quedarles muy claro quién mandaba allí, y que estaba dispuesto a morir no sin antes darles caza uno por uno.

En el centro de la escena, tras el Ponce y el Paellas, encontré al seboso grasiento de mi padre colocado a cuatro patas y en pelotas sobre la cama. A sus espaldas, o mejor dicho enfilándoselo por el mismísimo culo, estaba Manolo Manuelas... que no cesó ni por un instante de embutirle el morcón con machacante y pulverizador desen-

freno. Frente a él, y sosteniéndome fijamente su obscena y lujuriosa mirada en manifiesta actitud de auténtico desafío, José Vázquez alimentaba con su polla al maricón de mi puto padre mientras acompañaba el vaivén de su cabeza sujetándole por el pelo.

– ¡QUE'STOY MU LOCO, TÍOOOOOOOOOOOOOOO! –Le amenacé.

– ¡Oungfhs! ¡Gluohrgfs! ¡Blourgfs! –articuló mi padre al verme sin que por ello tuviese el más mínimo reparo en continuar mamando como una puta del asqueroso nabo de José Vázquez. A su lado hizo acto de presencia el sonriente Pestens, también en pelotas, más maricón que nunca y restregando su polla por las mejillas de mi patético progenitor.

– ¡JA JA JA JA JA! –Rió Vázquez completamente enloquecido y desbocado.

– ¡Pu-uurf! ¡Bu-uurf! ¡Fu-uurf! –Resollaba acompasadamente el Manueles sin dejar de matracarle el culo a mi viejo. Tal era la ferocidad con que le arremetía contra el bullate que el muy cerdo estaba sudando la vida, como si fuese un atleta africano follando con una irlandesa gorda debajo de una manta de plástico.

– ¡JA JA JA! ¡Mira mira, cómo se come las pollas el maricón de tu puto padre! ¡Anda que no se le nota ni nada que lo está gozando cosa bárbara! –Dijo Isaac Poyaso, que apareció de repente y me inmovilizó retorciéndome el antebrazo izquierdo a mis espaldas.

– ¡QUE'STOY MU LOCO, TÍOOOOOOOOOOOOOOO! –Le amenacé a él también. Alguien me detuvo cuando intenté levantar nuevamente el cuchillo.

– ¡JA JA JA! ¡No veas! ¡A tu padre le están dando a base de bien, eh! ¡Tras-trás por detrás! ¡Ja ja ja! –Añadía el retrasado mental de su hermano Alberto al tiempo que me sujetaba con fuerza por el antebrazo derecho.

– ¡SOLTADME, MARICONES DE MIERDA! ¡HIJOS DE LA GRAN PUTAAAAAAAAAAAA! –El cuchillo se me escapó de entre las manos y cayó salpicando contra el charco de sangre donde Miguel Pampero permanecía aún tendido boca abajo.

– ¡JA JA JA JA JA JA JA JA! –Reía a carcajadas aquella indecente piara de diabólicos maricones.

– ¡Hijorglf! ¡Hijooorglfhs! ¡Egfhsto no egfhs lo que pfharé-gloogloo-orps glooo-ourgfhs! –Mi padre trataba inútilmente de darme algún tipo de explicación al respecto... aunque le era bastante difícil expresarse con claridad cuando no hacía más que atragantarse repulsivamente con el ciruelo erecto de José Vázquez.

– ¡Venga, díselo! –Le ordenaba Vázquez-. ¡Dile al gilipollas de tu hijo lo que me has dicho antes!

– ¡Hijo! –Me decía mi padre con semblante tembloroso y convulso-. Hijo, cuando seas padre... ¡COMERÁS HUEVOOOURGLFHS! –Y acto seguido abrió la boca de par en par por tal de meterse los dos huevazos del sonriente Pestens hasta la campanilla.

–Eso no es lo que me has dicho antes –Le recriminaba el despótico homosexual tratándole con total y absoluto desprecio a la vez que le soltaba un denigrante y oprobioso bofetón-. ¡Dile lo que me has dicho antes o vas a conseguir que me enfade de verdad!

–Tu padre es ovíparo, nen –Me decía el Paellas.

– ¡Es verdad, ja ja ja! ¡Le está comiendo los huevos con avaricia! –Apostillaba el Ponce.

– Hijo, verás... Tu madre...

– ¡Venga, pedazo de inútil! ¡Díselo de una vez! –Le increpó Isaac Poyaso.

– ¡Pu-uurf! ¡Bu-uurf! ¡Fu-uurf! –A todo esto, el Manuelas proseguía indómito con su trote machacón, aporreándole el culo a mi viejo sin descanso.

–Santo cielo, ¡qué bochorno! –Se lamentaba mi padre.

– ¡Pero a qué coño viene ahora tanta vergüenza! –Exclamé indignado–. ¡No será peor que estar aquí presenciando cómo te revientan el culo y le comes los huevos con gusto a ese puto maricón risueño!

–Tu madre... –Articuló finalmente con fatiga y resignación–.Tu madre no me da lo que quiero: tranca y madero.

– ¡JA JA JA! –Reía Vázquez satisfecho.

– ¡¿Ya está?! ¡¿Y para esa mierda hacía falta tanta intriga?! – Forcejeé iracundo para ver si podía liberarme, pero aquellos bujarras criminales me retenían empleando todas sus fuerzas.

Mi habitación, el único lugar del mundo donde a veces podía encontrar un poco de calma, se había convertido en el algo mucho peor que el patio de un matadero: un improvisado patíbulo homosexual. La nauseabunda peste a sexo gay que emanaba de allí dentro era absolutamente insoportable. José Vázquez se pajeaba como un mono mientras mi padre mamaba de su rabo con el ansia de un somalí bebiendo de una manguera; en un momento dado al maricón le dio por correrse y, mientras lo hacía, a mi padre le dio por estornudar. Total, que yo tampoco pude contenerme la risa cuando vi cómo a mi padre le colgaban dos lamparones de lefa por cada agujero de la nariz... y encima al muy capullo no se le ocurrió otra cosa que ponerse a reír como un energúmeno, con la polla todavía en la boca y los mocos seminales colgando y balanceándose como dos columpios. Fue tan ridículo, patético y lamentable que a todos nos entró la risa por igual; la subnormalidad de mi padre disipó la tensión del momento. Vázquez se partía la polla como un malévolo y pérfido chiflado; el Ponce y el Paellas se tronchaban de risa a la par, como si fuesen dos hienas fétidas e inmundas, doblegándose hacia atrás de una forma totalmente sobreactuada y patética; Barreñales se retorció de rodillas en el suelo mientras trataba de contener el regato de sangre que le manaba por

la nariz; Pestens abrazó a Vázquez afectuosamente por la espalda mientras se ahogaba en un hipo estúpido y tontaina provocado por las carcajadas; el Manuelas también se reía, pero sin dejar de endiñarle el boniato por el culo a mi puto padre; Isaac y Alberto Poyaso se partían la caja como dos cromañones profundamente subnormales; Miguel Pampero, tirado aún por el suelo, también reía sin parar burbujeando en el charco que su propia sangre había formado. El reiterativo eco de sus risotadas fue amplificándose gradualmente; sus rostros de implacable y despiadado regocijo giraban en torno a mí, como los caballos de un carrusel, cada vez más y más deprisa. Cuando la velocidad de rotación que adquirieron sus caretos fue tal que ya no alcanzaba a distinguirlos, éstos comenzaron a arremeter contra mi cara; aparecían de la nada, desde un pequeño y alejado punto en el infinito y, tal como si cada uno de ellos fuese un balón siendo yo la portería, se estrellaban contra mi jeta graznando, mugiendo y rebuznando. Mi óptica se segmentó como facciones de un diamante tallado y en cada una de sus facetas se reflejaban nuevamente las muecas burlescas de los maricones del espacio.

– ¡Santo cielo! –Exclamó mi madre escandalizada desde el pasillo. Fue entonces cuando pude aprovechar el momento de confusión para librarme de Isaac y Alberto Poyaso, di media vuelta sobre mí mismo y comencé a correr hacia la puerta. Incomprensiblemente, mi madre trató de sujetarme por los hombros.

– ¡Hijo! ¡El complejo de Edipo no está tan mal! –Me confesó atosigándome con abrazos.

– ¡Anda máma, pero qué me estás contando! ¡Suéltame ya y vete tú también a la mierda! –Le contesté apartándomela de encima.

– ¡Los maricones tienen todos los privilegios! ¡Tienes que verlo como una oportunidad! –insistía apresurada.

– ¡Me suda completamente la polla! ¡Por mí como si se la machacan con dos piedras y luego se la espolvorean con jengibre!

Esquivé a mi madre como pude, salí de mi casa pegando un monumental portazo y bajé por las escaleras sin detenerme si quiera a comprobar que los maricones del espacio estuvieran persiguiéndome.

– ¡Te pillaremos, Pesebre! ¡No te quepa la menor duda! –Gritó José Vázquez desde la ventana que daba a mi habitación. Corrí calle abajo, huyendo frenéticamente de sus perversas carcajadas.

* * *

¡DÓNDE VAS CON LA PESTE A VINO!

Un martes cualquiera, entre semana y a las tantas de la madrugada, mi barrio se encontraba completamente desértico; un páramo olvidado que parecía el depauperado y crudo escenario tras el juicio final por el cual avanzaba como un alma errante. Aquellas calles sombrías y carentes de vida no albergaban ni el más insignificante vestigio de un solo transeúnte o de las luces de algún automóvil que circulase por ellas. Mi sola presencia era la única que quebraba el silencio con el eco de mis pasos, sonando al andar junto a las amplias porterías de la avenida ancha, que era la calle que se apercibía más iluminada en aquellas intempestivas horas de la noche. No sabía adónde ir. La soledad de la nocturna estampa modelaba el reflejo de mi angustia existencial; nunca antes me había sentido tan destruido y abandonado.

Estaba a punto de doblar la esquina cuando de pronto advertí con desconcierto que el paso me había sido bloqueado mediante una gran barricada hecha a base de peluches de Scooby Doo que tenían todos los ojos bizcos. Alguien se tomó la molestia de apilarlos ahí, en medio de la calzada, premeditadamente antes de que yo llegase. Aquello fue demasiado para mí, me derrumbé sobre mis propias rodillas contra la acera; fue justo en ese mismo instante cuando la barricada de peluches entró en combustión espontánea y comenzó a arder. Me pareció estar protagonizando un absurdo videoclip de Christina Aguilera y de la misma desesperación tuve el impulso de romper a llorar. Hacía años que no me sucedía algo así, pero esta vez la frustración me había colmado y finalmente consiguió abatirme.

– ¡Está bien! –Grité enfurecido dirigiéndome hacia las llamas–.
¡¿Qué coño está pasando?! ¡¿Qué coño queréis de mí?!

– ¡Mí quiere que tu saber mariconees! –Se escuchó tras la improvisada hoguera.

– ¡Bastaaaa! ¡Bastaaaa! ¡Aaaaaah! ¡Dejadme en paaaaz! ¡Me dejaré dar por el culo si es que es eso lo que os hace faltaaa!

Levanté la vista y de entre las llamas emergió como por arte de magia una resplandeciente figura arábica que me resultaba indudablemente familiar. Con su flamante chilaba, sus babuchas doradas, un nuevo turbante hecho con papel de plata y una alfombra persa que le colgaba del hombro, Juanantonio el Chamán² había vuelto de entre los muertos para aparecer en forma de ente del más allá y cobrar así su terrible venganza moruna. De pronto se puso a llover.

– ¡Deja de atormentarme, moro! ¡Te lo suplico! –Le imploraba.

– ¡Tú no supliques cosas que no son! ¡Yo vengo di allí, tú ayuda mí! ¡Todos filises! –Me contestó casi gritando. Poco a poco fue acercándose hacia mí.

– ¡Moro! ¡De verdad! ¡Perdóname! ¡De verdad que no quise tirarte por el balcón!

– ¡Aah! Mí tú sabe que tú no quirías. Mí tú tiene cosas buenas, mucha suerte di familia ¿sí?

– ¡Moro! ¡Lo siento! ¡No me mates!

– ¡Mí no mata la patata! ¡Ja ja ja! ¡La patata! ¡Mí quiere que tú saber di maricones! ¡Que tuuuuú! –Insistía mientras me propinaba unos asquerosos golpes en el pecho utilizando su dedo índice.

El moro se colocó a mi lado y apoyó su mano sobre mis espaldas. El muy cabrón pegaba una peste insoportable, como a cuesco de moro, bolso de cuero y cenicero repleto de colillas... pero claro, no estaba en situación de quejarme para nada.

–Mí quiere que tú saber maricones... –Me repetía ahora con cierto aire de condescendencia.

–De verdad te lo digo, moro... entre tú y mi madre me estáis comiendo la energía.

² *¡Maricones del espacio! volumen 1*

El moro me abrazó bajo la lluvia y a mí me daba un asco que me moría, sentí su hedor tan cerca que la fetidez me inducía al vomito. Además, como estábamos frente a la deflagración de los peluches de Scooby Doo, el tío no dejaba de sudar y me empapó la frente con su sudor de moro.

—Mí dise que tú chico listo salva mundo de amenaza maricones. Mí viene de mundo donde maricones no llegan porque pueblo mata antes de que engendren culo.

— ¡Joder ya con los maricones! ¡Me tenéis todos hasta los huevos! ¡¿Qué coño pasa ahora con los maricones que de pronto son como una puta lacra para la especie humana?!

— ¡Disen tele discriminan maricones! ¡Disen! ¡Pero discriminan no! ¡Maricones no como negros, moros o esquimalos! ¡No! ¡Maricones amenaza! ¡Amenasaaa!

Podía parecer una gilipollez, pero aquellas sentidas frases fueron lo más sensato que había escuchado en toda mi vida.

TALENTUS: Bueno mira, tanto como una amenaza... Piensa que eso de la discriminación es algo muy relativo.

CHAMÁN: ¡Maricones no discrimina! ¡Ellos son qui discrimina! ¡Ellos discrimina mí... ti... sí!

TALENTUS: Pero hombre, eso es como el racismo. Cuando yo era pequeño tampoco había moros como tú, ni siquiera había negros por este barrio... y si alguien veía uno lo flipaba como si hubiese visto un extraterrestre.

CHAMÁN: ¿Mí, ti... sí?

TALENTUS: ¡Pues claro, coño! De hecho, cuando éramos críos, nos llevaban con el cole de excursión a Bañolas y allí tenían un museo donde exhibían un negro disecado... y entonces nadie se escandalizaba por ello. Luego, ya en los noventa, se extendió todo el rollo ese del racismo y la xenofobia; entonces tuvieron que repatriar al negro di-

secado a su país africano de origen para que pudieran darle sepultura. Pues eso, que supongo que con los maricones pasará igual ¿no?

CHAMÁN: ¡Sí igual, pero no igual! ¡Porque moro no amenaza! ¡Moro no amenaza!! ¡Maricones sí amenaza! ¡Sí amenaza! ¡Sí estén terrestres! ¡Sí estén-terrestrees!

TALENTUS: ¿Sabes moro? –Le comenté aún postrado de rodillas frente a él y cargado de infinita y desmedida paciencia–. No te entiendo una puta mierda de lo que me estás diciendo ahora mismo pero, la verdad, respeto mucho esa capacidad que tienes para insistir sin doblegarte ante la adversidad y el desamparo.

CHAMÁN: ¿Mí sí?

TALENTUS: Claro, la verdad es que tenemos bastante en común. Al fin y al cabo tú eres un moro... y a mí no me quiere nadie.

CHAMÁN: Mí dise que tú chico listo salva mundo de amenaza maricones. Mí viene di mundo donde maricones no llegan porque pueblo mata antes de que engendren culo.

TALENTUS: Ya, joder... eso ya me lo has dicho antes.

CHAMÁN: Mí contar verdadera verdad sobre pueblo Cuso, libre di maricone que dan pol culo y distrosan los matrimonio que tanta aligría nos dan.

TALENTUS: Anda ya, hombre. ¿Pero qué cojones va a saber un moraco gilipollas como tú lo que son los maricones?

CHAMÁN: Mí sí sabe. Viene a casa... ti cuéntolo todo.

TALENTUS: ¡Y una mierda! ¡A ver si vas a ser tú también un bujarra-co de esos que no paran de intentar petarme el ojaldre!

CHAMÁN: ¡Cháman no travestis! Cháman sí bueno té ¿Eh? ¡Cháman si bueno té! ¡Ja ja ja!

Nunca te fíes de un moro, pensé, y menos si va de gracioso... todo el mundo sabe que los moros no se ríen ni tampoco tienen sentido del humor. Además, no entendía cómo podía seguir pensando que aquel tío era un moro... si era el Marcelo, mi vecino de toda la vida, el del

parque Rizal... que su hijo era el Dumbas y le llamaban el orejón. Y otra, si aquel moro era una aparición fantasmagórica ¿por qué podía sentir su hedor y cómo era posible que pusiese ponerme la mano encima? Seguro que me la estaban colando otra vez.

–Oye Marcelo –Le dije una vez me hube serenado–, tú no estás muerto ni nada de eso... ¿no?

–Mí sí muerto... ¡pero muerto di asco! Maricone hasen follar culos los hijos de Alá... y moro no enfrenta injustisia. ¡Moro ti sirve frío la vengansa talega!

Mientras contemplaba el rostro sudoroso del moro me abstraía en mis propios pensamientos y llegué a comprender por qué había gente como Darby Crash, Ian Curtis o Kurt Cobain que preferían suicidarse antes que seguir aguantando las gilipolleces de la peña.

– ¡Ahn-samaleeé! ¡Hánsa-malá! –Clamó al cielo de manera repentina. El tío bramó tan fuerte que me pegó un sustazo del quince–. ¡Ahn-samaleeéj! ¡Hánsama-laaaah! ¡Hansimareeé! ¡Hásuma-laaa!

– ¡Pero tío! ¡Menudo susto me has pegado, cabrón! –Le dije soltándole un empujón.

– ¡Mí no quiere que tú susto! ¡Mí quiere que tú saber maricones! ¡Ti voy a cantar el reggetón del gato pelato!

– ¡Hay que ver, pero qué putamente machacones que sois los almorávides, coño! –Otra cosa no, pero desde luego al moro no se le podía achacar que tuviese falta de inventiva. Esta vez venía con algo nuevo, fresco y original. El muy cabrón sabía que pasaba de su rollo moruno como de comer mierda, así que se sacó un radiocasete cutrísimo de la chilaba, como el que llevaban los negros raperos de los años ochenta. El moro le apretó el botón del play y comenzó a sonar un ritmo en plan reggetón salchichero sobre el que pensaba cantar mientras se implicaba en una espeluznante coreografía que tenía trazas mitad morunas, mitad latinas y algunos pasos de baile del último videoclip de Shakira.

–Mira Juanantonio... –Me dijo, a la vez que iba dando palmas.
– ¡Que yo no me llamo Juanantoniooooo, cojoneees! – Le corregía resignado.

Atiende con tus peyas a este falso testimonio.

El gato pelato, ya está aquí.

Te sorbe la pija cantándote así:

Gato pelato, gato pelato.

Gato pelato – El gato pelato.

Enjambres de pollas, corren por montañas,

Buscando chochos de tías mañas.

Gato pelato, gato pelato.

Gato pelato – El gato pelato.

El orujo en botella es como el orín,

De un niño tragaldabas con orejas de mastín.

Gato pelato, gato pelato.

Gato pelato – El gato pelato.

Salsa de limón es el flujo de las guarras.

Mayonesa en tu compresa,

Pastelazo en la ensalada,

Si me vienes con la tiesa,

Te propongo una mamada.

Gato pelato, gato pelato.

Gato pelato – El gato pelato.

Si piden tu culo, sentado en la trona,

Mejor que te pongas un pincho en la polla.

Si sudas tocino y te cuece el esfínter,

No busques excusas ¡Sácalo del blíster!

–Moro, por lo que más quieras –Le interrumpí–. Mátame ya. De verdad te lo digo. Tírame al fuego si quieres... asfixiame con tus propias manos... pero hazme el favor y termina de una vez con este ridículo sufrimiento. No sé qué coño me quieres decir. Estoy agotado... exhausto de vivir. Te miro a la cara y no siento nada más que repugnancia y compasión. No puede ser que con la edad que tengo esté tan hastiado de la vida.

– ¡Es por eso qui moro ti quiere dar aligría di tí! ¡Por eso di tí! ¡No llore más, peluca!

– ¡Pero moro! ¡¿Qué debo hacer?! ¡¿Hacia dónde debo dirigirme?! ¡¿Es que nunca me va a cambiar la suerte?! –El aguacero consumió el repentino incendio, dejando frente a nosotros una pequeña cordillera de peluches de Scooby Doo semi calcinados. A su vez, la lluvia comenzaba a aminorar y por fin aparecía la calzada bajo los escombros.

– ¡La suerte ti ha cambiado ahora mismo! ¡Busca a Yacs! ¡Busca a Yacs y pripárate para ser filís! –El moro extendió la palma de su mano frente a mi cara, mostrándome una pequeña montañita de polvo que parecía algo así como curry mezclado con pelos de gato. Luego pegó un soplado y me echó toda la sopla de mierda contra los ojos. Yo grité y protesté mientras a él le oía reírse cutremente desde la lejanía; pronto me invadió un sueño terrible y poco después desfallecí. La cabeza me daba vueltas, igual que aquella vez que vomité en mi cama y envolví la pota de vino agrio entre las sábanas. Me sentía nuevamente aturdido. Una brisa fresca acarició mi rostro, transportándome al universo onírico de las mil y una noches. Ojalá acabase soñando con que follaba.

* * *

CABALGA LA NALGA ANAL

Humo de mirra comienza a emerger, como serpentinadas hacia ti, de entre las cenizas que alberga un cuenco tibetano hecho con madera de coco. Sus efluvios penetran por tu nariz, y una fina capa de niebla te va enturbiando la vista. Tus sentidos se perturban, se funde el rosa entre el resto de colores... y la percepción de lo que antes era real se convierte ahora en una especie de sueño extravagante.

Juanantonio.

Ahí llega.

Avanzando majestuosa.

Su cuerpo va acercándose hacia ti, cada vez más y más cerca, azotándose igual que el vaivén de las olas del mar.

Es la serpiente, Juanantonio. Estás temblando.

Te guiña un ojo, tú le sonríes... y acto seguido se retuerce amorosamente entre tus piernas. Ahora te restriega su escamosa cabeza de reptil por todo el ojete.

¡Oh! Te lo ha dejado impregnado.

Sientes frío. El sudor en la frente.

Sientes una erección involuntaria... ¿serás tú quien cabalgue a la serpiente?

¿O será ella la que te cabalgue a ti?

De repente... ¡Un cuesco! ¡Un cuesco en la oscuridad! ¡Un cuesco *in the night!*

Tu culo no soporta el nerviosismo y te vas por la pata abajo.

Te llamarán 'soniquete'.

Y así es como, entre truños, se abrirá camino hasta llegar a tu estómago la serpiente, pasando por el esfínter; inundando tu recto y tus intestinos con su áspera piel maloliente.

¿Te duele, verdad?

Sí, Juanantonio. Era de esperar.

La serpiente te asoma por la oreja... con la cabeza llena de mierda y un sombrero de paja. Sostiene una peluca en su boca... que no duda ni por un instante en colocarte sobre la calva.

Eres un petao, reconócelo.

La serpiente ha podido contigo.

Se ríe de ti, y de tu puta madre.

A su derecha... el rostro del Marquitos, hilarante. Se jacta del paroxismo que embriaga el momento, contemplando la escena que tiene delante.

A su izquierda... el Antonio, sonríe jactancioso con una mueca claramente homosexual, vanagloriándose de su nueva conquista. Esto va a acabar fatal.

Sí Juanantonio. Has caído en la trampa.

La serpiente te ha penetrado, y a partir ahora serás un nuevo infectado. Podrás hacer camas redondas con el Antonio y el Marquitos.

Y ya sabes lo que pasa... el que llega el último, pringa siempre.

Así que te toca poner las manos sobre la nuca y esperar a que te revienten. Respirar hondo. Sacar la nalga hacia afuera. La barriga para adentro... el veneno no tardará mucho en hacer su efecto.

Estás muerto, analmente hablando.

Dame un abrazo... pero con soplete.

Cabalga la serpiente... ergo cantan los farfollas.

Cabalga la serpiente... ergo suenan las fanfarrias.

Cabalga la serpiente... y el veneno te penetra dulcemente.

Ahora eres la mierda. ¡Así que púdrete!

* * *

BREVIARIO DE HISTORIA HOMOSEXUAL

TERCERA PARTE

EL CORTE DEL REY HARTURO

Gabachos de los cojones

Como los maricones del espacio aún no sabían nadar, la resistencia heterosexual se encontraba a salvo de tan contagiosa inoculación viviendo amotinada en islas recónditas u ocultándose en lugares gélidos donde el frío ahuyentaba a los individuos que hubiesen sido contaminados por el VCHA. A medida que la plaga homosexual se iba asentando en las diferentes regiones de la Tierra pudo observarse la tendencia de ésta a proliferar mayormente en las zonas de la costa y aledaños. Las playas y ciudades costeras, como San Francisco o Cádiz por ejemplo, son un verdadero caldo de cultivo para maricones. Existe una explicación postulada e irrefutablemente lógica para otorgarle veracidad a dicha argumentación sobre este fenómeno en concreto... pero lo cierto es que me suda la polla así que no voy a perder más tiempo con detalles que son, a mi parecer, gilipolles carentes de la más mínima importancia.

El primer avistamiento de sarasas infecciosos allende de mar tuvo lugar a mediados del siglo VI en una de las islas del archipiélago que con los años terminaría conociéndose como la Gran Bretaña.

El rey Harturo –cuyo nombre se lo puso su padre porque el chaval era tan pesado y agotador que te consumía la paciencia hasta que se te llevaban los mismísimos demonios– se casaba entonces en segundas nupcias con su propia hermanastra, Ginebra –otra broma propia del humor de su padre, por algo le llamaban ‘Uther, el rey gilipollas’–, cuando recibieron la inquietante visita de un misterioso personaje que decía provenir de la campiña francesa.

Como buen caballero diligente y cortés que era, el visitante galo trajo consigo un navío colmado de presentes para los recién casados. Viniendo de un francés ya sabéis lo que se puede esperar: quesos pu-

trefectos y malolientes; barras de pan blancucho y poco cocido; horrendos cuadros de pintores con terribles trastornos de personalidad que, además, en su país se mueren de hambre; vinachos aguados con denominación de origen; ratas muertas y caramelos de esos que te los metes en la boca y que no saben a nada pero que provocan unas caries que te dejan los dientes como polvo de ángel. Es decir, que más que regalos lo que les trajo era una puta mierda.

La visita del joven Lancelot –que en su séquito era conocido como ‘Lancy’– no tardó en traer complicaciones para el nuevo matrimonio. Como el mozo era rubiales, tenía porte de tío cabrón y además sabía tocar rockabilly a la guitarra mientras cantaba, ya desde su primera audiencia en la corte consiguió enamorar a la recién erigida reina de Inglaterra (‘Tierra de las ingles’, en inglés). En cuanto el gabacho rubiales se apartó la melena de la cara, con un gesto demasiado femenino como para provenir de un verdadero hombre varonil, a la reina Ginebra se le encharcó el refuerzo de las bragas. A partir de ahí comenzó un sigiloso y disimulado flirteo entre ambos del cual tomó buena cuenta el rey Harturo, que era imbécil pero vamos... que tampoco era tan gilipollas como el capullo de su puto padre.

Total, que desde el mismo momento en que el gabacho entró por la puerta el rey Harturo estaba ya hasta los cojones de tener que aguantar su sola presencia. Harturo se detenía a contemplar con cautela el rostro de su amada Ginebra y le provocaba nauseas repentinas encontrar en sus ojos aquella mirada de oveja tonta embelesada, como cuando te cruzas con un conejo en mitad de la carretera y le enchufas las largas. El cabrón de Lancy también ponía de su parte, guiñándole el ojo izquierdo, lamiendo su labio superior con lascivia y colocándose bien el bulto del tejano cuando sabía que ella le andaba mirando. Parecía como si el muy cabrón hubiese venido a caso hecho desde la puta Galia de Astérix para tirarse ni más ni menos que a la nueva esposa de Harturo, rey de Inglaterra.

Harturo estaba harto, pero aun así tuvo que joderse y optó por echarle paciencia al asunto. Lo primero que hizo fue levantarse del trono, soltarle un buen cachete en el culo a su mujer como declarando: <<éste es mi territorio, gabacho de mierda>>, y después le dijo:

–Bueno ‘Gin-tónico’, me lo estoy pasando muy bien con las gilipolces de tu colega el franchute éste de mierda... pero me voy a tener que abrir para la cama porque hoy no echan nada por la tele y ya estoy más aburrido que el que se fue a pescar sin caña. Te espero en la habitación del fornicio para consumir nuestro recién adquirido compromiso. Venga, y no me tardes que tengo el nabo hinchado como el cuello de Camarón-. Articulaba el rey de Inglaterra mientras proseguía con aquella patética exhibición en alarde de su condición como macho dominante. Era harto evidente que con aquella ridícula pantomima trataba de dejarle claro, y por todos los medios, a Lancelot que Ginebra era exclusivamente de su propiedad. Así sería.

Y nada, Ginebra le dedicó una complaciente sonrisa a su esposo y luego, al volverse éste, le hizo el gesto inequívoco del ‘llámame’ al gabacho pichabrava. Lancy se despidió de ambos y poco después regresaba satisfecho al camarote de su embarcación para descansar. Parecía como si la cosa no fuera con él.

Ya en los aposentos del rey, la reina Ginebra miraba al techo con el cuerpo más rígido que una tabla de planchar mientras a su lado se encontraba Harturo, sentado al borde de la cama, descorazonado y sollozando como un niño pues su pistola había disparado la bala antes de apuntar al cuerpo –no sé si me explico lo suficiente– en la primera ocasión que le brindaba el matrimonio de saltar al ruedo y demostrar su hombría.

–No te preocupes amor... ya sabes, les pasa a muchos tíos –Argumentaba Ginebra, más tiesa que una jirafa con collarín, tratando falsamente de consolarle.

HARTURO: ¡¿Y tú cómo sabes que les pasa a otros hombres?! ¡¿Acaso no es tu primera vez?! –La interrogaba él a la vez que la reprendía.

GIN: ¡No hombre, no! ¡No me seas gilipollas! ¿No ves que las mujeres nos lo contamos todo?

HARTURO: Pero... ¿cómo es posible? ¡Mi propia mujer insultándome y llamándome gilipollas en pleno lecho nupcial! ¡¿Me habré casado con una arrabalera?!

GIN: ¡Anda pavo, pero mira que eres mojigato! ¡¿Arrabalera yo?! ¡Ja ja ja! Bueno oye, la próxima vez probamos igual... pero si quieres puedo meterte el dedo por el culo o algo.

HARTURO: ¡¿Pero con qué lenguaje tratas de ultrajarme, hija del vulgo?! ¡Que te recogí de la calle harapienta y llena de mocos!

GIN: ¡Buf! ¡Menuda chapa me estás pegando, barbitas! Mira, me acabo de casar contigo y quiero que sepas que estoy ya hasta el mismísimo coño de hacerte natillas con galleta, de limpiarte la puta corona con KH7 y de tener que chupártela cada vez que me dices que te cosa la cremallera de la bragueta porque se te ha roto ¿Te queda claro?

HARTURO: ¡A ti lo que te pasa es que te mola el francés! ¡So adúltera! ¡Promiscua! ¡Chupa pollas!

GIN: Joder, ¡y dale! ¡Que no te la pienso chupar más! ¡Ahora que por fin te dejo que me folles va a resultar que eres un pichafloja!

HARTURO: ¡Que no, fulanorra del demonio! ¡Que a ti lo que te pasa es que te mola el gabacho de mierda! ¡Ten las agallas que se deben tener y reconócemelo a la cara de una puta vez! ¡Venga! ¡Cara a cara!

GIN: ¡¿Cómo te atreves a llamarme fulanorra del demonio?! ¡Pichafloja! ¡Desvergonzado!

HARTURO: ¡Que te estoy hablando del francés ese, joder! ¡No de que me la chupes! ¡He visto claramente cómo te ponía ojitos y movía el pelazo crepado al viento... que el muy mamarracho parecía una burda copia del cantante de Van Halen!

GIN: ¡Ah coño! Que lo dices por lo del gabacho ese... ¡No hombre, no! No te preocupes rey moro, que yo jamás me liaría con un tirillas finolis como ese, que seguro que le huele el pito a roquefort.

HARTURO: ¡Pos más te vale, porque ahora que te has casado conmigo me perteneces y no quiero que le vuelvas a mirar a los ojos a ningún otro hombre que no sea yo!

GIN: ¡¿Cómo que no le voy a poder mirar a los ojos a otro hombre?! ¡¿Ni a mi padre siquiera lo voy a poder mirar a la cara?!

HARTURO: ¡Ni a tu padre!

GIN: ¡Que mi padre está muerto, gilipollas!

HARTURO: Oh, vaya, es verdad... Cuánto lo siento, mi señora.

GIN: ¡Ya verás si lo vas a sentir!... ¡Tú todavía no te has enterado de con quién te has casado, so mendrugo! ¡Gilipollas!

Entonces fue cuando ginebra se arrancó el vestido de un solo golpe. Bajo las enaguas llevaba puesto un atuendo BDSM de lo más atrevido, que casi se le podía intuir la pelusilla del gatete, hecho de látex, correas, cordones, tachuelas, cadenas y lencería de cuero rematada con encaje de bolillos –ya, un prodigio de caro, pero ahora era la reina de Inglaterra y claro, al fin y al cabo cualquier capricho de esos se lo podía permitir–. Al cuarto de hora y tras una ducha de latigazos Harturo era como un corderito a las órdenes de su mujer, que por un momento llegó a sentir varios micro orgasmos mientras abofeteaba el culo del rey con una pala de sacar las pizzas del horno.

HARTURO: ¡AAAAH! ¡AAAAAARHG!

GIN: ¡TOMA! ¡Y ÉSTA TE LA DOY POR MALCRIADO, POR MANSO Y POR PICHAFLOJA!

HARTURO: ¡AAAAH! ¡BRAAH-MAAAAAARHG!

GIN: ¡TE VAS A ENTERAR DE LO QUE VALE UN PISO EN ALCAUDETE! ¡MASCABREVAS! ¡PINCHAÚVAS!

El tormento se prolongó durante toda la noche y parte de la mañana del día siguiente. De hecho, la reina encontró tanta satisfacción

en el acto del sadismo que desde entonces exigía la sumisión de Harturo a cada momento y se pegaron varias semanas sin salir de sus aposentos. Las comadronas de la corte empezaban ya a frotarse las manos. Jamás subestimes el poder del coño.

Mientras tanto, el barco de José Antonio Lancelot permaneció anclado al muelle durante prácticamente un mes entero; llevaba más tiempo allí que la puerta. Nadie en la corte sabía muy bien qué era lo que tramaban aquellos apuestos franceses pero, por tal de no salir del castillo, la peña pasó de ir a mirar así que los dejaron estar a su bola siempre y cuando no comenzasen a tocar los cojones. Durante el tiempo que estuvieron enclaustrados, Ginebra practicó todas y cada una de las vejaciones habidas y por haber con tal de atormentar y torturar a su pobre marido. Harturo se dejaba martirizar y vilipendiar por su mujer de las formas más sádicas y humillantes con total sumisión, puesto que aquellos juegos perversos eran lo más cerca que el rey estuvo en su vida de pegar un pólvor. Con el chasquido de cada latigazo que estallaba sobre el trasero de su esposo, Ginebra se alejaba más y más de la escena, fantaseando con besar apasionadamente a su fornido francés —y mira que decía que no la muy puta—, que le estaría esperando en su velero bergantín con la estaca bien dura en la mano, dispuesto a comerle tó lo negro y ponerla mirando pa Cuenca.

Los juegos de dominación se prolongaron durante varias semanas más en las que Harturo, que era muy dado a la sospecha, llegó a intuir que los cortesanos se mofaban de él a sus espaldas. Ginebra, por su parte, se empapó la colección completa de libros de la mamarracha esa que escribía lo de las sombras de Grey hasta que llegó un día en que decidió llevar más lejos sus perversiones y le propuso a su marido hacer un trío.

HARTURO: ¿Un trío? Ah bueno, mira... pues de puta madre.

GIN: ...Pero tiene que ser con otro hombre.

HARTURO: Joder, ¿y no podríais ser tú y tu prima la del pueblo haciéndoos un bollo mientras yo me la pelo en plan primate?

GIN: ¡No! ¡Y no me gusta que me hables de esa forma tan vulgar, estúpido! —Le cayeron diez latigazos más por insolente.

HARTURO: ¡Vaale, vale! ¡Ah! ¡Está bien! —Suplicaba el rey postrado de rodillas—. Pues se hará como deseáis, mi señora.

GIN: Así me gusta. Pues lo haremos con el caballero Lancelot... que es un mozo recio, fornido, se le ve bastante limpio y además no pertenece a esta corte. Más adelante ya hablaremos de eso de la cama redonda.

Harturo relajó las nalgas y la reina retiró su *strap* sin mayor dificultad. Mientras ella lavaba los consoladores en la pica disfrazada de Catwoman —que menuda imagen— el rey hizo llamar a uno de sus más leales súbditos para que se acercase a la embarcación de Lancelot y le exigiera personarse en audiencia de sus majestades. El vasallo se sonrió por debajo de la nariz y al rey Harturo le dio corte, la verdad es que estaba un poco harto de que todo el mundo se le subiese a la chepa y fueran por ahí partiéndose la caja a su costa. De todas formas, él mismo se dio cuenta de que se había vuelto un blando y ya casi que se la sudaba todo mogollón.

* * *

Rey Harturo... ¡por el culo!

La noche resultó de lo más agradable y la magia en el ambiente le hacía sentirse seductor y bandolero. Ginebra se estaba secando el pelo en el cuarto de baño y cantaba canciones ñoñas de Alejandro Sanz mientras Harturo –cuyo mote ‘Rey Harturo, por el culo’ estaba a punto de trastornar a todo el mundo anglosajón– se mantenía al margen sumido en sus pensamientos. ¿Cómo debía comportarse un rey cuando se enfrenta a un *menage a trois*? Estaba a punto de dar un paso importante en la relación con su esposa abriendo la barrera de posibilidades que le ofrecía su matrimonio y que, por desgracia para él, hasta ahora había resultado una completa mierda. Era Harturo quien se encargaba de cocinar, planchar, aspirar, fregar, poner el lavavajillas, hacerle masajes en los pies a su señora esposa y tender sus reales bragas... treinta semanales para ser exactos. Como era de esperar, Harturo estaba harto.

Entre tanto, pocas señas de vida había dado el caballero Lancelot desde su llegada a la isla. Apenas se sabía de él, tan sólo que iba a misa por las mañanas, comía de menú en el bar de Perceval –donde todos los platos eran mayormente indigestas frituras– y por las tardes se vestía con gabardina y gafas de sol porque gustaba de contemplar la candidez y vitalidad de los niños cortesanos cuando éstos salían a las cinco de la escuela.

El reloj solar ya no daba las horas, pero debían ser cerca de las nueve. Ginebra había citado a Lancy en el bar etrusco con la intención de engatusarle y tirárselo; cabe mencionar que la situación le daba aún más morbo ya que iba a hacerlo con el niñata-calzonazos de su marido delante, rollo *cuckold* que le llaman ellos, los ingleses. Harturo –que se había dejado barba para intimidar a los plebeyos y parecía la viva estampa de la mascota del Burger King– iba a ser, como se suele decir, ‘cornudo en vivo y en directo’.

Sobre las diez de la noche, ya que entonces se salía de juerga súper pronto, su majestad hizo entrada en el garito... pero nadie cayó en la cuenta de rendirle pleitesía ni de adularle con una mínima reverencia. La peña sudaba de él como de la mierda e incluso alguno se mostraba divertido y jocoso al verle por allí. Cuchicheando con el resto, seguramente a costa suya, el vulgo intercambiaría rumores acerca de la condición sumisa de Harturo y también sobre el tamaño de su pequeño miembro de la corte. Cuando les escuchaba reírse a carcajadas al rey le hervía la sangre. Harturo estaba tan acomplejado y era tan yoísta que tenía por costumbre pensar que cada vez que los demás reían debía ser a costa suya... y bueno, aunque en realidad así lo hicieran, también es cierto que él estaba un poco paranoide. Los campesinos gañanes le daban un asco tal que los mandaría degollar a todos sin por ello tener el más mínimo remordimiento o sentimiento de culpa.

Lancelot se encontraba en la barra del fondo. Una tenue luz color violeta invadía el rincón donde les estaba esperando y, en cuanto les vio llegar, Lancy levantó en alto su cóctel margarita a modo de aprobación. Sus majestades se miraron entre sí y Ginebra sonrió emocionada. La reina fue mariposeando y contoneando el culo hasta sentarse en un taburete junto al caballero francés. Harturo jamás hubiese pensado que su mujer que era una puta de no ser porque ella andaba dándose picos con todos los tíos mazas que iban cruzándose en su camino. Les conocía a todos, de eso no cabía duda; en aquellos rostros sibilinos se dibujaba una sonrisa de complicidad y eso, al rey, le disgustaba sobremanera y le ponía muy celoso.

La polémica estaba servida, el rey se sintió indefenso cual cordero lechal en cuanto Lancy agarró las nalgas de su señora esposa y ésta le ofreció sus labios para pegarse un filetón que se prolongó durante al menos diez inacabables minutos. La plebe a su alrededor se escondía bajo las mesas para partirse el culo; José Manuel el herrero con-

tenía las lágrimas apretándose los párpados con sendos dedos índice y pulgar; la gran mayoría de los allí presentes se levantaban de sus sillas para colocarse en la barra, de espaldas al monarca, y poder así echarse unas risas contenidas a sus anchas.

– ¡Putra madre que os parió a todos, bastardos hijos de la gran puta! –Gruñía entre dientes Burger king.

El momento de angustia parecía hacerse eterno. Poco después Lancelot le mostraba las manos colocadas en paralelo a la reina, separadas entre sí unos veintitantos centímetros como diciendo: <<la tengo así de grande>>. A ella se le quedó cara de boba. Entonces fue cuando la reina le dedicó una mueca de satisfacción a Harturo y desde su taburete le hizo la misma seña con las manos que le había hecho el caballero gabacho. Contoneándose como una verdadera zorra se acercó hasta donde estaba el rey y le dijo:

– ¡Me ha dicho que la tiene así de grande! ¡Guauu! –Le comentó entusiasmada.

–O sea, que si te hacemos la doble penetración a mí me va a tocar follarte por el culo ¿no? –Le preguntó él tratando de ser, cuanto menos, constructivo. Harturo estaba en la puta parra, de eso no cabía duda.

–Sí, bueno... algo así me ha dicho. No sé Harty, estoy hasta por decirte que nos casemos los tres y vivamos la vida follando como conejos todos los días.

Harturo tuvo la sensación de que por fin aparecía una buena idea en todo el tiempo que llevaba casado. Tendría que compartir la cama con un remilgado francés, pero por lo menos su mujer permanecería en casa idiotizada y cachonda, lo que venía a significar que podría follar con ella más incluso de lo que esperaba en un principio. Además, con el tiempo probablemente se cansaría del porte afeminado de Lancelot y acabaría rindiéndose a sus encantos, que eran verdaderamente masculinos y varoniles. Harturo y su esposa se senta-

ron rodeando al caballero francés y tomaron cubatas con ginebra —se reían— durante el resto de la noche. Fue en el momento de recogerse cuando Harty advirtió que iba más pedo que Alfredo y que Ginebra acabó tan mal que ya no se aguantaba ni los cuescos; de hecho alguno que otro se le escapó. Lancelot, que por alguna extraña razón era el que se encontraba más fresco y cabal, les propuso dormir en el camarote de su barco y ellos se dejaron hacer. Harturo pegó un potazo atómico sobre su propio regazo y caminó hasta la embarcación apoyándose en su cetro mientras Ginebra estuvo todo el camino morreándose con Lancy y refrotándole el paquete con la mano tróspida en plan ‘vámonos a follar pero ya’. La visión del monarca se fue enturbiando y poco a poco la realidad del momento se difuminó. Todo eran caras sonrientes que se le acercaban, le daban botellas de agua para que bebiese o venían a hacerle compañía mientras se le pasaba el morao.

Harturo estaba hecho un cristo de los faroles y empujaba a la peña para quitárselos de encima, cosa que tampoco le costó demasiado ya que apestaba a vómito y a alcohol que tiraba para atrás. Poco antes de quedarse frito en la cama sintió la acidez de la bilis subiéndole por el esófago, quemando su garganta y dejándole un alientazo a agrio que no lo aguantaría ni la mujer de Boris Yeltsin. Harturo se durmió, y entre tanto sucedieron cosas que harían cambiar la historia y el destino de la monarquía Inglesa por completo.

* * *

Cagar p'adentro

Comenzaba a amanecer en la isla. El sol se alzaba radiante tras las montañas y se escuchaba el trinar de los pájaros por la mañana cantando armoniosamente. Los primeros vestigios de la cálida luz solar trataban de despertar al resacoso rey de Inglaterra que hasta el momento tenía la sensación de haber estado soñando con que leía el periódico mientras cagaba. De pronto comenzó a tomar conciencia de sí mismo y pudo percatarse de que estaba tumbado boca abajo en la cama, una cama que no era la suya, babeando como un mongólico sobre la almohada que se encontraba a la altura de su barbilla.

Frente a él, sentada en una silla cutre de mimbre, sollozaba Ginebra en pelotas mirándole con los ojos colorados; por la mueca rota de sus labios daba la impresión de que estuviese tratando de mostrar un amargo desconsuelo, como cuando lloran los niños porque se han pillado el dedo con la puerta. Aquella extraña sensación de cagar en sueños todavía perduraba, incluso después de haberse despertado. Harturo no entendía nada. Pronto cayó en la cuenta de que unos espeluznantes resuellos y jadeos se escuchaban tras de sí. Volvió la vista para precisar qué era lo que estaba sucediendo y, sobre su culo real, encontró al caballero Lancelot con los ojos en blanco y convertido en un improvisado jinete de rubia melena que estaba enterrando su nabo en el hasta entonces virginal orificio de su majestad el rey.

– ¡AAAAAAH! –El rey gritó tan fuerte que parecía como si una cobra venenosa le hubiese mordido en la nalga.

– ¡AAAAAAH! –Gritó su mujer, que ni había catado ni había podido dormir con el ruido que hacían los oxidados muelles de aquella roñosa cama.

– ¡AH-AAAAAH! –Exclamó sir Lancelot en cuanto alcanzó el clímax. Su eyaculación fue tan descomunal que, al sacar la polla del

blanco culo del monarca inglés salpicó la cara de la reina y ésta se puso a chillar como una mona energúmena.

– ¡AAAAAAH! ¡Mi peloooo! –Bramó Ginebra.

– ¡AAAAAAAHH! ¡Mi culooooo! –Añadía el rey.

– ¡AAAAAAH! ¡Me corroooo! –Y Lancy se volvió a correr. Parecía un aspensor. Hasta las cortinas quedaron empapadas tal como si hubiesen acabado de salir de la lavadora.

El culo del rey parecía ahora un cuenco de cuajada o una fuente de nachos con queso. Harturo estaba más harto que nunca así que, tal cual, agarró su famosa espada de nombre chusquero y le rebanó con mucho acierto las pelotas al maricón de Lancelot, que estalló de cintura para arriba explosionando como revienta un globo de agua contra la pared. Agotado y consumido por la tensión de las últimas semanas, Harturo se fue a la ducha mientras su mujer continuaba llorando. Ginebra se desmoronó, lloriqueando como una campesina sin flores. Harturo estaba duchándose cuando la reina decidió quitarse la vida ingiriendo dos botes de Listerine mezclados con Rohypnol. Moribunda, Ginebra se acercó a llorar sobre los pedazos del difunto gran hombre que acababa de perder –por puta, todo sea dicho– cuando de pronto al culo del cadáver le estalló una almorraña y de ella emergió una cría de pentaculat³ que trataba de huir para adueñarse del organismo de otro varón humano. Tirada por los suelos y a punto de palmar, Ginebra le estampó un botellazo al bicho convirtiéndolo en cascaras de cucaracha. Todo aquel funesto vodevil terminó en cuanto Harturo salió de la ducha y se encontró con el percal. No pudo sino sonreír, recoger sus cosas y volver a palacio satisfecho.

De regreso a su castillo el rey se dio cuenta de que ver sufrir a las personas que tanto odiaba le había devuelto el buen humor, así que

³ ¡Maricones del espacio! volumen 1

se prometió a sí mismo que nunca más volvería a casarse y que en adelante, si tenía que volver a follar, lo haría siempre con putas. Ah, y también se aseguraría de que todo aquel que volviese a reírse de su persona, en la cara o a sus espaldas, sería crucificado en el parque de los pijos, incinerado frente a la fuente del pato y finalmente se convertiría en pasto de los cocodrilos bizcos de Tanzania –al parecer, los más peligrosos de su especie– en un foso que él mismo mandó construir rodeando todo el castillo ¡Que para algo seguía siendo el rey, cojones!

La historia del ‘Rey Harturo, por el culo’ perduró en la tradición oral anglosajona como símbolo de que no hay que fiarse nunca de un francés y mucho menos si encima lleva melena. Los descendientes bastardos de Ginebra, porque estaba claro que aquella fulana no era virgen cuando se casó con el rey, fueron todas mujeres gordas, feas, con la boca hecha un petardazo y con el pelo panocho; aun así su estirpe sobrevivió gracias a las bebidas alcohólicas y a los polvos furtivos que les echaron –durante el estado etílico-comatoso– los varones heterosexuales que residían en Magaluf. La reina concibió varias hijas en secreto, sobre todo durante la época en la que los fornidos marineros normandos iban a faenar por las costas de Inglaterra, pues ya desde bien pequeña siempre había sido muy puta. De hecho nunca llegó a tener la regla porque se quedó embarazada justo antes de su primer periodo menstrual.

A todo esto, menuda tragedia, sí... Pero gracias a la honradez y valentía del heroico rey Harturo los maricones del espacio todavía tardarían varios siglos en establecerse por las islas británicas y dominar con ello el idioma que les abriría las puertas a la industria musical y cinematográfica, fuente inextinguible de recursos que contribuyó en gran medida a su amplia propagación.

Ah, y... ¿Qué sucedió al final con el rey? Pues lo típico; el bueno de Harturo pilló una maleta y la llenó a petar con la pasta de los contribuyentes. Cogió un avión, se plantó en Brasil y allí rehizo su vida con dos incestuosas hermanas brasileñas que tenían unos culos como dos tambores. Os preguntaréis entonces ¿cómo es posible que el rey Harturo no fuese contagiado con el terrible virus del VCHA, convirtiéndose en otro afiliado más del club del pepino?

Bueno pues, a día de hoy continúa siendo una verdadera incógnita, tal como lo de que el cuerpo de Keith Richards generase un antígeno que conseguiría eliminar por completo la hepatitis C de su organismo o tal como lo de que Magic Johnson pillase el sida en los noventa y aun así consiguiese sobrevivir. Siempre ha habido gente con suerte.

* * *

VOLUMEN VIII

LA CONSPIRACIÓN CONTRA POLLA PESEBRE

* * *

MIEDO A UN PLANETA GAY

* * *

NECROMARICÓN ILUSTRADO

– *¿Ignatius, no crees que quizá fueses más feliz si te tomases una pequeña temporada de descanso en el Hospital de Caridad?*

– *¿Te refieres por casualidad al pabellón psiquiátrico? –Preguntó furioso Ignatius–. ¿Crees que estoy loco? ¿Crees que algún psiquiatra estúpido debería sondear en el funcionamiento de mi psique? Intentarían convertirme en un subnormal enamorado de la televisión, de los coches nuevos y de los alimentos congelados. ¿No comprendes? La psiquiatría es peor que el comunismo. Me niego a que me laven el cerebro. ¡No seré un robot!*

–*Pero Ignatius, ellos ayudan a mucha gente a resolver sus problemas.*

– *¿Y tú crees que yo tengo algún problema? –Aulló Ignatius–. El único problema que tiene esa gente, en realidad, es que no les gustan los coches nuevos ni los pulverizadores capilares. Por eso los meten allí. Porque atemorizan a los otros miembros de la sociedad. Los manicomios de este país están llenos de almas cándidas que sencillamente no pueden soportar la lanolina, el celofán, el plástico, la televisión y las circuncisiones.*

Conversación entre Ignatius Reilly y su madre.

John Kennedy Toole

Del libro *‘La conjura de los necios’*

POLLA PESEBRE CABALGA DE NUEVO

Diferenciándose antagónicamente del común estereotipo que acostumbra a mostrar siempre en las series de televisión y en las películas de cine negro, la oficina del inspector Onésimo Redondo era un ejemplo pragmático de lo que representan el verdadero orden y la pulcritud. En comparación, el resto del edificio parecía un auténtico caos, dominado desde la planta inferior por la densa, nociva y perpetua niebla que se originaba diariamente debido al humo de los cientos de miles de cigarrillos que fumaban los empleados de la comisaría sur de Yímbale. Millares de carpetas sin referencia se amontonaban por columnas aprovechando cualquier espacio libre que quedase en los pasillos; cajas y más cajas rebosantes de expedientes desportillados aguardaban con paciencia sobre las mesas de escritorio para ser archivadas correctamente; cientos de teléfonos sonando sin cesar exigían a cualquier hora que alguien atendiese el ininterrumpido flujo de llamadas. Estaban a punto de dar las diez, aunque no de la mañana sino de la noche. Era una buena hora para estar en la oficina puesto que la mayoría de los trabajadores se habían marchado ya a sus respectivas casas y la algarabía telefónica, junto con el estruendo en general, disminuía considerablemente a partir de las ocho. El turno del inspector hacía horas que había terminado, pero aquella misma tarde recibió los últimos informes del instituto forense y no podía esperar al día siguiente para ponerse a revisarlos. Llevaba toda la semana en ascuas. Onésimo se encontraba inmerso en la lectura del expediente de las tres 'as' cuando de pronto escuchó chirriar la puerta de su despacho. No se habían tomado la molestia de llamar antes de entrar así que, haciendo uso de la perspicacia propia de su condición como inspector de policía, supuso que debía tratarse de un alto man-

do... o del imbécil de Eleuterio Chanfletas, que desde luego era un caso aparte.

COMISARIO GENERAL: Hombre, don Onésimo... ¿A éstas horas y aún está por aquí? ¿Da usted su permiso?

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Señor Comisario! –Onésimo se levantó raudo de la silla, como si llevase puesto un resorte en el trasero–. ¡Cuántísimo tiempo hace ya que no le veía por aquí!

COMISARIO GENERAL: En efecto, debe hacer por lo menos tres... o casi cuatro años que no le veía el pelo.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Qué le trae por aquí? ¿Ha venido de visita o algo parecido?

COMISARIO GENERAL: Sí, claro... de visita –Aducía con sorna–. Usted conoce perfectamente el motivo por el cual me mantengo alejado de estas oficinas...

INSPECTOR ONÉSIMO: Bueno, sí... Pero, por favor, ¿desea tomar asiento?

COMISARIO GENERAL: Venga Onésimo, que hace mucho tiempo ya que nos conocemos... No puedo tutearte si no lo haces tú también...

INSPECTOR ONÉSIMO: Ya, lo siento Onofre... entiende que me he criado aquí y tú para mí siempre serás un mando superior...

COMISARIO GENERAL: Ya, joder... pero ¿seguirás llamándome de usted cuando me jubile? –Dijo clavando su mirada fijamente en los ojos del inspector.

INSPECTOR ONÉSIMO: Vaya, yo... no tenía ni idea, es decir, no recordaba que...

COMISARIO GENERAL: No recordabas que va pasando el tiempo ¿verdad? Dicen que quien no entiende una mirada no entiende una larga conversación, así que... ¿Qué te parece? ¿Hace falta que diga algo más?

INSPECTOR ONÉSIMO: No, claro. A buen entendedor...

COMISARIO GENERAL: Pues eso... Volveremos a hablar del tema, largo y tendido, con el resto de la dirección a comienzos del año que viene. Lo cierto es que sí, que el tiempo pasa más rápido que un pestañeo.

INSPECTOR ONÉSIMO: Y usted que lo diga... parece que fue ayer cuando nos daba clases en la academia de Ávila...

COMISARIO GENERAL: ¡No me jodas, hombre! ¡Pero qué dices, si de eso hace ya por lo menos veinte años! En realidad venía a hablar contigo por otro motivo...

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues usted dirá...

COMISARIO GENERAL: Has recibido ya el informe del equipo forense, ¿no es cierto?

INSPECTOR ONÉSIMO: Sí, de hecho lo estaba curioseando ahora mismo.

COMISARIO GENERAL: Me llegó a mí esta misma mañana. La copia que te ha llegado te la he mandado yo... estaba seguro de que estarías esperando los resultados como agua de mayo.

INSPECTOR ONÉSIMO: En efecto. ¿Ha leído ya el informe?

COMISARIO GENERAL: Por descontado. Yo también lo esperaba impaciente desde hace días... para ver si se sostenían mis sospechas.

INSPECTOR ONÉSIMO: Parece ser que sí, ¿verdad? Todo apuntaba a que sería lo más probable...

COMISARIO GENERAL: De los cinco muchachos que han muerto en una situación de violencia durante los tres últimos meses, se ha podido constatar que pertenecen todos a la misma barriada y, en prácticamente todos los casos, presentan antecedentes policiales similares: nacieron en el mismo año; han ido juntos a la misma escuela o incluso al mismo instituto... lo cual evidencia algún tipo de móvil con denominador común. Tal vez un ajuste de cuentas relacionado con drogas, una venganza pasional, ya sabes... la rutina de costum-

bre. Lo que importa es que ahora conocemos la directriz de un posible enfoque para tan difícil investigación.

INSPECTOR ONÉSIMO: Lo único que podemos hacer sería ofrecer protección a aquellos que pudieran parecer candidatos potenciales... y sobre todo rezar para que cacemos al desalmado infraganti antes de que cometa algún otro asesinato.

COMISARIO GENERAL: Y si no lo cazamos infraganti... pues tampoco me importa demasiado. Muchacho... ese desalmado, como tú mismo le llamas, nos está haciendo el trabajo sucio.

INSPECTOR ONÉSIMO: Bueno, supongo que sí...

COMISARIO GENERAL: He dado orden a la brigada central de que no les quiten ojo a esos chavales. Les pasé la lista... aquella que me proporcionaste hace cosa de dos semanas.

INSPECTOR ONÉSIMO: Yo no le envié la lista...

COMISARIO GENERAL: Entonces fue mi hijo quien me la envió.

INSPECTOR ONÉSIMO: Señor comisario, respecto a ese tema...

COMISARIO GENERAL: Qué me vas a contar...

INSPECTOR ONÉSIMO: Ya, bueno...

COMISARIO GENERAL: Dime... Qué le vas a hacer ¿no? Es decir... ¿tú qué harías? Si te sale un hijo así... ¡Yo ya no puedo devolverlo!

INSPECTOR ONÉSIMO: Nuestro departamento está patas arriba... y le aseguro que es sólo por su culpa.

COMISARIO GENERAL: Tendrás que comprenderme; yo es que ya no sé qué hacer con él. Lo tuve estudiando hasta los treinta... y aprobó la carrera porque soy quien soy. Luego lo puse a trabajar de comercial en la empresa de un amigo, que me hizo el favor de contratarle porque me dijo que sería un empleo sencillo y que para lo poco que tendría que hacer...

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Su hijo estuvo trabajando como comercial antes de hacerse policía?

COMISARIO GENERAL: En un año entero no tuvo cojones ni de vender una sola máquina herramienta... y es que encima mi colega me dijo que no lo entendía porque aquel género se vendía solo.

INSPECTOR ONÉSIMO: Onofre... es que trabajar con tu hijo es sin duda un sin vivir. Yo me estoy quedando calvo por su culpa.

COMISARIO GENERAL: Todo el tiempo que lo tengo fuera trabajando es tiempo que no lo tengo en casa tocándome los cojones. Mi mujer ha recaído en los antidepresivos y en las benzodicepinas... yo mismo he vuelto a fumar por su culpa... y claro, ¡de follar ni hablamos!

INSPECTOR ONÉSIMO: Menuda cruz que tienes...

COMISARIO GENERAL: Desde que nació Eleuterio mi vida se fue a la mierda. Cualquiera podría ambicionar mi posición, o las comodidades que me brinda el amplio sueldo que gano cada mes... pero te aseguro que tener un hijo imbécil no hay suma de dinero que lo compense. Es como una penitencia diaria. Cuando era crío daba por culo, porque me salió hiperactivo y antisocial. Cuando estuvo en el bachillerato me dejó una pasta en sus estudios, la mayor parte en clases de recuperación porque encima era un vago de los cojones y se pasaba el día pensando en las musarañas. Luego le pagué el carné de conducir, le compré un coche nuevo de concesionario y a las dos semanas me lo había estampado contra la farola que hay justo en frente de mi garaje... Encima, para más inri, todos los vecinos de mi barrio lo vieron y tuve cachondeito a su costa durante meses.

INSPECTOR ONÉSIMO: Sí. Lo de la farola me suena haberlo escuchado por la oficina...

COMISARIO GENERAL: ¿Lo ves? Pues lo que no sabes es que ahora encima tengo que pagar la manutención de mis dos nietos. Porque lo mismo que le busqué el trabajo de comercial también lo junté con la hija de un cliente de mi mujer... ¿Lo pillas? ¡Mira si es vago e inútil

que tuve que casarlo YO! Y encima me vino el año pasado diciendo que se divorciaba porque no aguantaba más...

INSPECTOR ONÉSIMO: Madre mía Onofre, menudo culebrón.

COMISARIO GENERAL: Y que estoy cansado ya, Onésimo... que son muchos años aguantando y que, mira, estuve tan volcado en mi trabajo para abstraerme que ahora me veo fracasado en cuanto me pille la jubilación. No sabré qué hacer con mi vida.

INSPECTOR ONÉSIMO: Pero hombre, están sus otros dos hermanos... y tu mujer...

COMISARIO GENERAL: Mi mujer no me deja porque, mira, porque yo creo que a estas alturas le dará hasta pereza... pero te aseguro que a día de hoy es como si no la conociese. Y los chicos me odian... me echan en cara que durante todo este tiempo no haya sido un verdadero padre para ellos...

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues vaya plan.

COMISARIO GENERAL: Pues sí... menudo mierdazo ¿verdad? Mira, tú sabes que tenemos confianza suficiente como para hablar de cualquier cosa ¿no?

INSPECTOR ONÉSIMO: Por descontado, señor comisario... usted dirá.

COMISARIO GENERAL: Deja de hablarme de usted, Onésimo, por favor.

INSPECTOR ONÉSIMO: Sí, discúlpeme. Es decir, discúlpame Onofre...

COMISARIO GENERAL: No hay nada que disculpar. Estás haciendo un buen trabajo y quiero que sigas así... Y volviendo al tema de la crema... ¿Sigue el principal sospechoso en el centro de salud mental?

INSPECTOR ONÉSIMO: Así es. Intentó fugarse, junto con Poronga... pero al parecer lo cazaron ipso facto.

COMISARIO GENERAL: ¿Y hay pruebas suficientes como para llevarle a juicio?

INSPECTOR ONÉSIMO: De momento tan sólo son suposiciones... aunque cierto es que tiene todos los números.

COMISARIO GENERAL: Está bien... creo que debería ponerme en contacto con él. Tal vez el iluminado ese podría ser la solución a mis problemas... o mejor dicho, a mi problema.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Qué quiere decir?

COMISARIO GENERAL: Espera... que me están llamando al móvil, permítame que lo atienda.

El comisario general atendió la llamada con gesto impasible. Asintió unas cuantas veces y poco después se despedía dando las gracias por la llamada. Luego colgó, dejó el teléfono sobre la mesa y acto seguido le comunicaba al inspector:

COMISARIO GENERAL: Señor inspector, no hace falta que siga revisando el informe del forense...

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Se ha aclarado ya quién es el autor material de los hechos?

COMISARIO GENERAL: Al contrario... acaban de avisarme que han encontrado una nueva víctima en un bar, cerca del muelle de carga.

INSPECTOR ONÉSIMO: Mierda, pero cómo...

COMISARIO GENERAL: Si su principal sospechoso está en el maco... mucho me temo que él no habrá podido ser.

INSPECTOR ONÉSIMO: Volvemos al principio.

COMISARIO GENERAL: En efecto. De todas formas iré personalmente ha tratar con su sospechoso. Tal vez sepa más de lo que nos está contando.

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues nada, recojo estos papeles y ya me voy.

COMISARIO GENERAL: ¿Qué tal es?

INSPECTOR ONESIMO: ¿Quién? ¿El presunto autor de los hechos?

COMISARIO GENERAL: Sí, ese tal señor Pesebre...

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues, es un chaval aparentemente normal, treinta y tantos, algo excéntrico, pero claro...

COMISARIO GENERAL: ¿Claro, qué?

INSPECTOR ONÉSIMO: Que nada que ver con su hijo...

COMISARIO GENERAL: ¡Ja ja ja! ¡Qué buen humor tienes Onésimo, más sabiendo la que te espera mañana!

INSPECTOR ONÉSIMO: Me voy para casa a dormir ahora mismo.

COMISARIO GENERAL: Hazme un último favor... ya sé que mi hijo Eleuterio es un imbécil y todo eso, pero confío en ti más que en nadie del departamento... ¿Está claro? A buen entendedor...

INSPECTOR ONÉSIMO: ...pocas palabras bastan. Por supuesto Onofre, te agradezco la confianza que depositas en mí.

COMISARIO GENERAL: No me has fallado nunca muchacho. Tengo un plan que si llegase a funcionar tal y como lo estoy urdiendo podría colocarnos a ambos en el lugar donde nos correspondería estar. Después de tanto esfuerzo y tantos años al servicio de los demás...

INSPECTOR ONÉSIMO: No dudo de su buena voluntad.

COMISARIO GENERAL: No lo dudes. Ya sabes, los buenos tenemos que ayudarnos entre nosotros.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Volveré a verle por aquí?

COMISARIO GENERAL: Espero que no. Ojalá no tenga que volver por aquí hasta que llegue el día de celebrar mi jubilación.

* * *

CARNE EN BARRA

La mañana del día siguiente amanecía gris, pero eso para Onésimo no suponía ningún problema; más bien al contrario. Ya que se veía obligado a visitar el lugar de los hechos donde la noche anterior se cometió el crimen prefería que, por lo menos, el tiempo atmosférico le acompañase. Un clima de mierda para un día de mierda; al fin y al cabo le parecía idóneo. La noche la pasó fatal, no puede decirse que la pasase en vela... pero tampoco consiguió dormir del tirón. Constantemente se despertaba con el vivo recuerdo de aquellas truculentas imágenes que presenciaba cada vez que hacían el levantamiento de algún cadáver. Después de tanto tiempo, pocas escenas de atrocidad le conseguían turbar... aunque de todas formas sí que llegaban a desvelarle en sueños. Ya en la academia de policía, el comisario Onofre Chanfletas les sugería a sus alumnos que, ante tales estampas de crueldad, tratasen de actuar con la misma naturalidad con que lo haría un descuartizador profesional de los que trabajan en el matadero municipal. De todas formas, uno nunca consigue acostumbrarse al primer impacto, pues la magnitud de cada tragedia no puede medirse únicamente según el momento del encuentro visual, sino que hay otros factores, matices, que le otorgan una dimensión más profunda a los recuerdos; es decir, por ejemplo, el intenso hedor que se respira en la escena del crimen, una pestilencia similar a la de abrir un recipiente que contenga queso de cabrales añejo y podrido; o los caprichosos cauces de la sangre, que riegan el marco como afluentes color burdeos desembocando finalmente en grandes charcos de notas olfativas férreas; el incesante zumbido de los cientos de moscas que acuden a darse el festín de sus vidas y, sobre todo, los detalles. Siempre se ha dicho que son los detalles los que marcan la diferencia, y desde que seguía los crímenes del caso de las tres 'as'

(Amigo/Amor/Anal) Dios sabe que fueron esos pequeños detalles los que hacían que el caso resultase tan abominable e inaudito. Sólo comparable a los crímenes de la película *Seven* o algo por el estilo.

La sensación de impotencia ahoga aún más cuando pretendes que se haga verdadera justicia, que el verdugo pudiese llegar a sentir el mismo horror que sintieron sus víctimas durante tan terrible agonía y que sufriese una vez por cada angustioso momento que vivieron sus almas poco antes de morir. Eso jamás sucedía. A lo más que puede aspirar un inspector de la policía es a hacer bien su trabajo, colaborar en la resolución del caso y esperar que el asesino muera en la cárcel de una forma trágica y calamitosa. Esa era la poca justicia que se podían permitir.

Después de asearse y vestirse, Onésimo Redondo se echó la placa al bolsillo de la gabardina, tomó las llaves del coche y salió de casa sin desayunar siquiera. La falta de sueño le mantendría en el estado de ánimo más propicio para afrontar aquello que tuviera que presenciar a las cinco y cuarto de la mañana. Antes de arrancar el motor llamó a la central para preguntar dónde debía dirigirse. Se encontraba a unos treinta kilómetros del lugar del delito. Una vez más, el crimen se había cometido en la misma barriada... sólo que ahora descartaban la posibilidad de que hubiese sido perpetrado por el principal sospechoso. No había tráfico de madrugada, así que en cuestión de unos veinte minutos aproximadamente el inspector Onésimo aparcaba frente al local número once de la calle José Antonio Primo de Rivera: el Frankfurt Bar Paco Manuelas. Estaba recogiendo sus cosas antes de salir del coche cuando Nabor Urcullo, el forense de guardia, golpeaba sus nudillos contra el cristal de la ventana.

NABOR URCULLO: Buenos días, llegas tarde.

INSPECTOR ONÉSIMO: Buenas... ¿Ya habéis terminado?

NABOR URCULLO: Sí, hicimos el levantamiento hará cosa de una hora o así...

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿No habéis podido esperar a que llegase? ¿Ha venido alguien antes?

NABOR URCULLO: Tu colega estuvo aquí a media noche...

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Qué colega? ¿El Carrero? ¿El Ledesma?

NABOR URCULLO: No, ya sabes... el comisario Chanfletas.

INSPECTOR ONÉSIMO: El comisario Chanfletas estaba conmigo ayer por la noche...

NABOR URCULLO: No, Onofre no... quise decir su hijo Eleuterio...

INSPECTOR ONÉSIMO: No me jodas, hombre... pero ¿quién cojones le daría permiso al idiota ese?

NABOR URCULLO: Ya ves. Pero bueno, para lo que había que hacer aquí... vino sólo a sacar unas fotos y luego nosotros continuamos con lo nuestro. Volvió hace como media hora para entregárnoslas.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Y qué tal?

NABOR URCULLO: Pues fatal, la verdad... es peor que las otras veces.

INSPECTOR ONÉSIMO: Joder, su puta madre...

NABOR URCULLO: Mira, pues porque no te lo has encontrado de sope-tón... aquello parecía un campo de batalla. Las paredes están completamente rojas, tío... podría ser el patio de un matadero.

INSPECTOR ONÉSIMO: Joder... No tengo ganas ni de entrar ahí, últimamente estoy durmiendo como el culo y sólo con pensarlo ya tengo el estómago revuelto.

NABOR URCULLO: ¡Ja ja ja! Sí, la verdad es que va de culos la cosa.

INSPECTOR ONÉSIMO: Joder Úrcullo, no me seas capullo...

NABOR URCULLO: Toma, ¿quieres ver las fotos que ha sacado tu colega Eleuterio?

El inspector cerró el coche y se apoyó de espaldas contra la puerta. Úrcullo le acercó un sobre acolchado color sepia que contenía las

fotografías. Había un buen montón, todas ellas reveladas a gran tamaño, casi tan grandes como un folio. La primera imagen ya resultaba turbadora. No hubiese sabido describir el horror que presencié con las pocas palabras que emplearía para contarlo. La mitad inferior del cuerpo desnudo de un ser humano sobresalía inerte desde el interior del tanque de entrada de una picadora de carne en plan industrial. Por el otro lado, tras las cuchillas, brotaba la sangre, pedazos de carne triturada y lo que parecían retales de ropa que se había desgarrado. Además, al cadáver se le intuían los genitales, lo cual hacía que la estampa aún resultase más sórdida y estremecedora. El inspector Onésimo palideció al instante.

NABOR URCULLO: Já... pues espérate a ver la siguiente.

La siguiente fotografía no era tan apocalíptica como la anterior aunque también inducía fácilmente al vómito. Una segunda víctima yacía sobre una mesa cuyo mantel blanco se apercibía ensangrentado; parecía un chaval relativamente joven, de entre veinte y treinta años, que estaba arrodillado como un musulmán que le reza a la Meca o un cerdo asado de esos que los sirven en bandeja con una manzana en la boca. En lugar de manzana, al difunto le habían desenchajado la mandíbula introduciéndole una gran cantidad de salchichas de frankfurt hasta que casi se le desgarraba la comisura de los labios. Lo mismo por el culo; parecía que tuviese un bote de puros rebosándole por el ojete.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Santo cielo!

NABOR URCULLO: ¡Ja ja ja! ¿A que son la hostia?

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡No me jodas Urcullo! ¡Pero mira que eres capullo!

NABOR URCULLO: Y tú, qué aburrido y predecible eres, pavo... podrías inventarte un insulto mejor o algo por el estilo ¿no?

INSPECTOR ONÉSIMO: Pero ¿cómo puedes reírte en plan borrego de estas fotos tan chungas?

NABOR URCULLO: Humor negro, colega... si fueses forense lo entenderías.

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues por lo menos deberías tenerle un poco de respeto a las víctimas.

NABOR URCULLO: Delante de los familiares no actuaré igual, no me jodas, que no soy tan imbécil. Tan sólo pretendía quitarle un poco de hierro al asunto. Además, no me negarás que son la rehostia...

INSPECTOR ONÉSIMO: No puedo ver más, en serio. Se me revuelve el estómago.

NABOR URCULLO: Pues que sepas...

INSPECTOR ONESIMO: ¿Sí?

NABOR URCULLO: ...Que las salchichas que tiene este metidas por el culo están hechas con la carne de su colega, ja ja ja. Y ¡Eh! Te aseguro que está relleno como si fuera un pavo de navidad.

INSPECTOR ONÉSIMO: Menos mal que no he desayunado nada, no me queda ni bilis para potar.

NABOR URCULLO: El Chánfles sí que ha potado... ¡Macho, es que ahí dentro huele que apesta!

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues ya he tenido suficiente... habréis podido reconocer a las víctimas ¿no?

NABOR URCULLO: Hemos llevado el ADN del morcillitas a investigar, aunque creemos que tiene relación con el otro fallecido. El otro es el hijo de un tal Paco Manuelas, dueño del Frankfurt Bar Paco Manuelas; todavía no le hemos dicho nada a la familia... pero vamos, que sobre las siete me imagino que el tipo vendrá a abrir el local.

INSPECTOR ONÉSIMO: Esto es una pesadilla.

NABOR URCULLO: Ya te digo... y ahora encima le toca ponerse a limpiar.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Quieres parar con esas bromas tan chungas?

NABOR URCULLO: ¡Ja ja ja! Esta vez no tendrá huevos de limpiar lo que su hijo ha ensuciado.

INSPECTOR ONÉSIMO: Menudos hijos de puta que estáis hechos los forenses...

NABOR URCULLO: ¡Eh, que la culpa no ha sido nuestra! ¡Que te quede claro!

INSPECTOR ONÉSIMO: Sois más tristes que los buitres.

NABOR URCULLO: Es por el trabajo que tenemos que hacer, hostia... pero no te mosquees. Ya sé que tú eres muy del respeto, la comprensión y todas esas mierdas.

INSPECTOR ONÉSIMO: Es que no le veo la gracia.

NABOR URCULLO: ¿Y si te digo que pienso tatuarme una polla en la polla?

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues te diría que eres un capullo, Urcullo.

NABOR URCULLO: Ya, ¡ja ja ja! No esperaba menos. Desde luego, no tienes ningún sentido del humor. Estás hecho un Flánders.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Sabes qué hora es?

NABOR URCULLO: No... ¿qué hora es?

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡La hora de que te calles la boca!

NABOR URCULLO: Llegas tarde Onésimo, otra vez. Aquí ya no tienes nada que hacer.

INSPECTOR ONÉSIMO: Me largo... no puedo trabajar rodeado de imbeciles.

NABOR URCULLO: ¡Uh! ¡Menudos humos que gasta el inspector!

INSPECTOR ONÉSIMO: Vete a la mierda.

NABOR URCULLO: La próxima vez te quedas en tu casa, que total para lo que haces... si no puedes con esto no deberías ni estar en el cuerpo.

INSPECTOR ONÉSIMO: Ya he tenido suficiente... esperaré a los resultados de la autopsia y a la prueba de ADN.

NABOR URCULLO: ¡Gallina! ¡Mira, mira! ¡Poo-oc, popo-po, po-oooo!

INSPECTOR ONÉSIMO: Nos vemos, cretino...

NABOR URCULLO: ¡Eh, Redondo! ¡No te cabrees hombre, que sólo era una broma!

INSPECTOR ONÉSIMO: Ya, si ya me conozco tus bromas.

NABOR URCULLO: Venga va, espérate un poco a que salga el Javilillo y te invito a desayunar... que no son ni las seis y ya llevas una cara de agrio que no te la aguantas.

INSPECTOR ONÉSIMO: Bueno, va... menos mal que por lo menos sois espléndidos.

NABOR URCULLO: Eso es por la pasta que ganamos los forenses. Buenas perras, colega.

INSPECTOR ONÉSIMO: A mí, la verdad, no me compensaría.

NABOR URCULLO: Ya sabes, joder... pues como todo, al final te acostumbras sí o sí.

INSPECTOR ONÉSIMO: Nunca me acostumbraré a tus chistes de mierda...

NABOR URCULLO: ¡Hostia! Es verdad... ahora que lo dices, ven aquí un momento que se me ha olvidado comentarte una cosa al respecto.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Qué coño quieres?

NABOR URCULLO: No, que lo digo en serio. Ya verás, mira... no hace falta que entres pero trata de abrir la puerta del bar.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿La puerta?

NABOR URCULLO: Sí, la puerta...

El inspector de policía volvió para comprobar que su coche estaba cerrado y luego se acercó hasta donde le había indicado el forense. Cuanto más se acercaba a la puerta del Frankfurt Bar, con tanta más intensidad recibía la pestilencia que emanaba desde den-

tro. Onésimo se alegró de que hubiésen empapelado los cristales con periódicos por fuera y no pudiera verse nada más que unas cuantas salpicaduras al otro lado de la vidriera. El inspector prestaba toda su atención a las reacciones del forense, mirándole fijamente a los ojos, justo en el momento en que colocó la mano sobre la maneta, dispuesto a tirar de ella por tal de abrir la puerta. Eso no llegó a ocurrir, Onésimo Redondo retiró su mano de sopetón en cuanto sintió que aplastaba con sus dedos algo que parecía tener un tacto blando, viscoso, caliente y que expelía fetidez.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Joder! ¡Mierda! ¡Me cago en...!

NABOR URCULLO: Exacto... alguien se ha tomado la molestia de extender un trozo de mierda caliente por el reverso de la manija.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Pues me cago en su puta madre! ¡Qué puto asco, joder!

NABOR URCULLO: No es la primera vez, de hecho creo que nos lo hemos encontrado en todas las escenas del crimen.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡El asesino de la mierda!

NABOR URCULLO: Así le llaman...

* * *

PREPUCIO ESQUIROL

POLLA: Lo he decidido esta misma mañana nada más levantarme: ¡A partir de hoy pienso declararme en huelga!

EDUARDO: ¿Cómo que “en huelga”?

POLLA: Sí, lo tengo decidido... ¡Acabo de declararme oficialmente en huelga de sexo!

EDUARDO: ¡Ja ja ja! ¡Venga hombre, no me hagas reír! ¡Pero si tienes menos voluntad que una mierda! ¡¿Cómo te vas a declarar en huelga de sexo si a la mínima carantoña que te haga tu mujer vas a caer rendido a sus pies como de costumbre?!

POLLA: No te lo crees ¿verdad?

EDUARDO: Pues no, la verdad es que no me lo creo...

POLLA: Pues mira, esta vez lo digo completamente en serio... ¡Me declaro en huelga de sexo indefinida puesto que considero que las actuales condiciones sexuales no me satisfacen! Siento que se está abusando de mí constantemente...

EDUARDO: Si estuviesen abusando de ti constantemente no tendrías razón para declararte en huelga de sexo, mamarracho.

POLLA: ¡No me vengas con juegos de palabras! ¡Sabes perfectamente qué es a lo que me refiero!

EDUARDO: Ya joder, pero si es que me hace hasta gracia... si se pudiera apostar dinero apostaría todos mis ahorros en tu contra. ¿Pero no ves que es ella claramente la que tiene la sartén por el mango?

POLLA: ¡Pues eso no es justo! Los trabajadores del sexo estamos hartos de someternos a los veleidosos caprichos de la patronal. ¡Son demasiadas promesas sin cumplir y las calles comienzan a llenarse con el clamor de la gente que está pidiendo una reforma justa lo antes posible!

EDUARDO: Mira pavo, estás como una puta regadera... ¿De verdad crees que las huelgas sirven para algo?

POLLA: ¡Es el único instrumento democrático del que dispone el proletariado para hacer que se escuche nuestra voz!

EDUARDO: ¡Pero mira si serás inútil y gilipollas!

POLLA: Eso... ¡tú encima ve poniendo impedimentos! Sabes que las condiciones son precarias y nos afectarán a todos por igual. A ti también, por descontado.

EDUARDO: Si no digo que no me afecte la falta de folleteo, pero... ¿en serio crees que una huelga puede funcionar? ¡Si las huelgas nunca sirven para nada!

POLLA: ¡Pues si tienes una idea mejor me gustaría escucharla!

EDUARDO: ¡Oye, a mí no me vaciles nano! ¡Te pongas como te pongas está claro que lo de la huelga de sexo es una gilipollez! ¡No hace falta que venga yo a decírtelo!

POLLA: Y si no... ¿qué es lo que podemos hacer? ¡Estoy desesperado! Después de un año entero exigiendo la parte que nos corresponde como base activa de la sociedad en pareja, hemos podido constatar que estamos llegando a un punto de ‘no retorno’.

EDUARDO: No si, lo que es innegable es que cada vez te lo montas peor. Debe ser duro caer en la cuenta de que los pocos días que tienes para estar a solas con tu parienta y poder disfrutar juntos del sexo ella prefiera dedicarlos a hacer cualquier otra cosa antes que a eso...

POLLA: Es muy frustrante... más cuando el empresario ejerce tanto poder sobre la clase obrera. El problema radica en que estamos condenados a entendernos cuando en realidad cada uno persigue intereses que casi me atrevería a decir que ni son comunes.

EDUARDO: Es un hecho... ¡Se te está yendo la pinza, Carlos Marx de pacotilla! ¡¿Qué cojones ha pasado con aquella última conversación que tuvimos?! ¿Es que no ha mejorado en nada la cosa?

POLLA: Hombre, a ver... desde que conseguimos el calendario laboral pues cierto es que en algo hemos mejorado... pero las condiciones laborales siguen siendo aún de lo más precarias, por no hablar del salario mensual que continúa siendo insuficiente.

EDUARDO: Hiciste lo que te dije ¿no? Te fuiste apuntando en un calendario todos los días que follabas...

POLLA: Eso hice, llevé un seguimiento minucioso y exhaustivo para contabilizar las jornadas laborales. En principio tal acción me benefició claramente, puesto que pude dejar de obsesionarme en los periodos de escasez... pero ahora, después haber hecho balance sobre un año entero, los números no dejan lugar a dudas ni a segundas interpretaciones.

EDUARDO: O sea, que follamos poco o muy poco... ¡Eso ya lo sabía yo sin necesidad de estadísticas o piquetes informativos de mierda!

POLLA: Aproximadamente, del orden de dos polvos al mes como máximo... ¡Dime tú si con eso un hombre puede vivir! Únicamente ha habido un par de temporadas de mayor actividad, en los meses de abril y agosto... pero por lo general estos picos tienen lugar sólo durante los periodos vacacionales.

EDUARDO: ¡Pero mira que llegas a ser miserable! ¡¿Entonces de qué te quejas?! Tus amigos no tienen perica y se pasan el día pajeándose y llorando desconsolados todas las noches sobre su almohada... ¿no te parece un poco egoísta por tu parte?

POLLA: ¿Egoísta? Ellos no tendrán trabajo estable... pero por lo menos no tienen que recibir negativas constantemente puesto que no conviven en pareja junto a una tía maciza que te pone pincho a cada momento...

EDUARDO: No, si qué me vas a contar... yo lo sufro en mis propias carnes.

POLLA: Bien pues, como te decía... el calendario es la prueba irrefutable de que mi vida sexual es paupérrima, además de un completo desastre. Al principio fue la frustración, cuando creía que el problema de la escasez de trabajo se debía a la falta de recursos de los trabajadores. Luego, cuando nos dimos cuenta de que el problema no radicaba en la mano de obra, fuimos nosotros quienes tratamos de poner los medios para que, con nuestro esfuerzo, la empresa pudiese continuar a salvo. Tras varios intentos por reflotar la continuidad de la producción hemos podido comprobar que, como de costumbre, el fallo no reside en la clase proletaria sino en el estamento superior, que desatiende constantemente nuestras propuestas, hace caso omiso de nuestras exigencias y nos oprime con total indiferencia mientras apartan la vista descuidando nuestras necesidades reales.

EDUARDO: Joder macho... ¿Aún estamos hablando de sexo?

POLLA: ¡Claro! De ahí que haya decidido, por el bien de todos, proclamarme en huelga sexual indefinida.

EDUARDO: ¿Y cuánto crees que vas a poder aguantar? Una vez te pusiste en huelga de pajas y a las dos semanas ya te la estabas pelando como un mono porque decías que lo de las poluciones nocturnas era una puta mentira... ¿Por qué tienes que luchar contra ti mismo? La huelga no nos beneficia en nada...

POLLA: ¡Eso crees, eh! ¿Eso crees? Yo voy a dar la cara por los demás... ¿y es así como me lo agradeces?

EDUARDO: ¡Pero qué coño “la cara por los demás” ni qué niño muerto, gilipollas! ¡No vas a aguantar una puta mierda! ¡En cuanto tu mujer me acaricie un poco ya estarás subiéndote por las paredes!

POLLA: ¡No puedes rendirte antes de empezar!

EDUARDO: ¡¿Pero qué dices flipao?! ¿Pero qué cojones te crees que vas a conseguir privándote de follar las pocas veces que tienes oportunidad de hacerlo?

POLLA: Te rebelas contra mí porque eres un egoísta... yo lucho por ti y tú ni siquiera tienes la dignidad ni la decencia de sumarte a una causa que defiende tus intereses.

EDUARDO: ¡Pero mira que eres mendrugo! ¡Mi interés es follar! ¡Y tú con tu puta huelga indefinida me lo estás negando! ¡Eres un iluso! ¡¿En serio te crees que vas a conseguir cambiar algo?! ¡Es una mujer, por el amor de dios! Por lo general son así...

POLLA: ¿Qué son así? ¿Así cómo?

EDUARDO: ¡Pues que son mujeres, cojones! Ellas se divierten haciendo punto de cruz, yendo a patinar, leyendo novelas románticas, viendo programas de marujeo... ¡El hombre eres tú y el que tienes las necesidades sexuales eres mayormente tú! ¡La gran mayoría de ellas se pueden pegar años sin follar y no se trastornarán por ello! Si te declaras en huelga se va a cabrear contigo y lo único que vas a conseguir será que os distanciéis como pareja... además del irremediable dolor de huevos y el cabreo crónico que ello comporta.

POLLA: Pero si nos distanciamos como pareja... ella se dará cuenta ¿no? Quiero decir... entonces vendrá a preguntarme qué es lo que me pasa y yo se lo podré explicar todo. Le recitaré nuestras exigencias, punto por punto, y si pretende que la relación siga por buen camino... ¡tendrá que afrontar la situación y amoldarse a nuestras necesidades!

EDUARDO: En serio... a veces me olvido de lo brillante que eres... ¡¿Pero es que aún no te das cuenta de que tu plan es un completo fracaso?! ¡Lo único que vas a conseguir es perjudicarnos! ¡A los dos!

POLLA: ¡Pues yo quiero hacer huelga y la voy a hacer! Estoy harto de promesas incumplidas; harto de que me diga a media tarde que por la noche vamos a follar y que luego se quede traspuesta en el sofá y pase de mi culo; harto de que por las noches me aparte la mano de su cuerpo en cuanto comienzo a magrearla un poco para ponerla a tono;

harto de que me lleve a los probadores con ella y tenga que aguantar estoicamente viendo lo buena que está en bragas y en sostén sin que pueda hacer nada de nada; harto de despertarme erecto por las mañanas y tener que levantarme de la cama para ir a mear por tal de mitigar el ímpetu libidinoso; harto de autogestionarme el sexo individualmente a escondidas y harto de que encima me lo tenga que callar.

EDUARDO: Madre mía... pues sí que estás harto.

POLLA: ¡Pues sí, sí que estoy harto!

EDUARDO: ¿Y por qué en lugar de ser tan mariquita no le echas un par de huevos y coges el toro por los cuernos? ¿Tienes que hacer huelga en plan gay sólo porque tu mujer te dice que no?

POLLA: ¿Y qué me sugieres que haga?

EDUARDO: ¡Pues que seas un tío, cojones! ¡Si tu mujer no quiere follar contigo, pues te follas a otra y punto! Ya lo decía Héndrix: <<Si no me quieres tú... ya me querrá tu hermana>>

POLLA: ¡Pero que yo no quiero follar con otra! ¡Que a mí sólo me gusta mi mujer!

EDUARDO: ¡Anda va, pedazo de falso! ¡¿Pero tú qué clase de hombre eres?! No seas imbécil, con la cantidad de tías buenas que hay por ahí pidiendo un poco de esa pasión que no les dan en sus casas... ¡échate una novia, joder! Fóllatela y cuando te canses pues le dices que... yo que sé... que la llama se ha enfriado. O mejor, no te pongas desodorante y come cebolla para que te cante el pozo... así se lo pensará dos veces antes de volver a quedar contigo.

POLLA: ¿Pero cómo puedes ser tan ruin y desalmado? ¡Estoy casado! ¡Eso tiene que significar algo, incluso para ti, que eres una polla!

EDUARDO: Ya colega... pero es que resulta que las pollas no tenemos ojos. Bastante que hablo contigo y lo que me cuesta entenderte a veces, que te pones de un trascendental...

POLLA: Pues que sepas que no te estaba pidiendo consejo. Voy a declararme en huelga de sexo tanto si te gusta como si no y pienso llevarla hasta el final mientras mi sindicato no consiga de la patronal los mínimos que exigimos todos los trabajadores.

EDUARDO: Puedes repetirlo tantas veces como quieras, pero al final vas a hacer lo que te salga de la polla... y es ahí donde yo tengo la última palabra.

POLLA: ¡¿Piensas traicionarme impunemente, pedazo de esquirol?!

EDUARDO: ¡Sí, lo haré, piquete del ojete! ¡Yo no pienso desperdiciar ni una sola oportunidad de meterla en caliente! Eres un pedazo de friki anormal... ¡Déjate ya de ser tan soplapollas y compórtate como un hombre, hostias! ¡Ellas esperan que lo hagas, están deseando sufrir para sentirse realizadas como mujeres que son! ¡¿Tanto te cuesta aceptarlo?!

POLLA: La verdad, te oigo hablar... pero no entiendo una sola palabra de lo que me dices.

EDUARDO: ¡Ni que lo digas! Desde luego... ¡Hay que ver lo zote que eres, madre mía! ¡Espabila de una puta vez! ¡Fóllate a otra, coño!

POLLA: ¡No, no quiero!

EDUARDO: ¡Pues entonces jódete la relación haciendo tu estúpida huelga! ¡No vas a arreglar nada! ¡Sólo vas a empeorar la situación!

POLLA: ¡¿Qué sabrá una polla como tú de las relaciones humanas?!

EDUARDO: ¡Somos el pilar donde se sustenta el mundo, pedazo de anormal! ¡Jamás subestimes el poder de las pollas!

* * *

PENDIENTES DE MARICÓN

El reconfortante aroma que desprendía la maquina de café, junto con el olor de los cruasanes recién horneados, devolvieron el sosiego al inspector de policía Onésimo Redondo que continuaba aún turbado tras presenciar aquellas desgarradoras imágenes de barbarie en las primeras horas de la madrugada. Mientras procuraba lavarse minuciosamente las manos en el aseo de la cafetería contempló su propia imagen reflejada en el espejo. Tenía la cara descompuesta, por haber dormido más bien poco, y la pobre iluminación bajo los azules fluorescentes de aquel frío cuarto de baño contribuía a proporcionarle el aspecto de un espectro del averno o el de una aparición fantasmagórica; como si estuviese contemplando el careto del mismísimo Johnny Thunders semanas antes de morir. El inspector se encontró frente a frente con un rostro que, aun siendo el suyo, lucía notablemente envejecido; estaba pálido, las oscuras ojeras le colgaban como bolsas del Carrefour y tenía los ojos hundidos hacia dentro. Todas las mañanas podía verse en el espejo mientras se afeitaba, aunque pronto llegó a la conclusión de que llevaba demasiado tiempo sin prestarse la más mínima atención a sí mismo... era algo parecido a la diferencia entre oír y escuchar, sólo que en este caso sería más bien entre ver y apreciar. Hacía meses que no se detenía ni por un momento a inspeccionarse, y eso que inspeccionar formaba parte de su trabajo rutinario. <<En casa del herrero, cuchillo de palo; Consejos doy que para mí no tengo>> se decía para sus adentros... y antes de regresar con Nabor Urcullo se lavó también la cara por tal de no presentarse otra vez ante él con aquel aspecto tan desmejorado.

ONÉSIMO REDONDO: ¿Has pedido ya? –Le preguntó al forense, que estaba apoyado contra la barra mientras ojeaba un periódico.

NABOR URCULLO: Sí, tu café con leche y tu cruasán... los he dejado ahí, encima de la mesa.

El inspector tomó asiento y se dispuso a desayunar. Frente a él se sentó el forense que traía consigo un tercio, un pequeño plato con aceitunas y un gran bocadillo de salchichas de frankfurt con queso y ketchup.

NABOR URCULLO: Mira chaval, aprende... ¡Esto sí es un desayuno pero de los de verdad!

ONÉSIMO REDONDO: Menudos huevos tienes de desayunarte un bocadillo de frankfurt...

NABOR URCULLO: Y qué quieres que le haga... yo qué sé, se me ha antojado.

ONÉSIMO REDONDO: ¿Se te ha antojado comerte un bocadillo de frankfurt después de ver las fotos de aquel chaval convertido en salchichas?

NABOR URCULLO: ¡Ah, claro! Es verdad... fíjate que ya ni me acordaba, ¡ja ja ja!

ONÉSIMO REDONDO: Y aún te lo comerás tan tranquilo...

NABOR URCULLO: ¡Joder, pues claro! Mi cuerpo es mi templo y me gusta poder rendirle culto ofreciéndole los más suculentos manjares.

ONÉSIMO REDONDO: ¿Has traído las fotos, no? –Le preguntaba Onésimo mientras removía su café a la vez que le agregaba el contenido de uno de los sobres de azúcar.

NABOR URCULLO: Ya lo has visto, no me he despegado de ellas en toda la mañana.

ONÉSIMO REDONDO: Genial, porque yo llevaba la copia del expediente en el coche... así que en cuanto terminemos de desayunar volveré a echarle un vistazo para comparar las fotos de archivo con estas nuevas que me has traído.

NABOR URCULLO: ¡Ah, pues si es por mí no te preocupes! Puedes ponerte a verlas ahora mismo... que a mí no me importa desayunar mientras veo fotos truculentas.

ONÉSIMO REDONDO: No, si no lo dudo... pero que yo paso de que se me corte la digestión, si ves que tal...

NABOR URCULLO: Una vez estuve viendo *Holocausto caníbal* mientras desayunaba bollos de leche y un vaso de zumo de melocotón...

ONÉSIMO REDONDO: La verdad... me suda bastante la polla.

NABOR URCULLO: ¡Joder macho, pero mira que eres repelente!

ONÉSIMO REDONDO: Mira, pues lo siento... pero es que después de tantos años aún me jode muchísimo tener que madrugar... y más aún cuando coincido con gente nefasta como tú, que os tomáis a guasa las miserias de los demás.

NABOR URCULLO: Bueno pues perdona, míster perfecto... pero es que soy humano, y si veo a un cojo andando raro por la calle pues me rio.

ONÉSIMO REDONDO: Entonces... ¿decías que has visto al comisario Chanfletas esta mañana? –Articuló el inspector tratando de cambiar sutilmente de tema. A Onésimo Redondo no le agradaba demasiado la actitud de sorna con la que el forense estaba afrontando la situación; él era un hombre más bien serio y cabal.

NABOR URCULLO: ¿Eh? Ah, sí... pero justo cuando yo llegaba él ya se estaba largando.

ONÉSIMO REDONDO: Pero bueno... ¿Y qué coño haría el capullo ese levantándose antes de las ocho de la mañana?

NABOR URCULLO: Ya, bueno... no sé. Imagino que estará tratando de ganarse el puesto de su viejo. Sabrás que se jubila dentro de nada ¿no?

ONÉSIMO REDONDO: Será eso... además, que ese tío es rarísimo.

NABOR URCULLO: ¡Qué me vas a contar! El otro día sin venir a cuento me estuvo hablando de cómo se depila el culo...

ONÉSIMO REDONDO: Bueno, pues nada... vamos por faena, que se me va a echar la mañana encima y luego tengo visita con el imputado. A ver, recapitulando: de todas las víctimas que se han registrado hay varias que podrían estar directamente relacionadas con el caso. De todos modos el comisario general me pasó una lista bastante extensa en la que aparecía gente de todo tipo...

NABOR URCULLO: Sí, parece ser que no existe un patrón estricto... en principio sólo coincide que hayan sido registradas en el mismo distrito.

ONÉSIMO REDONDO: Bueno, sí... pero luego están los chavales...

NABOR URCULLO: ¿Los chavales? ¿Qué chavales?

ONÉSIMO REDONDO: Sí, esa es la línea de investigación que pretendo seguir. Es ahí precisamente donde convergen las coincidencias más significativas... como por ejemplo que iban juntos al mismo instituto, que tenían amigos en común... Además, es el caso de éstos cuatro chavales en el que los crímenes fueron premeditados y se han llevado a cabo deliberadamente; digamos, del mismo modo sanguinario en que han fallecido las dos últimas víctimas.

NABOR URCULLO: Para no tener carrera, mira que eres pedante...

ONÉSIMO REDONDO: ...Te suda los huevos todo lo que te estoy contando ¿verdad?

NABOR URCULLO: Joder Rédon... Es que aburres hasta a las piedras, macho. ¡Fíjate, hasta las aceitunas están bostezando! –El forense se colocó una oliva en la palma de la mano y se la acercó a Onésimo haciendo ver como que ésta bostezaba de sopor.

ONÉSIMO REDONDO: En cuanto termine de desayunar me piro... me tienes hasta los huevos.

NABOR URCULLO: Encima que te invito...

ONÉSIMO REDONDO: ¡¿Pero qué coño invitamos?! ¡Si al final he tenido que pagar yo!

NABOR URCULLO: ¿Has pagado ya? ¡Pero si te dije que te invitaba!

ONÉSIMO REDONDO: ¡Ya, los cojones! ¡Si no te he visto pagar nada en mi puta vida! ¡Que te escaqueas siempre con el truco ese de que te has dejado la cartera en el coche!

NABOR URCULLO: ¡Ja ja ja! ¡Joder Onésimo, me has pillado!

Mosqueado, el inspector Onésimo decidió ignorar a su compañero para sumergirse durante unos instantes en la lectura del expediente. Poco después declaró:

ONÉSIMO REDONDO: Estoy seguro de que el cuerpo de la otra víctima es el de Héctor Paellas –Le dijo a Urcullo... pero por lo pronto no recibió respuesta alguna–. Mira, ¿lo ves? Fíjate en las zapatillas deportivas que aparecen en las fotos... coinciden con la indumentaria deportiva que utilizan en el mismo instituto.

Nabor Urcullo se mostraba ofendido e indiferente, evitando ofrecer su opinión respecto a la conversación que trataba de entablar el inspector de policía. Cuando Onésimo le buscaba con la mirada, Nabor giraba la cara con aires de desdén.

ONÉSIMO REDONDO: ¿Sabes qué te digo? Que me piro a charlar con el demente... por lo menos tendrá la decencia de escucharme.

NABOR URCULLO: Nada... pues vete. Que te vaya bien.

ONÉSIMO REDONDO: Oye, que no pretendía ser tan borde contigo...

NABOR URCULLO: Nada, nada... vete. Y que te vaya bien.

ONÉSIMO REDONDO: ¡Joder Urcullo, no te pongas así! –Le decía... pero Nabor seguía en sus trece. Contra más se amilanaba el inspector, tanto más se crecía el forense.

NABOR URCULLO: Nada, nada... que te vayas si quieres. Yo me quedo aquí, a terminar con mi desayuno... solo.

ONÉSIMO REDONDO: No te pongas así, hombre... venga, que cuando vuelva de visitar al imputado te invito a comer.

NABOR URCULLO: Ya... y ahora voy y me lo creo.

ONÉSIMO REDONDO: ¡Que sí, joder! Que luego te invito yo. Sobre las tres te llamo y comemos juntos en el Rusi.

NABOR URCULLO: Bueno... pues a ver si es verdad.

ONÉSIMO REDONDO: ¡Claro calamidad! Venga, que me voy a seguir currando...

Y, justo después de levantarse, el inspector de policía se acercó hasta donde estaba Nabor y se inclinó para darle un beso en los labios... pero como el forense seguía disgustado con él le hizo la cobra, retirándole la cara hacia atrás para evitar así que le diese un pico.

ONÉSIMO REDONDO: Venga va... no seas tonta, ¡perdóname!

NABOR URCULLO: Luego ya me llamarás el sábado por la noche cuando quieras tema... ¡y te la vas a tener que picar con dos piedras!

ONÉSIMO REDONDO: ¡Mira que eres rancia! ¡Bueno, que me voy!

El inspector de policía abandonó el café ante la atónita mirada del dueño del local, que sin querer había descubierto el rollo sibilino que se traían los extravagantes ‘funcionarios del estado’... por decirlo de alguna manera. Después de suspirar acalorado, Nabor se dio cuenta de que el dueño de la cafetería le observaba con atención y se dirigió a él para decirle:

NABOR URCULLO: ¡¿Tú qué coño miras, gilipollas?!

El dueño no dijo ni mu. Sencillamente movió la cabeza de un lado a otro, dándole a entender al forense que él no había visto nada. La frente del encargado comenzó a evidenciar claras muestras de sudoración nerviosa... en cuanto tuvo la oportunidad echó un vistazo bajo la barra para ver si le quedaba muy lejos el teléfono. Trató de recordar cuál era el número de ‘Emergencias homosexuales’; debía tenerlo apuntado por alguna parte.

* * *

PACTAR CON LA OLIGOFRENIA

El sol de media mañana penetraba a través de la oxidada reja de una de las ventanas que servía para iluminar la sala de visitas. Polla Pesebre, vestido con el immaculado uniforme del hospital, aguardaba sentado frente a una sencilla mesa lacada en blanco. Las motas de polvo, que proyectaban su reflejo blanquecino bajo la claridad proveniente del exterior, orbitaban alrededor suyo formando una pequeña e improvisada Vía Lactea de la cual él era como el coloso escogido para guardarla. La única puerta de acceso a la sala se abrió y tras ella apareció un hombre bastante alto, ataviado con una gabardina que le llegaba por debajo de las rodillas.

—Buenos días —Le saludaba el inspector de policía tratando falsamente de sonreír justo después de que colgase su chaqueta en una de las perchas que había a sus espaldas.

POLLA: Hola, ¿qué hay?

INSPECTOR ONÉSIMO: Sabe usted quién soy, ¿verdad? O por lo menos se imaginará para qué he venido... —El inspector colocó su dictáfono sobre la mesa; después pulsó el botón de grabación y acto seguido el casete que contenía comenzó a girar en uno de los sentidos, almacenando en su cinta la conversación que mantendría con el señor López Requena.

POLLA: Imagino que es usted inspector de policía. Desde luego, tiene toda la pinta.

INSPECTOR ONÉSIMO: Imagina usted bien... y permítame que le diga que me sorprende.

POLLA: ¿Que le sorprendo?

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues sí, la verdad... le encuentro más lúcido de lo que esperaba.

POLLA: Ja ja ja... no le culpo. Supongo que es lógico pensar así cuando viene usted a visitarme a un manicomio.

INSPECTOR ONÉSIMO: Sí, por descontado. Entonces, podrá imaginar también cuál es el motivo de mi visita...

POLLA: Supone usted bien, señor inspector.

INSPECTOR ONÉSIMO: Vaya... quiero decir, no pretendo ofenderle ni nada por el estilo... pero comprenderá que me esperaba otro tipo de entrevista.

POLLA: Usted venía pensando que iba a mantener una charla estúpida con un falso demente, que probablemente tergiversaría la realidad a su antojo por tal de confundirle ¿Me equivoco?

INSPECTOR ONÉSIMO: Hablemos en serio, señor Requena, y dígame qué puedo hacer por usted...

POLLA: Absolutamente nada; dejarme como estoy. ¡Ah! y puede llamarme Talentus si lo prefiere...

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Quiere decir que no le importa quedarse aquí? ¿Se siente usted feliz sabiendo que podría pasar el resto de sus días encerrado en un centro de salud mental?

POLLA: Como nunca en mi vida, se lo aseguro.

INSPECTOR ONÉSIMO: Verá, señor Requena, hace mucho tiempo que vengo siguiendo su caso... así que, aunque usted no me conozca a mí, yo estoy al corriente de todo su historial y tengo, o mejor dicho 'tenía', varias cuestiones sobre las cuales quería interrogarle... Pero en vista de que prefiere colaborar debo decirle que me ha desmantelado por completo la entrevista que traía planteada de mi casa.

POLLA: Llámeme Talentus, por favor... y puede hacerme esas preguntas si quiere, aunque también podría contárselo todo desde el comienzo.

INSPECTOR ONÉSIMO: Qué le ha hecho cambiar de parecer...

POLLA: No he cambiado de parecer, tan sólo quiero aprovechar el que usted me estará escuchando para poder contarle cómo me siento. Aquí dentro no hay más que enfermos mentales y, aunque no puedo decir que me aburra, sí le digo que agradezco tener una charla con alguien que esté completamente cuerdo; porque usted está completamente cuerdo ¿Verdad, señor Redondo? –Cuando oyó pronunciar su apellido en boca del principal sospechoso, el inspector de policía quedó descolocado por completo. Aun así, Onésimo prefirió mantener la compostura y no dar signos de desconcierto.

INSPECTOR ONÉSIMO: Señor Requena, es usted quien tiene un serio problema –Le rebatió Onésimo al instante–, de lo contrario sería yo quien estuviese ahí sentado, forcejeando para poder sonarme los mocos sin caer en la cuenta de que no puedo porque lo que llevo en realidad es una camisa de fuerza.

POLLA: ¡Ja ja ja! ¡Vaya! ¡Veo que será usted quien comience a romper el hielo!

INSPECTOR ONÉSIMO: No he venido a perder el tiempo, se lo aseguro.

POLLA: El tiempo. El tiempo... ¿Sabe usted que probablemente es el tema sobre el que más he reflexionado en toda mi vida?

INSPECTOR ONÉSIMO: Estoy convencido de que así es... pero no he venido a preguntarle sobre el tiempo.

POLLA: Oh, sí... estoy seguro de que sí. El tiempo; todo el mundo habla del tiempo, porque todo tiene que ver con él. Usted y yo, por ejemplo, estamos precisamente aquí y ahora porque es el tiempo quien nos ha encontrado ¿no le parece?

INSPECTOR ONÉSIMO: Llegué a pensar que estaba usted realmente dispuesto a colaborar... y no que me lo iba a poner difícil con sus reflexiones abstractas.

POLLA: Entonces le diré lo que quiere saber, no vaya a ser que le haga perder el tiempo... ¡Vaya! ¿Ve lo que le decía? ¡Todo tiene que ver

con él! Ahora está usted aquí, preguntándome acerca de esa porción de tiempo sobre la cual, sólo a usted, le interesa sacar conclusiones. En cuanto se marche, el tiempo volverá a detenerse para mí en esta misma habitación, en este mismo edificio, en este ‘centro de salud mental’, como usted prefiere llamarlo. Puede que con mi argumentación llegue a cambiar su perspectiva, pero la mía no se alterará en absoluto. Mi perspectiva proseguirá inamovible tras el comfortable claustro que me brindan estas pálidas paredes.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Podría decirme si reconoce usted a alguna de estas personas? –El inspector Onésimo optó por la vía agresiva y comenzó a mostrarle al imputado las desgarradoras fotografías que aquella misma mañana había revelado Nabor Urcullo, el forense.

POLLA: Claro, les conozco a todos... Pero siéntese, no hace falta que me enseñe más. Ya le he dicho que se lo voy a contar todo.

INSPECTOR ONÉSIMO: Y yo ya le he dicho antes que agradezco su colaboración... pero le pediría por favor que no se fuese por las ramas. Si no le importa, yo le iré dando nombres y usted me cuenta todo lo que sepa al respecto...

POLLA: Nah, mejor lo haremos a mi manera. Usted ha venido aquí a buscar respuestas y le aseguro que yo se las daré... No tendrá prisa, ¿verdad inspector?

INSPECTOR ONÉSIMO: No me gusta que me hagan perder el tiempo...

POLLA: ¡Y yo odio a la gente que pasa por mi vida sin más motivo que satisfacer su propio interés! Usted ya me entiende... esa gente con la que te involucras sentimentalmente para que luego, cuando ya no les convienes, desaparezcan sin dejar ni rastro... como si nada de lo que pudiésemos compartir hubiera abierto a su paso ni el más mínimo resquicio de empatía. Todos te intentan hacer sentir reemplazable ¿sabe? Como un vulgar florero. La gente se ha convertido en una especie de valor superficial que de lo único que entiende es de di-

nero, de posición social, de dietas, de rutinas para el gimnasio, de normas para imbéciles y de entretenimientos banales, carentes de la más mínima profundidad.

INSPECTOR ONÉSIMO: Tiene usted toda la razón, señor Requena... por favor, continúe hablándome de esos sentimientos que usted alberga
—Le indicaba el inspector recostándose en la silla.

POLLA: ¡Estaba harto de que todos me tomasen por el pito del sereno! ¿Comprende? ¡Todas las personas que he conocido desde que tengo uso de razón han terminado llufándose en mi boca! Pero aquí no. Aquí, en el manicomio, las cosas son distintas. Aquí no estoy expuesto a responsabilidades de ningún tipo, ni a normas de conducta que se basan en cinismo e hipocresía... tampoco estoy obligado a satisfacer los estúpidos caprichos de nadie. Aquí dentro puedo ser sólo yo, con mis propias reglas... aunque los que me rodean piensen de mí que todo lo que digo son meros desvaríos de un oligofrénico desquiciado. Pero eso ya me sucedía antes, cuando vivía fuera de estos muros... a decir verdad siempre me he sentido igual de solitario y marginado. El problema de la gente es que preservan una idea estúpida y caduca que ellos llaman ‘principios’ y que no les deja ser felices, en plan: <<No puedo ver Bob esponja porque eso es para niños; no puedo mearme en la puerta de mi antiguo colegio, que tanto odio, porque es impropio de una persona adulta como yo; tengo que tener hijos aunque no los quiera porque ES LEY DE VIDA; si no aprendo a tocar la guitarra es porque no tengo tiempo; no me voy de putas porque, aunque el cuerpo me lo pide a rabiar, me considero una persona íntegra y de ideas firmes...>> y todas esas paparruchas que coartan a la gente y terminan convirtiéndose en graves trastornos psiquiátricos, que ya no psicológicos. En serio, ahí afuera no me queda nada inspector... vine solo y así es como me marcharé.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Piensa usted en la muerte, señor Requena?

POLLA: Llámeme Talentus, si no le importa... y sí, nunca he dejado de pensar en ella. Hace mucho tiempo que perdí el miedo a morir porque, ya sabe, como dijo Warhol: <<No creo en la muerte porque uno no está presente para saber que, en efecto, ha sucedido>>.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Y qué me dice entonces de todas esas personas que conoce y que han muerto recientemente? ¿Puede aclararme algo al respecto?

POLLA: Sigue siendo usted tan impaciente como al comienzo de la entrevista ¿no le parece? Le estoy abriendo mi corazón y usted hace como todos los demás, se la pela lo que le estoy contando; le importa una mierda cómo me he llegado a sentir o si he viajado a través de una galaxia infinita de sufrimiento. En efecto, usted inspector, es como todos los demás. Se lo recalcaré: impacientándose no va a llegar hasta donde usted pretende.

INSPECTOR ONÉSIMO: De veras creí que colaboraría conmigo... ahora veo que no es más que un charlatán tratando de consumir mi paciencia por tal de que me largue de una vez y le deje en paz.

POLLA: ¿Dejarme en paz? Yo ya vivo en paz, es usted quien está buscándola a través de resolver su estúpido caso...

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿La muerte de esas personas inocentes le parecen ‘un estúpido caso’?

POLLA: Desde mi perspectiva sí. El que esas personas hayan muerto no me turba en absoluto. Cada día muere muchísima gente en todo el planeta... y le aseguro que lo lamento más por las personas que no conozco que por esa maldita chusma a la que usted llama inocentes.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¿Dice usted que las víctimas de estos brutales asesinatos que le he mostrado en fotos son sólo una chusma?

POLLA: Mejor dicho, ‘eran’ una chusma. Lo sé porque les conocí, y fueron personas como esas las que alimentaron mi desprecio hacia el resto de la humanidad. Fe, inspector, no es más que el acrónimo de

falsas esperanzas; nadie merece mi compasión. Soy el único por el que debo preocuparme en todo momento... eso es lo que he podido aprender conviviendo en su sociedad. Toda la gente que me ha llegado a importar... o me han hecho daño o me han decepcionado por completo.

INSPECTOR ONÉSIMO: Sin que sirva de precedente, y aunque no debería expresarle mi opinión, tenga por seguro que estoy completamente de acuerdo con lo que me está usted contando, señor Pesebre.

POLLA: ¿Y quién no iba a estarlo? Sólo le estoy pidiendo una oportunidad, Onésimo. Escuche lo que le tengo que decir y le aseguro que al final usted obtendrá respuesta a todas esas preguntas que le han traído hasta aquí.

INSPECTOR ONÉSIMO: Le doy siete días... ni uno más, para que me cuente todo lo que sabe. Durante el transcurso de esta semana iré viniendo a la misma hora y grabaré en cinta sus declaraciones.

POLLA: ¿Y qué gano yo a cambio?

INSPECTOR ONÉSIMO: Puede pedirme cualquier cosa que esté en mi mano.

POLLA: ¿Cualquier cosa?

INSPECTOR ONÉSIMO: Siempre que esté en mi mano, sí. Si usted no me decepciona, yo no le defraudaré. Se lo prometo.

POLLA: Ya. Eso mismo dicen todos... pero esta vez no me importa, se lo aseguro. Mientras permanezca aquí nadie más podrá hacerme daño; ni siquiera usted.

INSPECTOR ONÉSIMO: Vaya pensando lo que sea que quiera pedirme; volveré mañana. Ahora debo dejarle, he quedado para comer.

POLLA: Todos se acaban marchando... aunque tengo su promesa de que volverá.

INSPECTOR ONÉSIMO: Tiene usted mi palabra.

POLLA: No la necesito... Si viene usted, bien. Y si no viene, pues también bien.

INSPECTOR ONÉSIMO: Para tener un discurso tan negativo es usted un verdadero optimista.

POLLA: ¡Pues claro que lo soy! ¡No debería dudarlo! ¡Ya le he dicho que aquí soy feliz!

INSPECTOR ONÉSIMO: Está bien, hasta mañana entonces.

POLLA: Hasta mañana, señor inspector.

* * *

DONDE AMARGAN LOS PEPINOS

NABOR URCULLO: Nosotros allí, sin comer y sin cenar, y con la autopista a medias de un tío al que habían acribillado a balazos los albanoskosovares. Total, que eran ya casi las once de la noche, estábamos el Juanma Gadea y yo hasta la polla de tanto curro y aún nos faltaba por comprobar cuál había sido la trayectoria del proyectil que impactó en la almendra de aquel pobre pavo, así que... ¿sabes lo que hicimos?

INSPECTOR ONÉSIMO: No... ¿qué hicisteis?

NABOR URCULLO: Pues, para no tener que comernos lo de hervirle el cráneo y todo eso, sacamos las tijeras de podar y le cortamos la cabeza al fiambre. ¡A saco, ja ja ja!

INSPECTOR ONÉSIMO: Vaya tela...

NABOR URCULLO: ¡Eso! Luego metimos la cabeza en una bolsa de deporte que lleva el Juanma para ir al pádel... ¡y nos la llevamos a los juzgados! ¡Con dos cojones! ¡Ja ja ja!

INSPECTOR ONÉSIMO: Pero... ¡estáis como un puto cencerro! ¿Cómo coño se os ocurre?

NABOR URCULLO: ¡Ja ja ja! Ya... es que el Gadea está hecho polvo. Bueno, pues eso, que nos llevamos la cabeza del colega a los juzgados metida en la bolsa de deporte porque pensamos que cuando nos la fuesen a pasar por el escáner de seguridad podríamos ver la profundidad del impacto y todo eso...

INSPECTOR ONÉSIMO: Cualquier día se os va a caer el pelo.

NABOR URCULLO: No seas aguafiestas, coño, que ahora viene lo bueno hombre, ja ja ja... ¿Sabes quien es el Chóped? El que es vigilante de seguridad...

INSPECTOR ONÉSIMO: Sí, claro que le conozco. El Chóped... el Yordi López. El catalufo ese de la papada...

NABOR URCULLO: Sí, pues estaba el Chóped en la garita justo cuando íbamos a pasar la bolsa y nos dice: <<No hace falta que paséis la bolsa por el escáner, si ya os conosco>> ¡Ja ja ja ja!

INSPECTOR ONÉSIMO: Buf, viniendo de vosotros ya me temo lo peor.

NABOR URCULLO: Y nosotros nada, que queríamos pasar la puta bolsa. Pues en esas que, como el Juanma y yo nos estábamos partiendo el rabo, el colega pilló la bolsa to cabreao y al abrir la cremallera se encuentra con todo el pastelazo ahí... ¡Que pegaba eso una peste a cabrales del rancio que lo flipas! ¡Ja ja ja! Y luego va y... ¡Ja ja ja!

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Joder! ¡Ja ja ja!

NABOR URCULLO: ¡¡JA JA JA JA JA!!

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Ja ja ja!

NABOR URCULLO: ¡¡JAAA JAAA JA JA JÁ!!

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Bueno, coñe ya! ¡¿Y qué pasó?!

NABOR URCULLO: ¡¡Pues que el Chóped va y empiezan a darle unas arcadas de la hostia!! ¡¡Ja ja ja ja ja ja!! ¡Y se... y se pone a echar la pota radioactiva, colega! ¡Te lo juro! ¡Ja ja ja ja ja ja! ¡SE PONE A ECHAR LA RABA DENTRO DE LA BOLSA, EN TODA LA PUTA CARA DEL CADAVER, QUE DEBÍA ESTAR CAGÁNDOSE EN TODOS SUS MUERTOS, JA JA JA JA JA! ¡¡QUÉ PUTO ASCO MACHO!! ¡¡JA JA JA JA JA!! –La gente sentada a su alrededor comenzaron a prestarle atención, atraídos por la estridencia con la que Urcullo relataba tan singular y macabro incidente.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Baja la voz, joder, que la gente se va a pensar que los locos somos nosotros! Hay que ver, estáis para que os echen de comer a parte.

NABOR URCULLO: ¡JA JA JA JÁ! ¡EN SERIO! ¡MENUDA PESTE TÍO! ¡¡TE LO JURO!! ¡JA JA JA! ¡¡LA CABEZA DEL DIFUNTO AHÍ... CON LOS OJOS EN BLANCO Y UN POTAJE CALIENTE DE PATATA CON GARBANZOS ESCURRIÉNDOLE POR LOS CARRILLOS!! ¡¡JA JA JA JA JA!!

INSPECTOR ONÉSIMO: Madre mía, cállate ya. Que me haces pasar vergüenza ajena, joder. Cualquier día os enmarronan por imbéciles y se os va a caer el pelo.

NABOR URCULLO: ¡JA JA JA JA! ¡PUES QUE LES DEN POR EL CULO! ¡JA JA JA JA JA!

INSPECTOR ONÉSIMO: En el manicomio vais a acabar los dos... que por cierto, ahora mismo vengo de allí.

NABOR URCULLO: ¡Ay... ja ja ja! Y qué pasa... ¡¿Que vienes de ver a TU PUTO PADRE?! ¡JA JA JA JA JA!

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Vete a la mierda, cabrón! Ya sabía yo que no debía quedar contigo...

NABOR URCULLO: ¡Ja ja ja ja! ¡Vamos Rédon, no me seas mojigato! ¡JA JA JA JA!

INSPECTOR ONÉSIMO: Sí, ‘ja-ja-já’...

NABOR URCULLO: Buf, colega... ¡Ja ja ja! ¡Ouff! ¡Que me duele la barriga y todo de tanto reírme! ¡Ja ja ja!

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues a mí no me ha hecho ni puta gracia...

NABOR URCULLO: ¡Ains, pues a mí sí... ja ja ja! ¡Bu-uufs! ¡Ay joder, qué risa más tonta, coño! ¡Ja ja ja!

INSPECTOR ONÉSIMO: Ten, te devuelvo las fotos de esta mañana...

NABOR URCULLO: Nah, quédatelas si quieres... yo ya he visto bastante por hoy ¡Ja ja ja!

INSPECTOR ONÉSIMO: He estado charlando un buen rato con el principal sospechoso –Le comentaba pausadamente el inspector–, y la verdad es que parecía un buen tipo.

NABOR URCULLO: ¡Todos lo son! Es un hecho, la gente que está en los manicomios tiene más sentido común que la mayoría de las personas que están fuera de el.

INSPECTOR ONÉSIMO: Pues sí, es la impresión que me ha dado... pensé que sería más fácil. A decir verdad, en principio quería creer que

ese hombre era inocente. Luego me dejé llevar por la intuición de Eleuterio...

NABOR URCULLO: ...Que menudo uno también para fiarse de su intuición.

INSPECTOR ONÉSIMO: Ya, pues eso. Que finalmente me ha desconcertado charlar con él. Ya no sé qué pensar. Ese hombre dice estar a gusto en el manicomio...

NABOR URCULLO: ¿Y quién no lo estaría? No tienes hipoteca que pagar, ni lavadoras por poner, ni ropa que planchar, ni platos por fregar... ¡Ya ves! ¡Responsabilidad cero! ¡Y que encima follan! He oído decir por ahí que algunos se montan unas orgias de la hostia con el rollo ese de que están locos...

INSPECTOR ONÉSIMO: Ya será menos... bueno, y que si lo hacen me da lo mismo... cada uno que haga con su cuerpo lo que le de la gana.

NABOR URCULLO: ¿Y tú qué? ¿No haces con tu cuerpo lo que te da la gana?

INSPECTOR ONÉSIMO: No empieces...

NABOR URCULLO: ¡Bah! ¡Ahora no te hagas la estrecha, si yo ya sé a lo que has venido! –El inspector se sobresaltó al darse cuenta de que su compañero le estaba acariciando el paquete con la punta del pie por debajo de la mesa.

INSPECTOR ONÉSIMO: Eres un cabrón.

NABOR URCULLO: Ya, mi coño moreno... Y tú eres una tonta que siempre acabas volviendo a por más.

INSPECTOR ONÉSIMO: ¡Buff! ¡Para, por favor! –Le decía Onésimo completamente ruborizado.

NABOR URCULLO: ¡Uy mira, si se te está poniendo dura! ¡Ja ja ja! ¿Ves? Si ya te lo dije... tarde o temprano todas las zorras vuelven con su amo –Le argumentaba el forense acechándole con su mirada más obscena.

INSPECTOR ONÉSIMO: Desde luego... siempre acabas haciendo conmigo lo que quieres...

NABOR URCULLO: ¡Eres tú quien me busca! Si no quisieses tema, no estarías aquí pagafanteándome.

INSPECTOR ONÉSIMO: Tienes razón, soy un perverso...

NABOR URCULLO: Eres una cerda perversa y no soporto que me hagas perder el tiempo. Ahora mismo quiero que te levantes de la silla y que te vayas al cuarto de baño. Espérame allí con los calzoncillos por las rodillas. Te voy a dar lo tuyo antes de que me pagues la comida.

INSPECTOR ONÉSIMO: Oh, Nabor... eres tan...

NABOR URCULLO: ¿Tan 'qué'? ¿Eh? Soy un cerdo lujurioso... lo mismo que tú. Siempre andas provocándome.

INSPECTOR ONÉSIMO: Soy tu *ProvoCop* –Le declaraba el inspector sustrándole.

NABOR URCULLO: No eres más que una puta indecente y calentapollas. ¡Anda, levanta el culo de la silla y obedéceme, que me tienes hartos!

INSPECTOR ONÉSIMO: Sí Nabor, lo que tú me digas –El inspector de policía se levantó de la mesa bajo la atenta mirada del dueño del restaurante, que le andaba observando con cautela mientras éste se dirigía hacia el cuarto de baño.

–Ya verás –Le decía el dueño del local a uno de sus empleados–, verás como dentro de un rato se levanta el otro que va con él y luego se pegan media hora juntos metidos en el aseo.

–Quiere decir que... –Le sugería el camarero dándole a entender al dueño que comprendía perfectamente lo que estaba tratando de decirle entre líneas.

–Lo que yo te diga... no es la primera vez que vienen. Prepara la cuenta de la seis que en cuanto venga el alto a pagar tendrás que meterles prisa para que se larguen.

–No lo hubiese dicho nunca... se lo aseguro.

–Ya, es que cada día se hace más difícil distinguirlos. Antes por lo menos llevaban bigote.

* * *

MIEDO A UN PLANETA GAY

PRIMERA PARTE

GAY-POCALIPSIS AHORA⁴

Me picaban un montón los huevos, supuse que sería porque horas antes toqué al moro con las manos y luego me rasqué la entrepierna sin habérmelas lavado. Desperté nuevamente en casa, tumbado en mi cama... y, por extraño que parezca, todo estaba en orden. Esta vez ni siquiera quise molestarme en pensar cómo diablos había llegado hasta allí. Simplemente me desperté, en una mañana radiante de comienzos de verano; el clima resultaba muy agradable pues el día anterior había llovido y soplaba un airecillo fresco que invitaba a abandonar las sábanas con liviandad. Alguien se había dejado la luz de la cocina encendida, así que decidí levantarme para apagarla yo mismo y ya de paso desayunaría. Me había entrado hambre.

Al poner el pie sobre el suelo recobré las sensaciones; las baldosas estaban frías. Me inspeccioné el cuerpo en busca de los hematomas del día anterior y sí, estaban ahí... pero lo cierto es que ya no me molestaban demasiado. Sobre la mesita de noche encontré un tubo similar al de la pasta de dientes que parecía contener algún tipo de loción o pomada analgésica, supuse que mi madre me la habría puesto antes de que llegase a meterme en la cama. Seguía sin recordar, pero también seguía sin importarme. Lo único que me venía a la mente era la vergonzante estampa del moro soplándome aquel asqueroso polvo amarillento contra los ojos... ¡menudo escozor! A partir de ahí todo se volvió muy confuso. Mis padres no estaban en casa, de eso ya me había dado cuenta. Como no tenía ninguna prisa saqué el tapón de la pomada analgésica, me puse un poco en la punta de los dedos y con cuidado fui esparciéndola sobre las contusiones de las piernas y el torso. Me estuve palpando también por los brazos y finalmente me restregué la crema que sobraba por el hombro izquier-

⁴ *En el original "Gaypocalypse now" (nota del trad.)*

do. Mientras guardaba la pomada en el primer cajón de la mesita de noche volvió a mi mente el recuerdo de la paliza... pero, tal como si en lugar de cerebro tuviese un televisor metido en la sesera, cambié de canal y me dispuse a pensar en otras cosas. Tuve que cambiar de emisora repetidas veces; digamos que, desde hacía ya varias semanas, no estaban echando nada bueno por mi cabeza. Justo en el momento que me puse en pie pensé que sería mejor que fuese a ducharme, pero nuevamente vi la luz de la cocina encendida y opté por ir a desayunar; además, debía dejar que la crema analgésica actuase durante un rato antes de darme una ducha. Lo primero que hice fue apagar la luz. Luego, mientras me restregaba los ojos con pereza, quise abrir la despensa y me sorprendí gratamente cuando encontré el armario lleno a rebosar con bolsas de quicos, patatas fritas, Bollycaos, varios paquetes de Donuts de azúcar y también de chocolate, cañas de crema, palmeritas pequeñas, Donettes, sobaos pasiegos y un par de blísters con pastelitos variados de Boni, Tigretón y Pantera Rosa.

– ¡Joder macho! ¡Bienvenidos a la deliciosa! –Pensé para mis adentros. Jamás había visto nada igual en nuestra despensa. Mi madre nunca compraba nada de eso. De hecho, la bollería y todas esas cosas estaban más prohibidas en mi casa que el mismísimo tabaco. Desde pequeño siempre tuve que comprar los pastelitos a escondidas de mis padres porque mi madre era una detractora pseudo-fascista de las ‘grasas trans’. Ya sabéis, cosas de progres.

Abrí un paquete de Donuts de los normales, coloqué un trapo sobre la mesa de la cocina y luego me acerqué hasta la nevera para ver si aquella suerte se repetiría allí también. En efecto, tres de los estantes estaban colmados hasta los topes con botellas de horchata de litro y medio. Debía de haber unas quince o veinte por lo menos. En el estante inferior de la puerta había también varias botellas de refrescos variados y Coca cola en botellines de cristal, además de un

amplio surtido de yogures, embutidos, ensaladas, fruta de verano, fiambreras con sandía cortada en trozos, un pastel de crema y una pequeña columna hecha con cajas de esas de los quesitos de *La vaca que ríe*. Me acerqué a coger una de las cajas, observé el careto de la vaca con atención y sí, por un instante pudo contagiarme con su estúpida y sardónica sonrisa.

Sobre el mármol de la cocina encontré una nota, era de mi madre y decía así: <<Felicidades. Estamos muy contentos. Te he dejado comida en el congelador. Nos vemos a la vuelta>>

No entendía nada... Hacía años, y tal vez fuese desde los once, que mis padres no me trataban con tanto afecto ni me consentían de aquella manera. Junto al frutero encontré un sobre. Era el sobre con mis notas. No podía ser que todo aquel despliegue de agasajos tuviese relación alguna con mis calificaciones, es decir... sabía seguro que había dejado tres para septiembre. Quise comprobar que estaba en lo cierto y saqué la hoja para echarle un vistazo. Me quedé perplejo cuando vi que lo había aprobado todo... ¡y encima con notables! Ahora sí que no comprendía nada de nada... pero ni siquiera así tuve ganas de encontrarle una explicación lógica a todo aquello. ¿Me dices que esas son mis notas? Pues vale, cojonudo, esas son mis notas y no se hable más.

Al abrir el cajón del congelador encontré una gran cantidad de cajas de pizza precocinada, parecía que hubiesen volcado un palé allí mismo. No cabía en mí de lo emocionado que me sentía al descubrir semejante cantidad de delicias almacenadas en la despensa de mis padres. Lo cierto es que ahora sí comenzaba a necesitar una explicación. Antes de volver a cerrar el cajón del congelador tomé una de las bolsas con cubitos de hielo que había junto a los helados; me vendría bien para rebajar el hinchazón genital que me había causado de tanto rascarme. Ahora comprendo mucho mejor esa expresión que dice: ‘Me estás hinchando las pelotas’. Joder, si es que resulta de lo

más molesto y engorroso... sobre todo cuando te escuece el pliegue entre la polla y los huevos.

Me dispuse a desayunar. Estaba chupándome los dedos después del cuarto Donut de azúcar cuando de pronto sonó el timbre de mi casa. Llamaron tres veces seguidas, con lo cual debía de ser alguien conocido. Me detuve a contemplar un momento por la mirilla y vi cómo mi vecina, que estaba buena de cojones, llamaba a la puerta. La muy cabrona venía luciendo un escotazo tremendo que me hizo resoplar como un toraco bravido y violento nada más verlo. Está claro que no me lo pensé dos veces antes de abrir, la recibí empleando el tono de voz más profundo y masculino que pude permitirme y entonces le dije:

—Hola nena, ¿qué te trae por aquí?

VECINA: ¡Hola Polla, vengo a que me folles! Verás, resulta que esta semana voy cachondísima por culpa de las hormonas y mi marido no está para complacerme. ¿Te importaría meterme un rato el ciruelo y luego si eso ya me voy? Te prometo que no te molestaré demasiado.

TALENTUS: ¡Anda mujer, pero si no es molestia! ¡Ja ja ja! ¡De verdad! Anda, pasa... no te quedes ahí rezagada. Pasa y ponte cómoda. Como si estuvieses en tu casa.

La verdad, no pensé que fuese a tener perspectivas de follar por primera vez en aquel momento... pero claro, como diría muy acertadamente Follardo Cecina: <<Lo que no te folles tú se lo follarán los demás>> así que pronto llegué a la conclusión de que por fin la fortuna llamaba a mi puerta; que la ocasión la pintan calva; que no debía preocuparme por nada y que seguro que en cuanto estuviese en pelotas el rabo se me pondría rígido y firme como si fuese un escultura ecuestre. Al fin y al cabo lo peor que me podría ocurrir es que me corriese antes de meterla pero... vamos, como técnicamente nunca antes la había metido en caliente era harto evidente que poco o nada me debía importar.

TALENTUS: Vamos a mi habitación, que te voy a dar lo tuyo y lo de tu prima.

VECINA: Oh, Polla. Siempre has sido tan caballeroso con las mujeres... Desde luego, ¡eres todo un seductor!

TALENTUS: ¡Ja ja ja! Bueno, sí. Pero primero quiero que me hagas un masaje en la espalda... que la tengo contracturada hasta el sacro. Si lo haces bien luego ya te follo y te dejo el cántaro lleno de leche.

VECINA: Oh, Polla, ¡Ja ja ja! ¡Bu-uurf! Más que llevar bragas parece que lleve un chubasquero.

TALENTUS: Y más que se te va a empapar en cuanto me saque el rabo. Como te ponga la polla en el hombro vas a parecer la sota de bastos –Jamás en la vida se me habría ocurrido hablarle así a nadie, y ni mucho menos a una tía... pero como últimamente estaba tan hasta los huevos y me sudaba tanto la polla todo el mundo decidí que, a partir de entonces, iba a ser perro con las mujeres. Se lo merecían, además, tenía entendido que si les vacilabas y les ibas un poco del palo se abrían de patas como si fueran almejas al vapor. Pues eso era lo que me propuse hacer en adelante. A mi vecina se le marcaban los pezones bajo la camiseta; los tenía gordos como dos gominolas de aquellas que daban en las farmacias cuando era un crío.

VECINA: Joder, Polla. Estás tan bueno... y no pensé que la fueses a tener tan gorda...

TALENTUS: No te creas, los que tenemos la polla gorda tampoco llevamos una vida fácil. Además, vista así desde arriba no parece que sea tan grande.

VECINA: No creo que me vaya a caber toda en la boca.

TALENTUS: Tampoco te pido que me la chupes, yo lo que quiero es molerte el coño a pollazos.

VECINA: ¡Pues vamos a follar! ¡Estoy deseando que se me acaben de escurrir las bragas para poder comerme tu polla con mi coño!

Como era pronto por la mañana y mis viejos aún estarían currando decidí que me follaría a mi vecina en el sofá del comedor en plan salvaje. Su marido era camionero; el nota siempre estaba por ahí viajando y las marujas del mercado decían de ella que iba más quemada que el palo de un churrero. Sería cierto, porque entre mis colegas del instituto la tía también tenía fama de ser más puta que las gallinas, así que debía andar pendiente de ponerme un preservativo cuando se la fuese a meter; por precaución, más que nada, que vete tú a saber la de pollas sucias que le habrían entrado por el toril. De todas formas, como estaba tremendísima y tenía unas posaderas terasas y gordas donde, la verdad, daba gusto agarrarse, poco me lo iba a pensar cuando era ella quien venía a mi casa en plan emergencia hormonal. Al fin y al cabo le estaba haciendo un favor... y ella a mí, obviamente, pues iba a perder la virginidad con una tía cachonda que estaba buena de cojones y que encima me daba rollo desde que era un crío. La vida me sonreía otra vez. El cielo debería parecerse a eso, seguramente.

Me estiré sobre el sofá, me puse en bolas con una toalla blanca tapándome el culo y apoyé mi cara contra uno de los cojines preparado para recibir el masaje. Mi vecina se quedó en bragas y en sujetador. Las bragas las tenía prácticamente transparentes de lo cachonda y mojadísima que estaba. Abrió un bote con aceite de masaje –que no supe de dónde coño lo había podido sacar–, se quitó el sostén y luego estuvo embadurnándose lujuriosamente los pechotes con el aceite antes de comenzar a restregármelos por la espalda. A mí se me estaba yendo la olla por completo, pero claro, como aún seguía algo nervioso pensé que sería mejor continuar haciéndome el difícil.

VECINA: ¿Qué tal amor? ¿Te gusta así?

POLLA: Claro, lo haces muy bien.

VECINA: Pues fóllame ya.

POLLA: ¡Joder! ¡Pero si apenas acabas de empezar con el masaje!

VECINA: Está bien... como quieras...

En cuanto puso sus finas manos sobre mi espalda sentí un delicioso alivio que me relajó por completo. Sus uñas acariciaban mi piel, produciendo en mí una sensación única y excitante. Mi rabo comenzó a despertar y poco después ya se me estaba hinchando como un zepelín entre los cojines del sofá. No aguantaba más, así que me di la vuelta, me puse el condón que había dejado ella sobre la mesita y la invité a que no se lo pensara más y tomase asiento sobre el trono de la gusterá. No se la había acabado de meter del todo cuando la muy guarra comenzó a aullarme como una loba y se corrió de sopetón sobre mi regazo. Sé que lo hizo; lo supe porque se tomó un momento para descansar, suspiró, y luego me estuvo besando apasionadamente en la boca. Eso me solía poner muy cachondo, a Sebo también le ocurría cuando le hacía un dedal.

Poco después mi vecina se repuso del esfuerzo y empezó a sacudirme de nuevo con el trote machacón. Se supone que, por mi parte, debería estar flipándolo máximo; sin embargo tenía la sensación de que no era yo quién estaba allí. Cierto es que en otras ocasiones había escuchado gritar a mi vecina mientras chuscaba con su marido; la tía solía ser un tanto exagerada y peliculera cuando se ponía a gemir... pero aquella vez se le estaba yendo la castaña, parecía Tarzán de los monos llamando a los elefantes. Casi podía decirse que me intimidaba y me aburría por partes iguales, así que decidí poner la tele para ver si echaban Futurama o algo por el estilo. Levanté la vista para buscar el mando y lo encontré junto al paquete de preservativos; pensé en disimular un poco, más que nada para no cortarle el rollo a la pava... pero como ella estaba a lo suyo poniendo todo su empeño en tener dos o tres orgasmos más –los que admitiera– tampoco necesité esconder mis verdaderas intenciones. Le di al uno y encendí el televisor, me iba a venir muy bien tenerla puesta para que no se escuchasen los alaridos orgiásticos de la impúdica de mi vecina.

Subí el volumen casi al máximo y en ese preciso instante, que no sé qué coño pasa pero siempre te vienen jodiendo en el momento en que mejor estás, se descubrió el pastel a nivel mundial. La imagen en la pantalla mostraba a un tío que me resultaba vagamente familiar, llevaba puestas unas ridículas y esperpénticas gafas de sol ochenteras, una gorra de plato en plan dictador fascista y un traje de látex negro ajustado con una banda color rojo en el brazo izquierdo. Me hizo recordar el discurso de Martín, el líder de los visitantes, cuando éstos llegaron a la Tierra en el primer capítulo de la serie *V*.

– ¡Me cago en mi raza gitana! ¡Pero si es el maricón del Vázquez!
– Exclamé, aunque mi vecina seguía cabalgando a su puta bola y no me hizo ni caso.

En efecto, ahí estaba el muy cabrón. Cuando fui a subir el volumen un poco más para escuchar bien lo que iba a decir cambié de canal sin querer y descubrí con estupefacción que en todas las demás cadenas emitían exactamente lo mismo. José Vázquez Pérez, en primerísimo plano, emitía un comunicado en plan Osama Bin Laden declarando guerra abierta contra la humanidad entera. Eso sí, en lugar de hablar como una persona normal podía decirse que canturreaba las palabras con su voz de pito, balando como si fuese una oveja o un robot de aquellos de las series de los años cincuenta.

VÁZQUEZ: <<Conciudadanos heterrícolas. Esta mañana. Siendo las once horas. Treinta y cinco minutos. Hora oficial de Albuquerque. Los maricones del espacio declaramos la guerra contra todos y cada uno de los varones heterosexuales del planeta Tierra. Les invito a que abandonen cualquier esperanza de oposición. O de resistencia. Nuestro momento ha llegado. Yo, Pumba Perrete. Actual líder del movimiento por la liberación de la causa marico-alienígena. Acabo de proclamarme dictador soberano del planeta. Tomando el control total. Como presidente en el Kremlin y también en la Casa blanca>>.

Se notaba mogollón que aquella puesta en escena que aparecía detrás suyo no era más que un croma cutrísimo y súper falso. De todas formas, y aun teniendo en cuenta que su interpretación resultaba de lo más patética y deplorable, llegó a despertar en mí algo de interés y opté por quedarme a ver qué más sandeces era capaz de articular por su puta boca de maricón nefasto. Yo ya intuí en su día que Vázquez era maricón... pero nunca pensé que lo de mi paranoia conspiracionista acerca de la inminente invasión perpetrada por los maricones del espacio fuese a ser descubierta al ámbito público por los medios de información. Y encima en horario infantil... que a esa hora tenían que estar dando Bob esponja.

VÁZQUEZ: <<Maricones del mundo. Finalmente ha llegado el día. En que conquistaremos todos aquellos culos. Que durante tantos siglos han desafiado a nuestras fuerzas de expansión marico-nacionalistas. A estas alturas de nuestra historia. Como pueblo elegido. La actual generación de maricones del espacio decimos: ¡Basta ya! Desafiando a los principales países de la resistencia. Que se encuentran en el eje oriental euroasiático. Estos son: Rusia, China y Oriente medio. Por su cáustica persistencia en los enfrentamientos contra nuestro ejército organizado. Dichas naciones serán arrasadas en menos de treinta segundos. Aniquilando con ello a toda la población civil que muestre símbolos inequívocos de clara tendencia a la heterosexualidad. Tienen una hora para revocar nuestra decisión. Entregándonos los culos de sus principales líderes políticos. De lo contrario pulsaremos el botón rosa que les mandará a todos directamente al infierno. Quedan sobre aviso. ¡Sodomía y revolución, compañeros maricones!

En cuanto terminó con su discurso se escuchó un chasquido y luego apareció la carta de ajuste. Poco después volvieron a conectar. Vázquez, o mejor dicho Pumba Perrete, permanecía en silencio sin salirse del plano, luego se quitó las gafas de sol, se frotó el entrecejo y

articuló un: << ¿Ha quedado bien? >>... que fue acompañado por un: << ¡Apaga eso ya, pedazo de gilipollas! >>. La imagen se fundió en negro. Poco antes de que regresara la carta de ajuste se escuchó un peaco terrible; un gemido de ultratumba, como si proviniese de un brontosaurio somnoliento que estuviera desperezándose, y finalmente risas... justo en el momento en que se perdía la conexión y el sonido se convertía en un zumbido insoportable. Apagué el televisor. Segundos después me encontraba consternado y confuso. Entre lo del moro infeccioso, la vecina folladora, las palizas, la lluvia de pollas... y que se me había acabado el tabaco no salía de mi asombro desde hacía ya varias semanas. << ¿Cómo podía ser? >> Me preguntaba. <<Hasta hace relativamente poco, sólo unos meses atrás, llevaba una vida aburridísima y tranquila, tratando de aprender a tocar mis primeros acordes mayores a la guitarra para ligar, y ahora de pronto todo el mundo se había vuelto loco>>. ¿Tendría razón Juanantonio el chamán con sus vaticinios y predicciones? ¿Por qué tenía que sucederme esto precisamente a mí? ¿Acaso iba a ser yo el salvador de la humanidad heterosexual? ¿Y cómo coño pueden aparearse los pulpos entre ellos... con los feos que son?

– ¿Tú habías escuchado algo de esto? –Le pregunté a mi vecina. No me había dado cuenta de que se quedó frita con la polla dentro y estaba babeándome el cuello mientras roncaba como una motosierra. ED: ¡Eh, Polla! ¡De puta madre colega! –Me decía mi rabo satisfecho, hablándome desde dentro de la vagina de mi vecina.

Tenía razón. Me sentí orgulloso de mí mismo porque después de casi una hora de empetaque aún permanecía empalmado. Comencé a tener calor, así que volqué a la mujer hacia un lado, me puse los calzoncillos y luego los pantalones. Continué sentado junto a ella por unos instantes, contemplándola y reflexionando. Acababa de echar mi primer polvo y, la verdad, hay que ver... ¡Qué buenas están las mujeres! Mi vecina tenía un culo respingón y suculento, perfecta-

mente contorneado como si fuese un melocotón gordote... me estaban entrando ganas hasta de clavarle un mordisco en plan Brácula de lo apetitoso que me parecía. En lugar de eso, dirigí la vista hacia sus tetazas y me quedé embobado, admirando el color moreno de sus pezones.

Sin saber ni cómo lo había hecho, aprobé el último curso del instituto... y además con buenas notas; los maricones acababan de declararles la guerra a la comunidad heterosexual por televisión; mis padres estaban orgullosos de mí, o algo por el estilo; por fin había echado mi primer polvo... Todo aquello era demasiada información para asimilar en una sola mañana. Pensé que podría cortarme las venas... pero claro, sopesé la situación y al cabo de un rato me di cuenta de que, ya que había follado por primera vez, lo menos que podía hacer sería salir a celebrarlo contándoselo a los colegas. Lo que estaba claro es que no podía ser yo solo quien acabase con aquella amenaza de los maricones revienta-culos de mierda, así que... ¿para qué iba a preocuparme? ¿Verdad? Tampoco sería tan grave, es decir ¿no era esa la base de la democracia? Unas veces mandan unos... otras veces mandan los otros, y así sucesivamente. Ya lo dice mi padre, que: <<tal vez lo que nos hacía falta era un cambio>>. Vamos, que peor que cuando estuvo el PP de José María Aznar en el gobierno no lo iban a hacer, eso por descontado...

El teléfono de mi casa comenzó a sonar. Me levanté del sofá dispuesto a cogerlo mientras mi vecina se desperezaba completamente aturdida y exhausta.

– ¿Qué tal? ¿Te has corrido, amor? –Me preguntó amorosamente.

–No, qué va –Le contesté–. Te quedaste dormida.

–Oh, cuánto lo siento, Polla. Tendré que compensártelo de alguna manera –Dijo, y luego volvió a sonreirme en plan obsceno.

* * *

**REFLEXIONES DE UN HUMANO
HETEROSEXUAL**

EL TRIUNFO DE LA VOLUNTAD

Podría haber sido la amenaza de unos infecciosos engendros mutantes provenientes del espacio exterior; podría haber sido también un repulsivo espanto devora-hombres que emergiese de las profundidades abisales oceánicas; podría ser una nueva ley que modificase por enésima vez el actual plan de estudios a nivel nacional e incluso podría ser un cuñado estomagante y cansino que se presentase en tu casa, maleta en mano y sin avisar, un martes cualquiera por la tarde evidenciando inequívocas intenciones de quedarse a vivir con vosotros por una larga temporada pero... si hay una sólo cosa que verdaderamente puede inducirnos al pánico, a la angustia y al desasosiego eso son sin duda los cambios. Sí, los cambios. Los hay drásticos, los hay repentinos, unos son dramáticos, otros fortuitos, otros predecibles... de cualquier forma, y aunque nos hayan dicho cientos de veces que éstos siempre son para mejor, los cambios son una reputísima mierda. Perder la sensación de control sobre los acontecimientos, eso es lo que de verdad nos intimida y aterroriza. Aun así, paradójicamente, son los devaneos y avatares de la vida los que nos devuelven la sensación de estar disfrutando de ella. Perder una amante; que nos echen del trabajo; no tener que volver nunca más al instituto; irte de casa y vivir por tu cuenta; largarte con el coche sin más cuando tu novia sale a sacar dinero del cajero automático... cierto es que la mayoría de veces nunca estamos preparados para afrontar dichos cambios, pero también sucede que, desde nuestro subconsciente, siempre los estamos conjurando.

Tras cansarme de ser un mierdas decidí también que en adelante debería perder el miedo a los cambios. Por eso comprendí a su vez que debía dejar de hacerme la víctima; comprendí que cuanto más palo me daba hacer algo, tantos más motivos tenía para llevarlo a

cabo. En cuanto llegas por ti mismo a la conclusión de que tu vida da un asco que te cagas debes afrontar que el cambio es ya inevitable. Lo primero que iba a hacer sería abandonar el pernicioso vicio del tabaco. Supongo que tras recibir sendas palizas me concienció de lo importante que era mi cuerpo para mí. Mi cuerpo es mi templo y, si no lo cuidaba yo, estaba claro que por mí no lo iba a cuidar nadie. Está muy bien que la gente fume, puesto que con los impuestos indirectos que pagan por cada cajetilla de tabaco contribuyen al bienestar del prójimo en detrimento de su propia salud, que se va consumiendo en la más deplorable de las podredumbres cancerosas. Eso es muy altruista por su parte... pero yo ya no tenía motivo alguno por el que debiera seguir envenenándome con aquella mierda, y encima pagando. Me di cuenta de que estaba haciendo el gilipollas, así que acordé conmigo mismo no volver a fumar nunca más. Los demás que hagan lo que quieran, claro está, a mí me la suda... pero yo por mi parte comencé a vislumbrar mi camino, un camino en el que tendría que hacer acopio de todo el capital posible para poder sufragar los gastos del puto coste de la vida y, obviamente, fumar hoy en día sale por un pastizal. Total, que buscaría un trabajo para así poder irme de casa. Esta vez sí. No volvería a depender de los ingresos de mis viejos nunca más, no quería tener que deberles nada. Tal vez saldría a correr por ahí, para adelgazar de una vez por todas. Soy un ególatra, lo reconozco, pero ¿qué coño tendrá eso de malo? Rendirse culto a uno mismo es la única religión coherente que existe en la vida, porque cuando la palmes ¡puf! se apagan las luces y se acabó lo que se daba. Hay que procurar siempre por uno mismo. El egoísmo, como calificativo, no debería tener connotaciones negativas pues una persona egoísta es alguien que le rinde culto a su ego... y quien le rinde culto a su ego se rinde culto a si mismo. Nuestro ego somos nosotros, es la voz que tienes que escuchar, esa que siempre ha estado ahí y ha

sido acallada con los años por la pésima educación organizada, los consejos nefastos y las ineludibles conductas sociales. Si no tienes colegas, hazte amigo de ti mismo ¡Cojones ya!

De ahora en adelante, la única verdad para mí será aquella que pronuncie mi voz, pues soy yo el que mando; el único dueño de mis acciones. Si he sido una víctima hasta el día de hoy es sólo porque estuve siguiendo la corriente y me dejé arrastrar. No me había dado cuenta de que no hay verdaderos motivos para vivir en plan mustio y amargo. La gente se queja por todo; siempre están llorando sus puñeteras penas y encima, lo que más me jode, es que no tratan nunca de ponerles remedio. Son unos cobardes de mierda, y además se creen que son los buenos por ir de víctimas. Los débiles no son los buenos, muy al contrario, pues la gran mayoría de ellos están comidos por la envidia, los celos, los complejos, los vicios y la falta de autoestima. Los valientes somos libres. Si he conseguido dejar de fumar puedo conseguir cualquier cosa que me proponga, incluso exterminar una plaga de homosexuales infecciosos procedentes del espacio exterior que pretenda adueñarse de nuestro bello planeta Tierra.

Puedes cambiar de parienta; puedes cambiarte de curro; puedes cambiarte de amigos o irte seis meses de viaje a Katmandú; puedes marcharte de casa; puedes alquilarte un piso; puedes hacerte donante, comprarte un coche o mover los muebles de sitio... pero de nada te va a servir cuando el nivel de desesperación se haya vuelto insostenible. No podrás huir de ti mismo, así que lo que de verdad necesitas es que de una puta vez cambies de actitud.

La actitud es lo más importante.

* * *

FIN DEL CUARTO TOMO

INDICE

LO VERDADERAMENTE MALO DE LAS DROGAS	9
UN AMIGO ENTRE MIS PIERNAS	17
HOMO-PARANOIDE.....	24
COSMOS PORNO	35
¡LOS HORRORES DE LA ANDROGINIA!	37
MI VIDA EN EL MARICOMIO.....	42
TU PADRE ES MARICÓN.....	45
¡DÓNDE VAS CON LA PESTE A VINO!	51
CABALGA LA NALGA ANAL	58
EL CORTE DEL REY HARTURO	61
POLLA PESEBRE CABALGA DE NUEVO.....	78
CARNE EN BARRA	86
PREPUCIO ESQUIROL	94
PENDIENTES DE MARICÓN.....	101
PACTAR CON LA OLIGOFRENIA	107
DONDE AMARGAN LOS PEPINOS	115
GAY-POCALIPSIS AHORA.....	122
EL TRIUNFO DE LA VOLUNTAD	134

¿En qué momento dejó de ser una puta mierda y se puso de moda ser maricón?

¿Qué repercusiones puede tener el auge de tan devastadora tendencia?

¿En qué se fundamenta el Movimiento de liberación por la causa marico-alienígena que propugna Pumba Perrete?

¿De dónde procede la raza agria y quiénes son los cusos?

¿Qué tipo de mujer puede ser tan puta como para montarse una orgía incestuosa con una familia de osos pardos?

Y sobretodo...

¿Puede haber alguien en este mundo que sea tan sumamente cerdo, pútrido, indecente, obsceno, repulsivo e inmoral capaz de pajearse mirándole el culo a su perro?

Las respuestas a estas preguntas (y a la de cómo se obtienen las pipas peladas, que dejé pendiente ya en el número anterior) las encontraréis en la siguiente entrega de:

MARICONES DEL ESPACIO
¡PUTAS, YONQUIS E INMIGRANTES!

De nuevo, otorgándole sentido a vuestra insignificante existencia.



Distinguido hipotético lector:

Comúnmente las sinopsis de contraportada se emplean para crear desorbitadas expectativas acerca de la calidad de un libro cuando éste cae por casualidad en nuestras manos. Por contra, aprovechamos este espacio para reivindicar que hoy por hoy nos es imposible encontrar ni una sola publicación de nuestro agrado.

Parece como si toda la literatura actual estuviese destinada por completo a un público pedante, gafapasta, rancio y tremendamente aburrido. Por esa misma razón aparece **MARICONES DEL ESPACIO**, un insulto a su círculo y a sus normas que consigue salir a la luz esquivando el tan abominable mercado literario.

Desde su primera entrega, **MARICONES DEL ESPACIO** es la novela más irreverente, ofensiva, anárquica y descabellada del momento.

CONDILOMA



EDICIONES

correos@condiloma.es

MARICONES
DEL ESPACIO